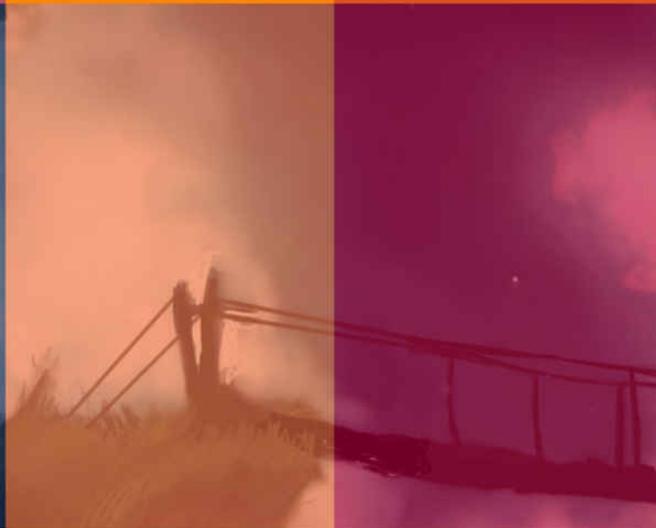


cuentos
para vivir



El Duelo

Begoña Ibarrola

Título original: El Duelo

Colección: Cuentos para vivir...

Autora: Begoña Ibarrola

Ilustración portada: Maria Tsvetanova

© 2014, Paisandú

e-mail: info@paisandu.com

Índice temático y por edades

Sobre la muerte

De un abuelo:

Cuando el sol se va *

De un hijo:

Una urraca muy curiosa *

De una madre y posterior adopción:

Mimó ya no está sola *

De una mascota:

Bruno en el paraíso de los hámsters *

De un abuelo por enfermedad de Alzheimer:

Al abuelo se le esconden las palabras **

De una abuela:

Serás como una estrella **

De un hombre y de su perro:

Malaquías y su perro **

Por terrorismo:

Manos de paz ***

De un hermano:

El duende del lago ***

De uno de los miembros de la pareja:

El hombre que perdió su sonrisa ***

Sobre el abandono

Del lugar en donde viven:

Ranas buscan charca *

De un muñeco por el ordenador:

¿Por qué me dejas, Kiko? *

De mascotas:

Solo encontró a Sola *

De la casa por catástrofe:

Con la casa a cuestras **

Del país de origen y de todo lo conocido:

Las aventuras de Pilla y Mayú **

Del trabajo por jubilación:

A Melenas le jubilan **

Del lugar en donde viven por guerra:

Detrás de las montañas **

En un orfanato y adopción:

El calor de un beso **

Del país en patera:

Monstruos de agua ***

Del país para ir a un campo de refugiados:

Pizarras de arena ***

En una residencia de ancianos:

Josefina no tiene visitas ***

Sobre el más allá

El Hinduismo y Budismo:

El beso del ángel *

El Taoísmo:

Adiós, pequeño roble *

La muerte como fenómeno físico:

Mamá Tambor *

El espiritismo:

El pirata fantasma **

El cristianismo:

Así en la tierra como en el cielo **

Creencias de los aborígenes australianos:

El Tiempo del Sueño **

Creencias orientales:

La leyenda de los inmortales ***

El Islam:

El secreto de Zaida ***

Creencias de México y Centroamérica:

El mantel de la abuela Panchita ***

Todos los cielos del mundo ***

Desde los 3 años: *

Desde los 6 años: **

Desde los 9 años: ***



La Muerte

Begoña Ibarrola

MUERTE: *La muerte de un ser querido forma parte del ciclo vital que ocasiona el duelo tanto a niños como a adultos. Además de la muerte de un padre o una madre, muchos niños tal vez también sufren la muerte de un abuelo, hermano o amigo. Los padres y maestros pueden tomar un papel importante en ayudar a los niños a hacer frente a estas pérdidas.*

La muerte es un hecho natural pero un tema delicado de explicar y por eso, es preciso escoger bien las palabras.

Pero más allá de las creencias religiosas que cada familia desee transmitir, hay verdades compartidas por todos que no pueden ocultarse.

Sencillamente morir es dejar de vivir. Morimos cuando se nos acaba la vida, porque todo lo que nace algún día muere, el problema es que no sabemos cuándo ni cómo nos llegará. El cuerpo deja de funcionar, el corazón deja de latir, ya no sufrimos ni gozamos. Las explicaciones como “ se fue”, “ está en el Cielo”, “se ha quedado dormido para siempre”, “lo perdimos” o “ desapareció”, no son tranquilizantes para los niños si no se les explica claramente que de lo que se trata es del final de una vida. Estas expresiones pueden alimentar su miedo a morir o ser abandonados, y crear más ansiedad y confusión.

El duelo de un niño tiene características propias y diferentes a la de los adultos y por tanto requieren explicaciones, cuidado y preocupaciones distintas.

Las principales recomendaciones a los padres son la información precoz del fallecimiento, evitar dar nombres confusos a la muerte, recalcar su irreversibilidad, aceptar su particular forma de expresar el dolor y la pena, invitar a los ritos fúnebres si el niño así lo desea y mantenerse física y emocionalmente muy cerca.

Cuando el sol se va

Inés y Pablo tenían muchas preguntas:

—Mamá, ¿dónde se va el sol por la noche?

—Se va a dormir, como tu dentro de un rato, Inés.

—Mamá, ¿qué hace la luna por la mañana?

—Pues descansa, Pablo, porque a ella le toca trabajar en el turno de noche, igual que a papá desde hace un mes.

—¿Por eso desde hace un mes duerme por la mañana y no desayuna con nosotros?

—Claro, es que viene muy cansado del trabajo y tiene que dormir.

—¡Papá es como la luna! —dijo Inés.

—¡Y mamá como el sol! —dijo Pablo.

—Venga niños, a dormir. Si os acostáis ahora mismo, os leeré un cuento.

No hubo necesidad de repetírselo dos veces. Inés y Pablo se metieron en la cama de un salto.

Su madre abrió el libro y comenzó a leer:

“Doña Oruga estaba muy preocupada. Cada día le costaba más subir por aquel tronco. ¿Qué le podría pasar? ¿Estaría enferma?

Un día se sintió especialmente cansada, pero aun así logró subirse a lo más alto del árbol. Se acurrucó en un lugar tranquilo y se quedó allí quieta, muy quieta, mientras pensaba que se estaba muriendo. Se envolvió en un hermoso capullo de seda y espero su final.

Pasó un día y otro día, y los pájaros que se posaban en el árbol le decían:

—Espera un poco más, no tengas miedo. ¡Ya verás qué sorpresa te espera cuando pasen unos días!

Doña Oruga seguía en su capullo, inmóvil y asustada, sin saber lo que estaba sucediendo, solo sabía que su cuerpo estaba cambiando. ¿Sería aquello la muerte?

Un día sintió unas ganas tremendas de salir a ver el sol. Se estiró para desperezarse y el capullo se rompió.

Lo primero que oyó fueron los aplausos de la ardilla, del ciempiés, de los pájaros y de unas cuantas mariposas que revoloteaban a su alrededor.

—¡Ven a volar con nosotras! —le dijeron entusiasmadas.

—Yo no sé volar, soy una oruga —les contestó ella.

—Ya no, mira tus alas. ¡Eres una mariposa!

Doña Oruga se había convertido en una bonita mariposa de colores y, sin pensarlo dos veces, se echó a volar.”

—Y colorín colorado este cuento se ha acabado. Ahora niños, a dormir.

Pero ellos tenían más preguntas que hacer.

—Mamá, ¿el abuelo después de morir se habrá convertido en mariposa?

—¡No, Pablo! —contestó su madre riéndose—. El abuelo a lo mejor se ha convertido en un ángel, porque fue una persona muy buena durante toda su vida.

—¿Y se acuerda de nosotros? —preguntó Inés.

—Pues claro que se acuerda, y nos sigue queriendo.

—Pero si tiene alas y vuela, ¿por qué no viene a vernos? —dijo Pablo.

—Él ahora es invisible, pero estoy segura que estaba allí el día que tu clase representó la obra de teatro y te oyó recitar aquella poesía tan bonita.

—¿Y a mí me habrá venido a ver también? —preguntó Inés.

—Seguro que estaba allí cuando cantaste aquella canción delante de todos los padres.

—¿Y a ti te viene a ver alguna vez? —los dos le miraban con los ojos muy abiertos.

—Por supuesto que sí, y me da buenos consejos. No lo veo con los ojos porque es invisible, pero lo siento.

—¿Qué sientes, mamá? —preguntaron los dos a la vez.

—Siento como un calorcito aquí, en el corazón —les dijo llevándose la mano al pecho—. Y ahora niños, a dormir. Quizás venga a veros el abuelo esta noche en vuestros sueños...

Inés y Pablo cerraron los ojos y se durmieron, esperando sentir un calorcito en el corazón.

Reflexiones:

- ¿Cómo se sentiría Doña oruga? ¿Crees que sentiría miedo? Ella creía que se estaba muriendo pero se estaba convirtiendo en una preciosa mariposa.
- ¿Has visto algún capullo de seda? ¿Has tenido alguna vez gusanos de seda y has visto como se transforman en mariposas?
- Si tuvieras que decirle algo a Doña Oruga para tranquilizarla, ¿qué le dirías?
- ¿Cómo crees que se sintieron Inés y Pablo cuando murió su abuelo?
- ¿Se te ha muerto algún abuelo o abuela o algún otro familiar? ¿Cómo te sentiste?
- A lo mejor has imaginado cómo será el lugar donde están esos seres queridos. ¿Crees que estarán felices?
- Puedes inventarte otro final para el cuento o continuarlo, por ejemplo puedes contar si esa noche el abuelo de Inés y Pablo fue a visitarles.
- También puedes dibujar a los protagonistas o alguna escena del cuento.

Una urraca muy curiosa

Asomada desde el nido, la pequeña urraca observaba el jardín sin darse cuenta del peligro que corría. Esperaba con impaciencia la llegada de su madre mientras pensaba que el nido se le quedaba pequeño y que sus alas ya estaban preparadas para volar.

Sin embargo su madre sabía que aún no había llegado el momento de dar los primeros vuelos junto a su hija, de modo que la seguía alimentando con gusanos e insectos que encontraba sin dificultad entre la hierba.

Hacía unos meses que había construido el nido en un árbol, justo al lado de un estanque, porque los calores del incipiente verano se acercaban y le parecía más cómodo tener el agua cerca. Además, así podía estar fresquita mientras cuidaba de sus huevos.

¡Nunca imaginó lo que iba a pasar! Si hubiera sospechado el peligro que podía correr su cría, habría construido el nido en lo alto del gran abeto, un lugar cómodo y seguro.

Estaba muy contenta y ya se había recuperado del disgusto que se llevó el día que una gran tormenta, acompañada de viento huracanado, le tiró el otro huevo que estaba incubando.

¡Cuánto lloró por su pérdida! Nadie pudo consolarla, ni siquiera su pareja, que había visto horrorizado como el huevo se estrellaba contra el suelo.

Ya no pensaba más en aquél lamentable accidente, sobre todo desde que nació su pequeña urraca; entonces decidió poner toda su atención en darle alimento, cariño y protección.

Habían pasado ya muchos días y su pequeña urraca crecía y crecía sin parar, reclamando cada vez más comida con graznidos cada vez más potentes, sin darse cuenta de que sus padres no podían alimentarla con la velocidad que ella quería.

Y sucedió que un caluroso día, a eso de la media tarde, su curiosidad pudo más que su miedo y decidió salir a explorar por su cuenta aquél precioso jardín. Se acercó al borde del nido, y se lanzó al vacío, esperando que sus alas le permitieran volar como sus padres lo hacían. Ella les había observado con atención durante muchos días antes de tomar esta decisión y estaba segura de conseguirlo, porque sus alas le parecían casi del mismo tamaño que las de sus padres.

Sin embargo, no contaba con ninguna experiencia en volar y se llevó un tremendo

susto que nadie le pudo evitar.

De pronto, un extraño sonido llamó la atención de la ardilla que, con gran rapidez, se subió al árbol más cercano para ver qué pasaba.

La ardilla no sabía lo que pasaba pero se quedó muy sorprendida al ver una urraca en medio del estanque moviendo sus alas.

“Qué extraño, que yo sepa las urracas no nadan”, pensó mientras se rascaba la cabeza intentando comprender. “A lo mejor a esta le gusta comer peces...”

—¡Socooooooooorro, socooooooooorro!— gritaba desesperada la pequeña urraca mientras sentía que sus alas pesaban cada vez más y más.

En cuanto sus padres la oyeron, volaron a toda prisa para ver qué le pasaba, pero cuando llegaron ya era demasiado tarde y solo vieron que la ardilla miraba horrorizada el estanque donde flotaba inmóvil su pequeña urraca.

—Yo pensé que quería coger un pez, lo siento, quizás hubiera podido ayudarla...—les dijo la ardilla con voz apenada.

—Cuando la vi ya no pude hacer nada...—les dijo muy afligido el mirlo.

—Pues a mí me pareció una locura que se tirara del nido de esa manera...—dijo la lagartija—, podía haber esperado unos días, ¿qué prisa tenía?

Sus padres, llorando, la sacaron del agua, pero no pudieron hacer nada para que volviera a la vida. Y, con la presencia cariñosa de todos los animales del jardín, la enterraron al pie del gran abeto.

Sabían que al año siguiente podrían poner otros huevos y esperaron impacientes el momento. Esta vez tendrían más cuidado y no dejarían solas a sus crías hasta que llegara el momento de enseñarlas a volar.

De repente, la pequeña urraca, se despertó y se quedó asombrada: allí, frente a ella, no estaba el jardín ni el estanque que tan bien conocía, sino un lugar totalmente desconocido y mucho más bonito:

—¡Bienvenida a este lugar! —le dijo una urraca grande y con cara de sabia. Este es el paraíso de las urracas. Yo soy tu maestra y me llamo Ural. A partir de hoy aprenderás aquí muchas cosas y tu nuevo nombre será Raca. Solo cuando completes tu aprendizaje en este lugar volverás a llamarte “Urraca”.

Raca aprendió a reconocer los peligros que acechaban a las urracas, aprendió a volar y a esquivar los árboles, y aprendió a defender su territorio del ataque de otros animales peligrosos para ella.

También aprendió el valor de la paciencia y se dio cuenta de que había sido una imprudente al lanzarse de ese modo a volar sin la ayuda de sus padres, solo porque sentía curiosidad y se creía suficientemente mayor.

Raca aprendió qué cosas se podían comer y cuales podían hacerle daño; aprendió cómo fabricar un nido donde poder dormir tranquila y tener a sus crías.

Conoció a otras Racas que estaban allí aprendiendo como ella, y por fin llegó el día en que terminó sus estudios y, cuando pronunciaron su nombre para que fuera a recoger su diploma, por primera vez le llamaron "Urraca".

¡Qué ilusión sintió en ese momento! ¡Cómo hubiera deseado que le vieran sus padres! Si no hubiera sido tan curiosa ni tan impaciente y hubiera esperado a completar las lecciones de vuelo antes de lanzarse desde el nido...

Estaba claro que no podía cambiar lo que había pasado, aunque a partir de ahora ya sabía cómo llegar a ser una buena urraca.

Pero la vida continuaba para ella, y después de su graduación le esperaban nuevas aventuras que le darían la oportunidad de poner en práctica todo lo que allí había aprendido.

Reflexiones:

- ¿Te imaginas lo que sintieron las urracas cuando el viento tiró uno de sus huevos al suelo?
- La urraca se comporta de una forma imprudente; puedes comentar alguna situación de imprudencia que tú has visto, como por ejemplo, cruzar una calle con el semáforo en rojo. ¿Qué consecuencias tiene el cometer imprudencias?
- ¿Qué cosas te producen curiosidad? Ser curioso es algo estupendo pero, ¿cuándo puede convertirse en algo peligroso?
- Cuando las urracas vieron a su pequeña en el estanque se quedaron desconsolados. ¿Qué les dirías tú para consolarles?
- ¿Cómo te imaginas el lugar donde fue la urraca cuando murió? ¿Cómo te imaginas la escuela donde aprendió tantas cosas?
- Si pudieras hablar con la urraca, ¿qué le dirías?
- ¿Qué parte del cuento te ha gustado más?
- Puedes dibujar alguna escena del cuento o a la urraca.
- También puedes escribir las aventuras de la urraca después de terminar sus estudios.

Mimó ya no está sola

Mimó era una pequeña osa que tenía mucho miedo porque nunca había estado sola en medio de aquellas montañas de hielo.

Cuando vio a aquellos dos hombres, se les quedó mirando con los ojos muy abiertos: a lo mejor le podrían decir dónde estaba su madre. Uno de ellos dijo al verla:

—¡Vaya! No pensábamos encontrarnos contigo sino con tu madre. ¿Sabes tú dónde está? —le preguntaron.

Mimó, sorprendida, les contestó:

—No lo sé, yo también la estoy buscando porque me he perdido. ¿Y ustedes para qué la buscan?

Los hombres se rieron mientras trataban de ocultar una escopeta y le dijeron:

—Solo queremos conocerla, vamos a hacerle unas cuantas fotos para una revista.

Pero Mimó vio la escopeta y se dio cuenta de que no le decían la verdad, porque ninguno de los dos llevaba cámara de fotos.

—Si quieren pueden venir conmigo y así me ayudaran a encontrarla —les dijo.

La pequeña Mimó caminó en dirección contraria a la que iba buscando a su madre, intentando despistarles y alejarles así de ella.

Cuando llevaban un buen rato caminando, los hombres empezaron a impacientarse y le preguntaron:

—¿Tanto te has alejado de tu madre? Eres aún muy pequeña para andar sola entre los hielos.

—Creo que puede estar por aquí, voy a llamarla.

Y Mimó la llamó con todas sus fuerzas:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¿Dónde estás?

Mimó se quedó muy sorprendida, pues a lo lejos oyó la voz de su madre que también la llamaba y empezó a correr lo más rápido que pudo para avisarla del peligro.

De repente, su madre apareció detrás de un enorme bloque de hielo y se dirigió hacia ella diciendo:

—¡Mimó, hija! ¿Por qué te has alejado de mí? Llevo buscándote mucho tiempo.

Mimó le gritó:

—¡Aléjate, mamá! ¡Aléjate de aquí! ¡Unos hombres armados con una escopeta te están buscando!

Demasiado tarde. Sonó un disparo y la gran osa se desplomó sobre el hielo tiñéndolo de rojo mientras los hombres se acercaban gritando de alegría:

—¡La hemos dado! ¡La hemos dado!

La pequeña Mimó se quedó horrorizada mirándola y escuchó unas débiles palabras de su madre que le decía:

—¡Escapa, hija, escapa...!

Mimó corrió y corrió sin mirar atrás, mientras lloraba desconsoladamente y se preguntaba:

—¿Por qué la habrán matado?

Cuando ya no pudo más, dejó de correr y se desplomó sobre el hielo diciendo:

—Yo he tenido la culpa de que la encontraran. Por mi culpa la han matado esos cazadores...—y siguió llorando.

Mimó se sentía sola, muy sola y muy triste sin su madre, pero, aunque ella no lo sabía, alguien la estaba escuchando.

Justo detrás de un gran bloque de hielo apareció una enorme osa blanca que la miraba con ternura. Se acercó a ella y le dijo:

—No llores más, pequeña.

Mimó la miró sorprendida y le preguntó:

—¿Quién eres? ¿De dónde vienes?

—Soy la osa Golosa, escuché unos disparos y vine a ver qué pasaba. ¿Y tú cómo te llamas?

—Me llamo Mimó —dijo ella entre suspiros.

—Mimó, ya sé que estás muy triste por la muerte de tu madre y que te sientes abandonada. Pero debes saber que tú no tienes la culpa de que esos cazadores la hayan matado. Por aquí pasaron hace unos días y por poco me alcanza uno de sus disparos.

La pequeña osa se quedó mirándola y le preguntó:

—¿Por qué han matado esos hombres a mi madre? ¿Tú lo sabes? Ella no les había hecho nada...

La osa Golosa le cogió de la mano y le dijo:

—Ya hablaremos de ellos más adelante. Ahora ven conmigo, yo cuidaré de ti. Te llevaré a mi casa y serás como una hija para mí.

Llegó la noche y Mimó pronto se quedó dormida entre sus brazos, mientras la osa Golosa velaba sus sueños.

Reflexiones:

- ¿Tú sabes por qué los cazadores mataron a la madre de Mimó? ¿Qué opinas de ello?
- Mimó se siente culpable. ¿Alguna vez tú te has sentido culpable por la muerte de algún animal? ¿Por qué?
- ¿Conoces algún niño o niña que no tenga padres? ¿Cómo crees que se siente?
- Mimó fue adoptada por la osa Golosa, ¿conoces a alguien que haya sido adoptado?
- ¿Qué le dirías tú a Mimó para consolarla?
- ¿Cómo podrías convencer a los cazadores para que no maten más osos? ¿Qué les dirías?
- ¿Qué parte del cuento te ha gustado menos y cuál más?
- Puedes completar la historia y escribir cómo vive Mimó con la osa Golosa.
- También puedes ilustrar este cuento y pintar a Mimó o cualquier escena que tú quieras.

Bruno en el paraíso de los hámsters

Qué te pasa, Bruno? ¿Por qué no quieres comer? —preguntó Silvia.

—¡Déjalo tranquilo hija, si no come será porque no tiene hambre —le dijo su madre.

Pero Silvia no se quedó tranquila, porque Bruno, además de no comer, tampoco se alegraba de verla. Otros días, cuando ella se acercaba, se ponía muy contento y empezaba a dar vueltas encima de la rueda que le había comprado para su jaula.

Hacía dos años que su padre, le había hecho un regalo muy especial.

El día de su cumpleaños le dijo:

—Silvia, el regalo de este año no es un juguete, aunque te divertirás con él, es un ser vivo al que tienes que cuidar y querer mucho.

Cuando Silvia abrió la caja, se encontró con una jaula en la que había un precioso hámster. ¡Qué ilusión le hizo!

Se echó a los brazos de su padre y le dijo:

—Gracias papá, me encanta el regalo. Yo cuidaré de él y le querré siempre, te lo prometo.

Y Silvia decidió llamarle Bruno, como el perro de su amiga Laura.

Por eso ahora estaba preocupada. Ella era la responsable de Bruno y se puso muy nerviosa, solo de pensar que le pudiera pasar algo.

—Mamá, ¿por qué no lo llevamos al veterinario? A lo mejor está enfermo, le dijo preocupada.

—Vamos a esperar hasta mañana y si continúa igual que hoy, lo llevaremos. No te preocupes hija.

Pero al día siguiente, cuando Silvia fue a ver cómo seguía su hámster, se lo encontró como dormido y llamó a su padre:

—¡Papá! ¡Papá! ¡Bruno no se mueve!

Su padre fue a la terraza de la cocina y vio al hámster inmóvil, lo cogió y se dio cuenta de que estaba muerto.

—Lo siento, Silvia, Bruno ha muerto —le dijo mientras la abrazaba.

—¡Yo tengo la culpa, papá! —dijo ella llorando.

—¡No hija, no! Tú no tienes la culpa, lo has cuidado muy bien y lo has querido mucho.

Intentando consolarla le dijo:

—Ahora Bruno está en el paraíso de los hámsters. El te recordará siempre porque fuiste su mejor amiga y tú le recordaras también porque fue un buen amigo para ti, ¿verdad?

—¿Y cómo es el paraíso de los hámsters? —preguntó Silvia mientras se secaba las lágrimas.

Su padre le dijo:

—Mira hija, ahora voy a llevarte al colegio y cuando vuelva del trabajo te lo cuento, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, papá.

Silvia se despidió de su madre y se fue al colegio sin ganas porque le hubiera gustado quedarse con Bruno.

Nada más llegar se encontró con Laura, su mejor amiga, y le contó la triste noticia. Las dos entraron en la clase, serias y calladas, y su profesora supo que algo les pasaba, porque esa no era su forma habitual de comportarse:

—Ha muerto el hámster de Silvia —dijo Laura, mientras miraba a su amiga.

—Y el año pasado mi perro Sam —dijo Luis.

—A mí se me murió un pez, porque mi gato tiró la pecera y se lo comió —dijo Teresa.

Gloria, su profesora, mandó guardar silencio y les dijo:

—Parece que a casi todos se nos ha muerto alguien, a mí también: cuando tenía vuestra edad se me murió Linda, mi gata.

Todos los niños la miraban esperando que dijera algo más pero Gloria se calló y Beatriz aprovechó para preguntarle:

—¿Y te pusiste triste?

—Muy triste, y me preguntaba qué pasaría después de morir.

En ese momento Silvia habló:

—Pues mi padre dice que Bruno se ha ido al paraíso de los hámsters.

—¿Y cómo ese paraíso? —preguntó Carlos.

Gloria tuvo una idea: ese día iban a hablar sobre la muerte de Bruno; pensarían entre todos cómo podría ser el paraíso de los hámsters y luego cada niño podría dibujar lo que había imaginado.

A sus alumnos les pareció una buena idea y se pusieron a pensar.

—Yo creo que en ese paraíso solo hay hámsters, y tienen mucha comida de la que les

gusta —dijo Clara.

—¿Y no habrá personas que les quieran? —preguntó Celia.

Gloria le contestó:

—Seguro que están allí los abuelos de Bruno, y a lo mejor sus padres y otros amigos suyos.

—Pero..., ¿Bruno no echará de menos a Silvia?

—Claro que la echará de menos y nunca se olvidará de ella —contestó su profesora.

—También tiene que haber juguetes para que se diviertan, porque si no se va a aburrir —dijo Andrés.

—Pues yo creo que es un lugar muy bonito, lleno de cosas que a los hámsters les gustan, donde no hay jaulas y pueden correr y jugar por donde quieren —dijo Silvia.

Los niños siguieron dando ideas sobre el paraíso de los hámsters y al final cada uno lo dibujó tal y como se lo imaginaba.

—¿Y qué podemos hacer cuando se muere una mascota? —preguntó Alejandro—. A las personas las entierran...

—Pues yo quiero enterrar a Bruno —dijo Silvia muy seria.

Entonces la clase decidió darle a Silvia todos sus dibujos sobre los diferentes paraísos que habían imaginado para que los enterrara con él, así Bruno podría elegir el paraíso que más le gustara.

Después del recreo siguieron hablando y cada niño y cada niña de la clase dibujó a una mascota que hubiera muerto.

Silvia pintó a Bruno, Luis pintó a su perro Sam, Teresa pintó a su pez y Gloria a su gata Linda.

Y pusieron todos los dibujos en el corcho de la clase, esperando que cada uno estuviera en su paraíso preferido.

Reflexiones:

- ¿Alguna vez has tenido una mascota? ¿Cómo se llamaba? Si no la has tenido, piensa en alguno de tus amigos que la tenga y pregúntale cómo eligió el nombre.
- ¿Crees que si le hubieran llevado al veterinario no se habría muerto? ¿Te gustaría ser veterinario y cuidar a los animales?
- A veces, aunque se intente curar a un animal este muere, por una enfermedad o porque es ya muy mayor. ¿Por qué crees que ha muerto Bruno?
- ¿Cómo se sintió Silvia cuando encontró a su mascota muerta?
- ¿Por qué se siente culpable?
- ¿Piensas que si a Silvia le compran otro hámster se le pasará la tristeza?
- ¿Si se te hubiera muerto tu mascota la enterrarías? ¿Dónde?
- Puedes cambiar alguna parte del cuento o darle otro final
- También puedes pintar cómo te imaginas el paraíso de los hámsters.

Al abuelo se le esconden las palabras

Alex no podía dormir porque en la habitación de al lado dormía su abuelo Juan y esa noche soñaba en voz alta.

Oyó que su madre se acercaba y le decía:

—¡Papa, por favor, cállate, vas a despertar a todos!

—¿Qué pasa? ¿Es que no puedo dormir tranquilo en esta casa?—preguntó él.

—Procura dormir, papá —dijo ella cerrando la puerta de su habitación.

Alex recordaba sus noches de pesadillas y con cuánto cariño su madre le abrazaba cuando tenía miedo. ¿Tendría pesadillas también el abuelo? ¿Y por qué su madre no le abrazaba?

A la mañana siguiente, mientras desayunaba, Alex preguntó:

—¿Qué le pasa al abuelo, mamá? El otro día me llamó Luciano y ayer le vi guardando las llaves en la nevera.

—El abuelo está enfermo y tenemos que tener mucha paciencia y ser muy cariñosos con él porque está perdiendo la memoria y puede llegar un día que no sepa ni quiénes somos.

Aquella respuesta le dejó muy preocupado: ¿es que los recuerdos se pueden escapar de la cabeza? ¡Pues sí que era una enfermedad rara la que tenía el abuelo!

Alex pensó que debía hacer algo, porque no estaba dispuesto a perder a su abuelo.

Recordaba cómo le había enseñado a atarse los cordones de los zapatos, cómo le llevaba a la escuela y le había ayudado a montar aquél coche de piezas. El abuelo le cantaba en todos sus cumpleaños y su voz era preciosa: decía que era voz de tenor, aunque Alex no sabía lo que significaba.

Al abuelo Juan le gustaba poner discos de cantantes y cantar a la vez que ellos.

Antes solía estar alegre, pero desde hacía unos meses miraba a todos lados, como despistado, y ya no sonreía tanto al verle.

Una mañana se lo encontró en el pasillo y le dijo:

—Abuelo, cuando vuelva del colegio quiero que me enseñes a cantar.

Él le miró extrañado y le preguntó:

—¿Y tú quién eres?

—Soy Alex, tu nieto.

Y se fue muy triste al colegio pensando que su abuelo ya no le reconocía.

Por la tarde Alex fue al salón y puso la música preferida de su abuelo, y a los pocos minutos Juan salió de su habitación y se puso a cantar en italiano con una voz fuerte y potente.

—Enséñame a cantar, abuelo —dijo Alex.

—Ponte muy derecho, respira hondo y canta como yo —le contestó.

Alex cantó con todas sus fuerzas y por primera vez en mucho tiempo vio sonreír a su abuelo Juan.

—Muy bien, tienes voz de tenor, como yo —le dijo entusiasmado.

Alex le abrazó y supo que la música le ayudaba a recordar y a sentirse bien.

Otra tarde, después de la clase de canto, le dijo:

—Abuelo, ¿me ayudas a hacer este puzle? A mí no me sale...

—No sé si podré, Luciano...

—Soy Alex, abuelo, tu nieto...

Los dos estuvieron un rato en silencio intentando encajar bien las piezas; era difícil pero al terminarlo el abuelo sonrió. ¡Su plan estaba funcionando!

Otra tarde fueron de paseo por el barrio y Alex le iba diciendo el nombre de las calles y de las tiendas por las que pasaban.

—¿Sabes lo que me pasa? Que no encuentro las palabras que quiero decir, me parece que se esconden...—le dijo Juan.

—No te preocupes abuelo, yo las encontraré por ti.

Alex le decía al oído el nombre de las personas que se acercaban a saludarle, y cuando se atascaba en una palabra, le completaba la frase.

Hicieron juntos un álbum de fotos y Alex ponía debajo el nombre de las personas que aparecían en cada una de ellas.

Un día, al volver del colegio, encontró a su madre muy preocupada y le preguntó:

—¿Qué te pasa, mamá?

—Es el abuelo. Hoy se ha escapado de casa y se ha perdido. Vamos a tener que llevarle a una residencia, hijo, no queda otro remedio.

Alex se quedó pensativo y preguntó:

—¿Podré ir a verle, mamá?

—Claro que sí, Alex, y seguro que le gustará mucho verte.

Alex le echaba mucho de menos y procuraba visitarle siempre que podía. Le llevó sus

músicas preferidas y su álbum de fotos, y juntos las miraban diciendo los nombres de los que aparecían y luego cantaban un rato.

A medida que pasaban los días Juan fue perdiendo su sonrisa y las ganas de hacer cosas, sus recuerdos se fueron borrando, sin embargo, cuando escuchaba aquella música cantaba con una voz ya muy débil.

Y Alex cantaba con él.

—Eres un gran tenor —le decía.

Pero un día Juan no quiso cantar, ni mirar las fotos, ni siquiera le reconoció.

Fue la última vez que Alex estuvo con él y ese mismo día se dio cuenta de que había perdido a su abuelo; pero no del todo, porque él se quedó en sus recuerdos y en su corazón para el resto de su vida.

Reflexiones:

- ¿Has conocido alguna vez a una persona que le pasaran las mismas cosas que al abuelo de Alex? ¿Sabes cómo se llama esa enfermedad?
- ¿Cómo te sentirías si una persona a la que quieres se olvida de ti y no recuerda tu nombre?
- Alex descubre algunas cosas que puede hacer para ayudar a su abuelo. ¿Qué hubieras hecho tú?
- ¿Crees que las personas mayores que están en las residencias son felices allí? ¿Tienes algún abuelo o abuela en una residencia? ¿Sueles ir a visitarle?
- Cuando Alex visita por última vez a su abuelo, ¿qué crees que sintió? ¿Qué hubieras sentido tú?
- Puedes cambiar el final del cuento, imaginando lo que quieras o también puedes pintar a Alex con su abuelo o cualquier escena del cuento.
- También puedes escribir la historia de tus abuelos.

Serás como una estrella

Mi abuela Pepa era muy divertida y me quería mucho, y yo a ella también. Ayer se murió y hoy voy a ir a su entierro, por eso no he ido al colegio.

Hay algunas cosas de la muerte que no entiendo así que, en cuanto mi padre sale de su habitación vestido con un traje negro, le pregunto:

—Papá, ¿no volveremos a ver más a la abuela?

—No Marian, la abuela ha muerto y nunca más volverá a estar con nosotros.

—Papá, ¿morirse duele?

—No Marian, el corazón se para de repente y deja de latir. Eso es lo que le ha pasado a la abuela, pero no ha sufrido. Morirse no duele, hija.

—Papá, ¿hoy también me leerás un cuento aunque estés triste?

—Sí Marian, hoy también te leeré un cuento.

Creo que papá quiere llorar pero no sabe hacerlo. Quizás yo le pueda enseñar, a mí se me da muy bien.

Estoy nerviosa porque nunca he ido a un entierro y me da un poco de miedo.

Siento mucho que la abuela Pepa no esté conmigo. Con ella todo era una aventura; si salíamos de paseo no me llevaba al parque sino a una isla misteriosa en medio del mar, llena de animales y plantas desconocidas.

—¡Cuidado Marian! —me decía—, no te acerques demasiado a esa planta que puede ser carnívora —y era un tulipán.

—¡Mira que animal más extraño!, seguro que ya quedan pocos en todo el planeta —y señalaba a un perro cualquiera.

Cuando venía a buscarme al colegio no me preguntaba cómo me había portado sino que me decía:

—¡Hola capitana! ¿Por qué mares has navegado hoy? ¿Qué misterios has descubierto?

Y yo le contestaba:

—He navegado por mares muy bravos, con olas de diez metros de altura y he visto muchos tiburones, abuela. Y también he descubierto que aún existen los calamares gigantes, como los que se encontró el capitán Nemo.

Mientras llegábamos a casa me contaba cosas de su vida, y si por la noche se quedaba en mi casa a dormir, nos asomábamos las dos al balcón y me enseñaba el nombre de las

estrellas y de las constelaciones.

Un día me dijo:

—Marian, si algún día me muero seguro que me iré a esa estrella, a la primera que sale, porque es la única que ve un poquito al sol, las demás solo ven a la luna.

Y yo le contesté:

—Abuela, para mi tú siempre serás como una estrella.

Entonces mi abuela me abrazó y lloró emocionada.

La abuela me decía que estaría mirándome desde allí arriba con un enorme telescopio, así que, cuando comience a anochecer saldré al balcón y la saludaré con la mano.

Pensando en la abuela Pepa a veces me entran ganas de llorar y otras veces de reír, aunque no creo que hoy deba hacerlo delante de mis padres y mis tíos porque ellos están muy tristes.

Yo también lo estoy, pero me acuerdo de aquél día en que quise ayudar a la abuela a preparar un pastel. Me puso el delantal y un gorro de cocina y me dijo:

—Cocinar es una cosa muy importante, Marian, por eso hay que hacerlo con el uniforme adecuado.

Entonces yo me reí muchísimo porque lo decía con la voz muy seria, pero ella se había puesto en la cabeza su gorro de ducha, con flores verdes y rosas. ¡Estaba más graciosa...!

¿Qué hará ahora? ¿Se divertirá allí como se divertía aquí? ¿Me echará de menos?

En el entierro veo a muchas personas que lloran pero ahora a mi no me sale; creo que mi padre se está aguantando las ganas y mi madre llora por los dos.

Mamá me ha dado unas flores y yo las he puesto encima de la sepultura porque a la abuela Pepa le gustaban mucho.

Recuerdo que un día me llevó a un vivero a comprar plantas para ponerlas en el balcón y que desde la calle se viera bonito.

¡Nunca había visto tantas plantas y tantas flores juntas!

—Mis preferidas son las margaritas porque las hay de muchos colores, y los alhelíes, porque huelen muy bien —me dijo.

Elegimos tres macetas de margaritas de diferentes colores y dos de alhelíes, y yo le ayudé a plantarlas en los tiestos del balcón. ¡Quedó precioso!

¿Tendrá la abuela en esa estrella un sitio para poner flores? Seguro que sí, porque si no se lo dan, lo conseguirá de cualquier modo, como aquella tarde de domingo en la que yo me encapriché con un precioso globo que tenía forma de corazón.

A la abuela le pareció que costaba mucho y le dijo al señor que los vendía:

—¿Podría hacerme alguna rebaja? Yo a cambio puedo cantarle una canción.

El hombre le miró de una forma extraña pero al rato sonrió y le dijo:

—Está bien señora, se lo dejo a la mitad de precio si me canta Aquellos ojos negros.

¿La sabe usted?

—Por supuesto, mi marido me la cantaba muchas veces.

Y ni corta ni perezosa, mi abuela se puso a cantar y mucha gente se paró para escucharla, y de paso, compraron globos.

Yo me moría de vergüenza pero paseé por el parque muy orgullosa con mi globo en la mano.

De vuelta a casa me dijo:

—Marian, esto queda entre nosotras, ¿eh? No digas nada a tus padres porque van a pensar que estoy un poco loca.

Hoy ha sido un día muy especial y no lo olvidaré nunca.

Ahora espero que salga la primera estrella para saludar a la abuela, por si me está viendo. Además tengo que contarle que no he pasado miedo en el cementerio porque he sentido que ella no estaba allí.

Papá viene a leerme un cuento, como todos los días, pero hoy no me apetece y le digo:

—Hoy no quiero que me leas un cuento, prefiero que me cuentes cosas de la abuela Pepa.

Él se sienta a mi lado en la cama y empieza a contarme cosas muy divertidas de su madre y de cuando él era pequeño, pero siento que tiene ganas de llorar y le digo al oído:

—Si tú quieres yo puedo enseñarte a llorar, papá.

Entonces papá me abraza muy fuerte y lloramos los dos juntos.

Reflexiones:

- ¿Ha muerto alguno de tus abuelos? Puedes preguntar a tus padres cosas sobre él o ella y buscar fotos donde aparezcan.
- ¿Has ido alguna vez a un entierro? ¿Y has visitado algún cementerio? ¿Cómo te sentiste?
- ¿Por qué crees que dice Marian que su abuela ya no estaba enterrada en el cementerio?
- Marian piensa en su abuela y recuerda cosas muy divertidas. ¿Tú qué recuerdas de alguien de tu familia que haya muerto?
- ¿Por qué piensas que el padre de Marian no llora?
- ¿Te cuesta a ti llorar o lo sabes hacer muy bien?
- Puedes pintar a Marian o a su abuela o a la estrella que más le gusta.
- Puedes también inventarte otro final y escribirlo o pedir a alguien que te lo escriba.

Malaquías y su perro

A qué era un pueblo que tenía cada día menos habitantes, porque los jóvenes se marchaban a la ciudad en busca de trabajo y ya solo quedaban los más ancianos, entre ellos Malaquías.

Cada año tenía que visitar más tumbas en el cementerio y aquel lugar no le gustaba nada, de modo que un día, mientras jugaba a las cartas en el bar con sus amigos, les dijo muy serio:

—Cuando me muera no quiero que me lleven al cementerio, ¿habéis oído bien? Quiero que mi cuerpo sea incinerado y os pido que enterréis mis cenizas debajo de la higuera de mi huerto.

No sabía muy bien por qué pero aquella higuera, bajo la cual había echado tantas siestas, le parecía el lugar ideal para descansar.

Sus amigos le contestaron:

—Venga, Malaquías, no seas pesado, deja ya de hablar de la muerte y juega, que estamos esperando ver tu carta. ¡Ni que te fueras a morir mañana!

Pero una mañana Malaquías no fue a buscar el pan que el panadero le guardaba todos los días, ni llegó al bar a la hora de la partida con sus amigos.

Sus vecinos oyeron llorar a su perro y supieron enseguida lo que pasaba.

—Pobre Malaquías, por lo menos ha muerto mientras dormía, sin sufrir —dijeron cuando se lo encontraron en la cama.

Y tal y como le habían prometido, sus amigos cumplieron su deseo, enterraron sus cenizas debajo de la higuera y sembraron semillas de caléndulas, pensando que a Malaquías le gustaría mucho.

No había pasado ni un mes cuando su inseparable perro Bolo también murió, y los vecinos dijeron:

—Pobrecito, seguro que le echaba de menos y ha muerto de pena.

Bolo quería encontrar a Malaquías, así que nada más morir fue preguntando por aquí y por allá donde podría estar su amo.

—Seguro que está en el cielo —le dijeron unos ángeles.

Y hasta allí se fue corriendo y con la lengua fuera.

Bolo llegó al cielo y al encontrarse con el ángel guardián, éste no le dejó pasar y le

dijo:

—Tú no puedes pasar, este es el cielo de las personas, si quieres te hago un plano para que encuentres el paraíso de los perros, ¿te parece bien?

Pero Bolo no le hizo caso y se quedó allí sin moverse, llorando y aullando sin que nadie consiguiera hacerle callar.

Hasta que un día, el caso llegó hasta el mismísimo Dios porque el ángel guardián le había pedido:

—Dios, por favor, consigue que este perro abandone las puertas del cielo. No deja dormir a nadie con sus aullidos, y además asusta a los que llegan nuevos.

Y Dios, después de pensar un rato, dijo algo que dejó asombrados a todos los ángeles que le escuchaban:

—Los seres que se quieren en la tierra, deben estar juntos en el cielo.

Así que el ángel guardián le abrió a Bolo las puertas del cielo y él entró corriendo y lleno de alegría buscando a su amo.

Malaquías estaba tan tranquilo plantando flores en un pequeño huerto, cuando de repente oyó un ladrido que le resultó familiar y casi sin darse cuenta Bolo se abalanzó encima de él y le tiró al suelo. Los dos se abrazaron felices mientras varias personas se acercaron sonrientes a contemplar la escena.

Y cuentan que, desde aquel día, dejan entrar en el cielo a los animales que fueron amigos de las personas que allí se encuentran, y juntos disfrutaban felices de las maravillas del paraíso.

Reflexiones:

- ¿Por qué Malaquías no quiere que le entierren en el cementerio? ¿Por qué quiere que entierren sus cenizas debajo de su higuera?
- ¿Conoces el caso de alguna mascota que se haya muerto al poco tiempo de morir su dueño? ¿Por qué crees que pasa esto?
- ¿Cómo se sintió Bolo cuando el ángel no le dejó entrar en el cielo?
- Si tú hubieras sido el ángel guardián, ¿qué habrías hecho?
- ¿Qué te parece lo que dijo Dios?
- Imagina que tú eres Malaquías. ¿Qué emoción sentirás cuando veas aparecer a Bolo?
- ¿Cuál es la parte del cuento que más te ha gustado?
- Puedes inventar otro final para este cuento o cambiar alguna parte. Imagina por ejemplo, lo que puede pasar si Bolo no consigue entrar en el cielo.
- También puedes pintar un retrato de Bolo o de Malaquías o cualquier escena del cuento.

Manos de paz

Los padres de Aitor no podían evitar hacer comentarios ante las noticias que la televisión estaba dando.

—¿Qué pasa, papá? —le preguntó a su padre.

—Que han matado a varias personas en un atentado, hijo.

—¿Por qué las han matado?

Sus padres apagaron el televisor mientras pensaban en la respuesta más adecuada:

—Porque hay personas que piensan que matar es la solución a sus problemas y no respetan la vida de los que opinan de forma diferente —le dijo su padre.

Aitor siguió sin comprender; él discutía muchas veces con sus amigos, Gorka y Ana Mari pero no por eso les hacía daño, aunque se acordó de que un chico mayor había pegado a un compañero de su clase, solo porque no le quería dar su bocadillo.

—Papá, ¿los que matan qué quieren?

—Los terroristas quieren que les tengamos miedo y así nos veamos obligados a hacer lo que ellos quieren —contestó él.

—¿Y solo matan a personas mayores?

—Desgraciadamente también han muerto niños en este atentado, hijo...Pero ahora vete a jugar, y no pienses más en ello.

Aitor se quedó asombrado; eso significaba que él o alguno de sus amigos podría morir de esa manera. ¿Cómo iba a dejar de pensar en eso? Era algo muy importante.

Se fue a su habitación, pero no le apetecía jugar así que cogió su caja de pinturas y pintó a unas personas en un suelo manchado de rojo, y otras personas disparando, y en el cielo, muchas nubes negras.

Al día siguiente Aitor vio en la televisión una manifestación, donde la gente no lloraba ni gritaba, iban todos en silencio con las manos levantadas y pintadas de blanco y preguntó a su madre:

—¿Mamá, por qué llevan las manos pintadas de blanco?

—Es una forma de decir, en silencio, que quieren la paz.

—Pues si tanta gente quiere la paz, ¿porqué hay guerras y asesinatos?

—Aitor, ya te dijo tu padre que algunos todavía creen que los problemas se solucionan con violencia y metiendo miedo, pero cada día, afortunadamente, hay más personas que

no opinan igual y que quieren la paz, ya ves cuanta gente ha ido a la manifestación.

Entonces Aitor fue a la cocina, metió las manos dentro del bote de harina y se fue al salón con las manos levantadas diciendo:

—Yo también quiero la paz.

Sus padres sonrieron y le abrazaron emocionados.

A la mañana siguiente, nada más llegar al colegio, Aitor le dijo a su profesor:

—Profe, en el atentado del otro día murieron varios niños, alguno de nuestra edad, y ayer hubo una manifestación para pedir la paz. ¿Por qué no hacemos nosotros también una manifestación? Podemos pintarnos las manos de blanco y salir al patio, así todo el colegio sabrá que nosotros queremos la paz.

Sus compañeros de clase se quedaron en silencio esperando la respuesta del profesor. El se quedó pensando unos momentos y después respondió:

—Si todos queremos estar en paz tenemos que aprender a solucionar nuestros problemas dialogando, no a golpes ni con insultos. Así que, si salimos al patio en manifestación, significa que en nuestra clase los conflictos se van a resolver siempre de forma pacífica. ¿Estáis todos de acuerdo?

—¡De acuerdo, profe! —gritaron.

—Está bien, entonces nos pintaremos las manos de blanco y haremos una manifestación en el patio, pero en silencio, en completo silencio, ¿comprendido?

—¡Comprendido, profe!

Uno a uno, fueron pintándose las manos de blanco y salieron al patio y, por primera vez, todos serios y en silencio.

Desde las otras clases empezaron a mirar por las ventanas y no tardaron también en bajar al patio acompañados de sus profesores.

Aquél día Aitor sintió varias cosas a la vez: por un lado estaba orgulloso de que su idea hubiera tenido tan buena acogida, pero también sentía mucha pena por las personas que habían muerto al tener ideas diferentes o simplemente porque estaban en el lugar donde estallaron las bombas...

Llegó la noche y Aitor soñó con personas con las manos pintadas de blanco; cada vez que estrechaban la mano de alguien, la mano de esa persona se quedaba blanca, y así una y otra y otra, hasta que todo el mundo acabó con las manos pintadas de blanco.

—¡Qué pena que solo haya sido un sueño! Sería muy bonito que todo el mundo quisiera la paz —dijo al despertarse a su madre.

—Los sueños a veces se cumplen, hijo. Cómo me gustaría soñar esta noche lo mismo que tú...y que algún día este sueño se haga realidad.

Reflexiones:

- ¿Recuerdas alguna noticia sobre algún atentado terrorista? ¿Qué sentiste al escucharla?
- ¿Crees que la violencia es la forma de resolver los problemas o existen otros medios? ¿Cuáles?
- ¿Sueles dialogar para resolver los problemas o sueles pelearte?
- ¿Has ido o has visto alguna manifestación contra la violencia? ¿Qué piensas que es mejor, gritar o estar en silencio, como los que llevaban las manos pintadas de blanco? ¿Por qué?
- ¿Qué te parece la idea de Aitor de hacer una manifestación en el colegio?
- ¿Te ha gustado el sueño que tuvo Aitor? ¿Alguna vez has tenido un sueño extraño?
- ¿Algún sueño tuyo se ha hecho realidad? ¿Cuál?
- Puedes dibujar alguna escena del cuento o una mano blanca.
- También puedes escribir otro final diferente o cambiar alguna parte del cuento.

El duende del lago

El pueblo donde vivía Lena estaba a orillas de un hermoso lago, rodeado de bosques y montañas muy altas, casi siempre nevadas.

Lena solía ir al lago a bañarse con su hermano Andrea durante todo el verano, pero este verano iba a ser muy diferente a los otros porque Andrea ya no estaba con ella.

Se sentó a la orilla del lago y comenzó a llorar mientras decía:

—¿Por qué te has ido Andrea? ¿Por qué me has dejado sola? No entiendo porqué has tenido que morir...

Lena no lo sabía pero en el lago habitaba un duende que al oírla se acercó a ella y le dijo en voz baja:

—Sé que estás muy triste pero, si quieres, yo puedo ayudarte.

Al principio no pudo verle porque tenía los ojos llenos de lágrimas pero le contestó:

—Nadie puede ayudarme. Mi hermano ha muerto, y mis padres no me hacen caso, porque están muy tristes y no dejan de pensar en él.

—Ya entiendo —le dijo el duende, veo que tienes un gran dolor en tu corazón, pero si quieres yo puedo ayudarte —volvió a decirle el duende.

Lena se secó los ojos y vio entonces al pequeño duende que estaba frente a ella flotando en el aire y le preguntó:

—¿Puedes hacer que vuelva Andrea? Desde que él se ha ido no tengo ganas de hacer nada, estoy muy triste y le recuerdo continuamente.

—Lo siento Lena, no puedo hacer que vuelva, pero puedo hacer algo por ti: esta noche, cuando estés dormida, puedo ir a verte y quitarte la nube oscura que oprime tu corazón; si tú quieres, claro.

—Sí, por favor, siento mucho dolor.

Llegó la noche y Lena se durmió, y el duende del lago cumplió su promesa: cogió la nube oscura que rodeaba el corazón de la niña y se fue volando lejos, muy lejos, hasta el planeta de los magos alquimistas.

Estos magos tenían una misión muy importante que todos los duendes conocían: eran los encargados de transformar la tristeza en alegría, el odio en amor, el pesimismo en optimismo...y por eso estaban siempre tan ocupados.

Cada vez que una persona pedía la ayuda de un duende, este recogía la nube oscura

que estaba en su corazón y la llevaba al planeta de los magos alquimistas para que ellos hicieran su trabajo.

—¿Otra vez tu por aquí? —le preguntó el mago Catalis al duende del lago.

—Esta vez vengo con una gran nube oscura del corazón de una niña que ha perdido a su hermano.

—Ese dolor es muy grande —dijo el mago Catalis mientras observaba la nube—. Tardaré por lo menos un mes en hacer el trabajo.

—Pues dentro de un mes vendré a recogerla. Mientras tanto veré como puedo ayudar a Lena.

El duende del lago bajó de nuevo a la Tierra a buscar a la niña, y esta vez se la encontró nadando. Cuando llegó a la orilla le dijo:

—Veo que esta mañana has decidido venir a nadar, ha sido una gran idea.

—Estaba recordando las veces que Andrea y yo hemos nadado juntos —le dijo ella. Hacíamos carreras y nos tirábamos desde el embarcadero, pero ahora tengo que nadar sola y ya no es tan divertido.

—¿Ves? Esos recuerdos nadie te los puede quitar —dijo el duende.

—¿Crees que algún día le olvidaré? —le preguntó ella.

—Nunca Lena, nunca olvidarás a tu hermano. Con el tiempo te acostumbrarás a vivir sin él pero estará siempre en tu memoria y en tu corazón.

El duende la besó en la frente y se fue volando por encima del lago.

Lena cogió la toalla y se fue a su casa. Al llegar dijo a sus padres:

—Sé que estáis muy tristes y yo también lo estoy, pero me gustaría hacer algo de lo que hacíamos antes. ¿Por qué no vamos los tres de excursión?

Sus padres se quedaron extrañados de verla tan animada y prepararon unos bocadillos para el camino.

Lena no sabía que los magos alquimistas estaban haciendo muy bien su trabajo y la nube oscura de su corazón se estaba transformando.

Pasaron los días y una tarde Lena se acercó de nuevo al lago con la esperanza de ver al duende:

—¡Duende del lago, quiero hablar contigo! —gritó.

El duende apareció volando por encima del agua y, cuando llegó a donde ella estaba, Lena le preguntó:

—Mañana es mi cumpleaños. ¿Crees que debo celebrarlo? No creo que a mis padres

les parezca bien porque solo ha pasado un mes desde la muerte de mi hermano.

—Pues a mí me parece que deberías celebrarlo y seguro que a Andrea le gustaría que lo hicieras. Además yo tengo un regalo muy especial para ti que mañana te daré.

Esa noche el duende viajó lejos, muy lejos, hasta el planeta de los magos alquimistas, y allí esperó a que le dieran lo que iba a buscar.

—Aquí tienes de nuevo la nube —le dijo el mago Catalis—. Como ves, ahora brilla con los colores del arco iris. Espero que le ayude a Lena a recuperar su alegría.

—Gracias mago Catalis, estoy seguro de que a Lena le va a encantar esta preciosa nube de colores. Has hecho un buen trabajo.

—De nada, duende, ya sabes que esa es mi obligación y lo hago de mil amores.

Lena no podía dormir. Aquel día había celebrado su fiesta de cumpleaños y le habían hecho muchos regalos pero esperaba con impaciencia el prometido por el duende.

De pronto, a través de los cristales vio que el duende se acercaba llevando algo entre las manos. Lena le abrió la ventana y el duende entró en su habitación:

—Buenas noches Lena, he venido a traerte tu regalo.

El duende abrió un pequeño cofre y de él salió flotando una preciosa nube con todos los colores del arco iris.

—¡Qué bonita! ¿Es para mí?

—Sí Lena, es para ti. Guárdala dentro de tu corazón porque ella viene a traerte la alegría que habías perdido.

Lena cogió la nube y la guardó en su corazón mientras aparecieron en su mente todos los momentos felices pasados con su hermano Andrea.

Y a partir de ese día, si alguna vez le echa de menos, el regalo del duende le ayuda a cambiar los pensamientos oscuros por otros más alegres y divertidos.

Reflexiones:

- ¿Cómo te sentirías si fueras Lena? ¿Conoces a alguien que haya perdido a un hermano o hermana?
- ¿Qué le dirías para animarle y consolarle si fuera un amigo tuyo?
- Es natural echar de menos a alguien cuando hemos vivido con él o con ella. ¿Tú echas de menos a alguien? ¿Por qué?
- ¿Qué te parece la ayuda que el duende le ofrece a Lena? ¿Qué le hubieras pedido tú?
- De todos los regalos que te han hecho por tu cumpleaños, ¿cuál recuerdas con más cariño?
- A veces se nos pone una especie de nube negra en el corazón, como a Lena. ¿En qué momentos sientes que te duele el corazón? ¿Qué haces para sentirte mejor?
- ¿Qué haces cuando estás muy triste? ¿Buscas la ayuda de alguien o prefieres estar solo/a?
- ¿Te gustaría pedirle ayuda a un duende? ¿Para qué?
- Puedes dibujar alguna escena del cuento o también puedes pintar a la protagonista o al duende del lago.
- Si te parece, puedes inventarte una nueva historia con los protagonistas de este cuento.

El hombre que perdió su sonrisa

Jaime sentía mucha curiosidad por aquel hombre al que veía pasar todas las mañanas con una bufanda tapándole la cara.

Cuando Jaime comenzaba su trabajo de barrendero, el hombre cruzaba la calle y se dirigía siempre al mismo lugar, un parque céntrico de la ciudad que a esa hora todavía estaba desierto.

En invierno era normal que llevara puesta una bufanda para protegerse del frío pero, cuando llegó el verano, Jaime se quedó muy extrañado al ver que no se la quitaba y se preguntó:

“¿Será que tiene una enorme cicatriz en su cara o que es feo, muy feo, y le da vergüenza que le vean? Quizás está loco y no distingue el verano del invierno...”

Un día decidió saber la verdad, esperó a que pasara aquél hombre tan extraño a su hora habitual y acercándose le dijo:

—Disculpe señor, ¿le importaría decirme qué hora es?

Y el hombre, sin decirle media palabra, le enseñó el reloj que llevaba sobre su muñeca izquierda.

Aquella estrategia no había funcionado, así que Jaime estuvo pensando en otro modo de hacerle hablar, pero..., ¿y si era mudo? Tendría que averiguarlo.

De todas formas quería descubrir su secreto porque él era muy curioso y su mente imaginaba mil historias, así que decidió seguirle hasta el parque mientras barría.

Vio que el hombre se sentaba en un banco, sacaba una bolsa con trozos de pan y las echaba al suelo. Un montón de palomas se acercaron a comer y el hombre se quedó mirándolas.

“¡Es el momento!”, se dijo Jaime, y se sentó junto al hombre en el banco.

—Disculpe señor, ¿viene usted todos los días a dar de comer a las palomas?

El desconocido le miró por encima de la bufanda y asintió con la cabeza. Jaime siguió hablando:

—Es maravilloso pensar que todavía hay personas que dan de comer a las palomas. ¡Es usted un buen hombre!

—¿Por qué dice eso? —esas fueron sus primeras palabras.

Jaime sonrió y le dijo:

—Porque no quedan ya muchas personas que se preocupen por otras.

—Las palomas no son personas, por eso las cuido. Es mejor cuidar animales que personas, si se mueren no sufres...—dijo el hombre con voz triste.

Jaime se quedó callado pues se dio cuenta de que aquel hombre estaba sufriendo, pero quería descubrir su misterio, así que siguió hablando con él:

—Perdone pero tengo una curiosidad: ¿por qué lleva usted siempre puesta esa bufanda? En verano le tiene que dar mucho calor.

—¿Acaso usted me está espiando? —le preguntó muy enfadado.

—¡No se enfade conmigo, señor! veré, es que soy muy curioso. Todos los días le veo pasar cuando comienzo mi turno de trabajo y, haga frío o calor, usted lleva puesta esa bufanda y me pregunto por qué.

El hombre entonces agachó la cabeza y mirando a las palomas le dijo:

—He perdido mi sonrisa, y hasta que no la encuentre no quiero que nadie me vea la cara. Yo era un hombre que sonreía mucho y estaba casi siempre alegre pero...eso fue antes.

—¿Antes de qué? —preguntó Jaime sabiendo que estaba a punto de descubrir el misterio.

El hombre no contestó y Jaime siguió hablando.

—Pues yo creo que la sonrisa no se puede perder ni nadie la puede robar.

El hombre de la bufanda siguió sin decir nada, se metió de nuevo en sí mismo y a Jaime le dio pena.

Entonces se le ocurrió una idea:

—Si usted quiere, yo puedo ayudarle a encontrar su sonrisa.

El hombre le miró y le dijo:

—Bueno..., dudo que pueda hacerlo, pero si usted quiere...

—¡Claro que sí! ¡Sígame!

Jaime le llevó hasta el patio de un colegio donde muchos niños jugaban y reían. Pero el hombre no encontró allí su sonrisa.

Después le llevó a un teatro donde representaban una obra muy divertida. Pero el hombre tampoco encontró allí su sonrisa.

Cuando ya terminaba la tarde se acercaron a un café donde muchas personas enamoradas y felices quedaban después del trabajo para contarse sus cosas. Pero allí tampoco encontró su sonrisa.

—Mañana se me ocurrirá algún otro sitio, no se dé por vencido —le dijo Jaime.

Y los dos hombres se despidieron hasta el día siguiente, a la misma hora y en el mismo lugar.

Era su día libre y Jaime salió de su casa dispuesto a encontrar lo que buscaban, pero antes tenía que preguntarle algo al hombre de la bufanda.

Cuando se encontró con él le dijo muy animado:

—Creo que hoy vamos a encontrar su sonrisa, pero antes tengo que saber una cosa: ¿recuerda dónde la perdió?

Entonces el hombre de la bufanda comenzó a contarle cómo su mujer había enfermado y a los pocos meses había muerto. Desde ese día se sentía triste, muy triste, y eso que él había sido una persona muy alegre. Y para que nadie le reconociera decidió ponerse la bufanda hasta que pudiera volver a sonreír.

A Jaime entonces se le ocurrió una idea:

—¡Venga conmigo! Ya sé dónde podemos encontrarla.

Caminaron durante un rato hasta llegar a un gran edificio, uno de los hospitales de la ciudad, donde trabajaba una amiga suya de enfermera. Habló con ella a solas y le pidió un favor.

A los pocos minutos les llevó hacia una habitación donde se encontraba, medio dormida, una mujer mayor y le dijo:

—¡Despierte Manuela, tiene visita!

La señora abrió los ojos y miró hacia ellos, aunque no les podía ver porque estaba ciega.

—¿Quién viene a verme? —preguntó a la enfermera.

—Es la persona que estaba esperando, Manuela.

Jaime guiñó un ojo a su amiga confiando en que aquella idea funcionara y se acercó a la anciana y le dijo:

—¡Por fin te encuentro, madre! No he podido venir antes.

Y aquella mujer que se negaba a irse de este mundo sin haber abrazado al pequeño de sus hijos, sonrió, sonrió con la sonrisa más bonita del universo y dijo:

— Acércate hijo, quiero darte un beso de despedida...

Entonces ocurrió algo sorprendente: el hombre se quitó la bufanda, se acercó a la anciana para recibir su beso y le sonrió, mientras cogía sus manos entre las suyas:

—Gracias por darme tu sonrisa —le dijo, mientras ella se despedía de la vida.

No dijo nada más. Los dos hombres salieron a la calle y caminaron un rato en silencio.

Cuando se despidieron, Jaime se sintió muy satisfecho de haber ayudado a aquél hombre, y este sonriendo le dijo:

—Gracias por ayudarme a encontrar mi sonrisa.

—De nada —contestó él—, y ya sabe donde estoy. Si algún día la vuelve a perder, búsqieme, yo le ayudaré a encontrarla.

El hombre le dio la mano y continuó su camino sonriente.

Reflexiones:

- ¿Qué hubieras pensado tú si ves a un hombre con bufanda en verano?
- ¿Cómo crees que se sentía el hombre de la bufanda después de perder a su mujer?
¿Conoces a alguna persona que esté gravemente enferma? ¿Cómo crees que se sentirá?
- El hombre de la bufanda dice que “es mejor cuidar animales que personas porque si se mueren no sufres”. ¿Tú qué opinas?
- ¿Qué harías tú para ayudar a una persona que está muy triste?
- ¿Por qué crees que Jaime buscó la sonrisa en un colegio, en un teatro y en un café?
¿Dónde la habrías buscado tú?
- Cuando van al hospital y Manuela cree que su hijo ha llegado, ¿cómo crees que se siente?
- En este encuentro en el hospital salen beneficiadas las dos personas: Manuela y el hombre de la bufanda. ¿Que consigue cada uno?
- ¿Alguna vez has ayudado tú a alguien? ¿En qué le ayudaste? ¿Cómo te sentiste después?
- Si te parece puedes continuar el cuento o cambiar alguna parte.
- También puedes dibujar alguna escena del cuento o al hombre de la bufanda. Así te conviertes en el ilustrador de este cuento.



Cuentos para vivir...

EL DUELO



El Abandono

Begoña Ibarrola

EL ABANDONO: *La vivencia de pequeñas despedidas va unida a muchos sentimientos diferentes que debemos acostumbrarnos a expresar, pues cuanto más pronto lo hagamos, más fácil nos resultará enfrentarnos a esa gran despedida que es la muerte de un ser querido.*

Es preciso que el niño entienda que la despedida forma parte de un nuevo comienzo, así como la muerte es parte de la vida. En otoño, por ejemplo, algunos árboles se despiden de sus hojas, y al caer a la tierra se descomponen y sirven de alimento al mismo árbol. Asimismo cuando crecemos, los dientes de leche son sustituidos por otros, y a medida que cumplimos años también abandonamos a algunos amigos de la infancia y hacemos nuevas amistades más acordes con nuestros intereses y actividades.

A lo largo de la vida el proceso de cambio es natural y con él, una serie de sentimientos y emociones que a veces resultan difíciles de expresar.

El abandono puede vivirse también como una pequeña muerte; provoca sufrimiento y tristeza en mayor o menor grado y a veces es necesario para que la vida continúe, como es el caso de aquellas personas que deben abandonar su tierra por causa de la guerra, del hambre o para satisfacer sus necesidades vitales.

En este libro el lector va a darse cuenta de lo que siente un juguete que ha sido abandonado, un perro al que sus amos abandonan en verano, una niña que tiene que huir de la guerra o una anciana a la que su familia no visita, en definitiva, objetos, animales y personas que pasan por situaciones difíciles ante las cuales reaccionan de diferente manera, pero siempre saliendo adelante y queriendo superar su tristeza.

Algunos cuentos van a servir también para desarrollar la empatía y comprender lo que sienten los inmigrantes en busca de nuevas oportunidades para una vida mejor, y lo que supone para ellos tener que adaptarse a tantas cosas nuevas.

Ranas buscan charca

La rana Tomasa conocía aquel lugar maravillosamente porque era su charca. Allí había nacido, había crecido, había aprendido a nadar y a dar saltos cada vez más grandes. Allí también había encontrado buenos amigos, incluso se había enamorado de uno de ellos que se llamaba Nicolás.

Tomasa y Nicolás habían decidido formar una familia, pero se enfrentaban a un gravísimo problema: la charca se estaba quedando sin agua. ¿Cómo iban a tener allí a sus crías? ¿Cómo iban a enseñarles a nadar?

—En esta charca no podemos formar un hogar —le dijo un día Tomasa a Nicolás.

—Vamos a esperar un poco más, Tomasa, tiene que llover uno de estos días y la charca volverá a tener agua, ya verás.

Pero los días fueron pasando y siguió sin llover, así que todas las ranas se tuvieron que ir de allí en busca de una nueva charca donde poder vivir, y después de un tiempo, Nicolás también se dio cuenta de que había llegado el momento de marcharse.

—¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia! Tener que abandonar el lugar donde nací y donde he vivido toda mi familia —le dijo llorando a Tomasa.

Ella le abrazó y los dos lloraron juntos durante un buen rato.

De pronto, se les ocurrió una idea, ¿por qué no probarla? A lo mejor no tenían que marcharse. Era lo último que podían hacer y debían intentarlo.

Mientras Nicolás recogía sus cosas y las guardaba en dos pequeñas maletas, Tomasa se dirigió a la oficina del periódico local para poner un anuncio:

“Ranas buscan charca para vivir. Llamar urgentemente”.

Esperaron un tiempo, pero como nadie contestó al anuncio, no tuvieron más remedio que coger sus maletas y marcharse de allí a buscar otra charca con agua para empezar una nueva vida.

El viaje fue muy difícil y penoso porque, cuando encontraban una charca, las ranas que vivían allí no les dejaban quedarse y les decían:

—¡Largo de aquí! ¡En esta charca no caben más ranas!

Una y otra vez se encontraron con el mismo problema y cada día que pasaba se sentían más tristes y cansados. No entendían por qué otras ranas iguales que ellas les impedían compartir una charca en la que había agua para todos.

—¿Tú comprendes lo que está pasando? —le preguntó una noche Tomasa a Nicolás.
Él, mientras preparaba la cama entre unas hojas, le contestó:

—Me parece que las cosas están cambiando, Tomasa. A lo mejor quedan pocas charcas con agua y las ranas que tienen una, no quieren compartirla. Antes las cosas eran muy diferentes y había un código de hospitalidad que era sagrado entre las ranas.

—¿Qué vamos a hacer si no encontramos una charca donde poder quedarnos? —le preguntó a su compañero.

Nicolás no contestó, intentó dormirse pero no pudo, pues no paraba de dar vueltas a las cosas en su cabeza.

De repente, vio a lo lejos una lucecita que se acercaba y despertó a Tomasa:

—¡Despierta, Tomasa, alguien se acerca!

Cuando la lucecita llegó donde ellos estaban, vieron que era una pequeña luciérnaga.

—¿Necesitáis mi luz? Para mí sería un placer ayudaros porque la noche está muy oscura —dijo ella muy amable.

Tomasa y Nicolás la miraron con tristeza y le dijeron:

—Es la primera vez que alguien nos quiere ayudar y te estamos agradecidos, pero no necesitamos tu luz, sino una charca con agua donde nos dejen vivir.

—¡Ah!, entonces puedo ayudaros. Conozco un lugar, cerca de aquí, donde hay agua, mucha agua. ¿Queréis seguirme? Mi luz os guiará.

Tomasa y Nicolás se pusieron muy contentos, cogieron con rapidez sus maletas y siguieron a la luciérnaga hasta que, por fin, dijo:

—Ya hemos llegado, este es el lugar. Ahora debéis descansar porque es de noche, cuando salga el sol, veréis que hermoso es.

Esa noche ninguno de los dos pudo dormir de la emoción y, en cuanto comenzó a salir el sol por el horizonte, se quedaron con la boca abierta:

—¡Oh! ¡Qué charca más grande! —exclamaron asombrados.

—Pero es un poco rara Nicolás, fíjate, no hay piedras, ni juncos, solo un poco de hierba.

—No importa, mira cuánta agua, Tomasa, y parece que no hay otras ranas por aquí.

Se miraron sonrientes y sin decir una palabra más, se lanzaron al agua y nadaron y nadaron hasta que estuvieron agotados. Entonces salieron del agua y se tumbaron en la hierba a descansar.

—Tomasa, ¿crees que vamos a poder quedarnos aquí?—le preguntó Nicolás.

—Pues no veo a nadie, así que de momento esta va a ser nuestra charca.

No habían terminado de hablar, cuando de pronto apareció una niña que se acercaba y los dos, muy asustados, se lanzaron al agua.

La niña gritó:

—¡Unas ranas! ¡He visto unas ranas! —y se lanzó ella también al agua.

—¿Dónde estáis? —decía la niña mientras nadaba de un lado para otro buscándolas.

Tomasa y Nicolás sacaron sus pequeñas cabezas del agua, miraron con cara de pena a la niña y le preguntaron:

—¿Podemos quedarnos en tu charca? Es muy grande, hay mucha agua y no estorbaremos a nadie.

La niña se rio y les dijo:

—Esto no es una charca, es una piscina y claro que os podéis quedar.

Tomasa y Nicolás se miraron emocionados y volvieron a preguntar:

—¿Seguro que nadie nos echará?

—No, nadie os echará de aquí y yo me divertiré mucho nadando con vosotras —les contestó ella.

Las dos ranas respiraron por fin, satisfechas, salieron del agua y se tumbaron al sol contentas de haber encontrado una nueva charca con tanta agua.

Ahora ya podían formar una familia y empezar una nueva vida, y si llegaban otras ranas, no les echarían de allí porque aquella charca era muy grande y había sitio para todos.

Reflexiones:

- ¿Te imaginas lo que sentirían Tomasa y Nicolás al tener que abandonar su charca por falta de agua?
- ¿Qué hubieras hecho tú? ¿Esperar a que lloviera o marcharte? ¿Por qué?
- ¿Por qué crees que nadie respondió al anuncio?
- ¿Cómo se sintieron al ver que otras ranas les impedían quedarse en sus charcas, a pesar de que había agua para todas?
- ¿Cómo te sentirías si alguien te hiciera lo que las demás ranas les hicieron a ellos? ¿Por qué crees que ya no funcionaba el código de hospitalidad de las ranas?
- ¿Qué ayuda les presta la luciérnaga? ¿Hay alguien que te ayuda cuando lo necesitas? ¿Qué hace para ayudarte?
- Cuando encuentran tanta agua, ¿qué sienten?
- Si tú fueras la niña, ¿les hubieras dejado vivir allí contigo?
- Puedes añadir algo a este cuento, por ejemplo, puedes escribir sobre la familia que forman Tomasa y Nicolás.
- Si quieres puedes ilustrar este cuento.

¿Por qué me dejas, Kiko?

Kiko pensaba que era ya muy mayor para jugar con aquél enorme conejo de peluche que le habían regalado al cumplir un año. Por eso le pidió a su padre que lo subiera a la estantería más alta de su dormitorio. ¿Qué iban a pensar sus amigos si se lo encontraban encima de su cama?

Allí estaría mejor.

—¡Que desagradecido! —decía llorando el conejo Orejón —ya no se acuerda que yo he sido su mejor amigo y me abrazaba por las noche cuando tenía pesadillas.

Pero Kiko había encontrado un nuevo amigo que se llamaba Ordenador y pasaba bastante tiempo jugando con él. Parecía divertirse mucho y el conejo Orejón le miraba día tras día desde lo alto de la estantería con cara de tristeza, hasta que una noche ocurrió algo.

Orejón escuchó a Kiko gritar:

—¡No, no me persigáis! ¡Dejadme, por favor!

El conejo se dio cuenta de que Kiko tenía una pesadilla, pero él no podía hacer nada.

Al oír los gritos, su padre entró en la habitación y le despertó:

—¡Kiko, despierta, es solo un sueño!

Kiko se despertó llorando y se abrazó a su padre:

—Había unos monstruos que me perseguían y me querían coger. Se parecían a los del videojuego, papá.

—Pues mañana me enseñarás ese juego y jugaremos juntos, ¿de acuerdo? Y ahora duerme que mañana tienes que madrugar. Voy a darte a Orejón para que te haga compañía —le dijo mientras bajaba el conejo de la estantería.

Orejón se puso muy contento de ver como Kiko lo abrazaba y se dormía plácidamente.

Aquellos días se había sentido abandonado, pero ahora volvía a ser el mejor amigo de Kiko, y el que le ayudaba a espantar sus pesadillas.

Sin embargo la alegría le duró muy poco tiempo, pues cuando Kiko regresó del colegio, le pidió a su madre que subiera el conejo de peluche de nuevo a la estantería más alta. Iba a venir su amigo Rubén para jugar en el ordenador y no quería que lo viera encima de su cama.

—¿Por qué te avergüenzas de Orejón? —le preguntó su madre.

—Porque ya tengo seis años, mamá. Ya no soy un bebé y los peluches son para los bebés —contestó Kiko muy serio.

Orejón escuchaba la conversación desde allí arriba, pero él no podía decir nada para defenderse porque solo era un conejo de peluche.

Aquella noche Orejón espero que las pesadillas volvieran y Kiko lo cogiera de nuevo y lo abrazara, pero su amigo durmió plácidamente y él se quedó triste en lo alto de la estantería.

Una tarde, mientras Kiko jugaba en el ordenador, su padre se acercó y le dijo:

—Me parece bien que juegues, pero este juego tan violento no me gusta nada, el otro día soñabas con él y pasaste mucho miedo, ¿recuerdas?

Y como era de esperar esa noche Kiko volvió a tener pesadillas y Orejón se encontró de nuevo en brazos de su amigo.

—Si pudiera hablarle, si al menos me oyera...—se decía Orejón.

Entonces apareció el Mago de los Sueños y le dijo:

—Con mi magia puedo hacer que hables y que Kiko te oiga, pero solo por unas horas. Cuando aparezcan los primeros rayos de sol, volverás a ser un conejo de peluche normal y corriente, ¿qué te parece?

—¡Sí, por favor, aunque sea por unas horas!

El Mago de los Sueños le tocó con su varita mágica y el peluche se convirtió en un conejo que podía hablar.

—¡Despierta Kiko, despierta! —le dijo Orejón mientras le tiraba de la manga del pijama.

Kiko se frotó los ojos y se sentó en la cama.

—¿Quién me habla? —preguntó medio dormido, pero no vio a nadie en la habitación y se volvió a acostar.

—¡Kiko, soy yo, Orejón!

Entonces Kiko miró a un lado de la cama y lo vio.

—Pero si eres un conejo de peluche. ¿Cómo puedes hablar? —le preguntó sorprendido.

—Solo por esta noche puedo hablar contigo, así que escúchame, tengo algo muy importante que decirte.

Orejón se sentó en la cama y le contó a Kiko cómo se sentía de abandonado y triste. Le explicó que siempre había sido su amigo y le había ayudado a ahuyentar las pesadillas. A

un conejo de peluche, se le podía abrazar, besar, servía como almohada, daba calor, y sobre todo podía escuchar todo lo que le quisieran contar.

Kiko escuchó con atención y se dio cuenta de que su nuevo amigo, el ordenador, no podía hacer nada de eso.

—Pero Orejón, ¿no crees que ya soy mayor para jugar contigo?

—No tienes por qué jugar conmigo, pero cuando estés triste o tengas miedo, puedes abrazarme. También puedes contarme las cosas que te pasan en el colegio, explicarme lo que vas aprendiendo, en fin, cualquier cosa menos dejarme abandonado en esa estantería, porque allí me siento muy triste.

Unos débiles rayos de sol empezaron a entrar por la ventana y Orejón volvió a ser el conejo de peluche que siempre había sido. No pudo decirle más cosas a su amigo Kiko ni pudo despedirse de él pero muy pronto comprendió que algo había cambiado.

Esa tarde, cuando Kiko volvió del colegio le dijo a su madre:

—He pensado que no quiero volver a jugar con ese juego de ordenador, porque luego me dan pesadillas, así que me voy a jugar un rato a mi cuarto.

—Me parece muy bien Kiko, ya te dijimos que a nosotros tampoco nos gusta.

Sin embargo su madre se extrañó de aquél cambio tan repentino, así que se fue muy despacito, sin hacer ruido hasta su habitación para ver qué hacía, y se quedó muy sorprendida al oírle decir:

—Bueno Orejón, te voy a contar por qué me he peleado hoy con David.

Y allí le dejó charlando de sus cosas con su amigo Orejón que, desde encima de la cama, escuchaba con atención todo lo que Kiko le quisiera contar.

Reflexiones:

- ¿Tienes algún muñeco o algún juguete que sea tu preferido? ¿Cómo se llama?
- Si tú fueras Orejón, ¿cómo te habrías sentido al subirte a la estantería más alta?
- Gracias al Mago del Sueño, Orejón puede hablar. Imagina las cosas que puede contarle y si quieres las puedes escribir.
- ¿Tienes tú también un amigo que se llama Ordenador? ¿Juegas mucho con él? ¿Qué diferencias hay entre este amigo y un peluche?
- ¿Alguna vez te has sentido abandonado por un amigo? ¿Qué sentiste?
- A medida que vamos creciendo cambian nuestros gustos, nuestros juegos, incluso nuestros amigos pero, ¿no crees que los amigos son lo más importante y debemos cuidarlos? ¿Cómo los cuidas tú?
- ¿Alguna vez has tenido pesadillas como las de Kiko por culpa de un video juego o por ver una película?
- Kiko cree que es muy mayor para jugar con Orejón. ¿Tú qué opinas? ¿Te daría vergüenza que tus amigos te vieran jugar con muñecos? ¿Por qué?
- Si te parece bien, ahora puedes ilustrar este cuento.

Solo encontró a Sola

Por la carretera circulaban muchos coches que, al pasar junto a él, le asustaban con sus ruidos.

Pelikos era un perro que no estaba acostumbrado a estar solo y andaba perdido y sin saber adónde ir, mientras se preguntaba por qué aquella calurosa mañana de verano toda la familia se había marchado olvidándose de él.

«¿Por qué hoy no me han dejado subir al coche? Ya sé que tengo que ir en la parte de atrás, allí no estorbo a nadie», pensaba.

Cuando arrancó el coche, el pobre Pelikos había corrido detrás hasta que lo perdió de vista porque iba más deprisa que él, y lo último que vio fueron las caras llorosas de Carlos y Paula diciéndole adiós.

«A lo mejor vuelven mañana», pensó.

Por eso regresó a la casa y se tumbó sobre el felpudo que había delante de la puerta.

Pero pasó un día, y otro, y otro, y no regresaron.

—¡Me han abandonado! —decía llorando—. ¿Por qué lo habrán hecho? Yo soy su mejor amigo y les quiero mucho. Creía que ellos también me querían a mí...

Durante unos días estuvo tumbado en el felpudo, triste y quieto, pero una tarde empezó a sentir hambre y decidió buscar comida entre los cubos de basura.

—¿Estás solo? —le preguntó un hombre anciano que también buscaba comida.

—Sí, estoy solo, me han abandonado —le contestó Pelikos con tristeza.

—Pues toma, seguro que este mendrugo de pan duro te vendrá mejor a ti que a mí, yo ya no tengo dientes para esto.

Pelikos se puso muy contento y le dijo:

—Gracias, tenía mucha hambre, no he comido desde hace días.

Pelikos se comió el mendrugo de pan y siguió caminando sin rumbo hasta que llegó la noche y decidió quedarse a dormir debajo de un banco en el parque, donde solía ir a pasear con Carlos y Paula.

Allí se encontró con otros perros y ellos le preguntaron:

—¿Qué haces tú por aquí? ¿Estás solo? Pero, ¿no vivías en una casa con un niño y una niña?

—Sí..., se llamaban Carlos y Paula, pero ahora se han ido, me han abandonado y

todavía no se por qué —les contestó cabizbajo.

Uno de los perros, que era más viejo y sabía más cosas, le dijo:

—Seguro que se han ido de vacaciones y tú eras un estorbo para ellos.

—¿Yo un estorbo? Pero si soy su mejor amigo. Durante todos estos años me han cuidado y yo les he dado mucho cariño. Ahora les echo de menos...

Aquella noche Pelikos tomó una decisión: como ya nadie iba a llamarle por su nombre y todo el mundo le preguntaba si estaba solo, decidió llamarse Solo.

Solo se acostumbró a vagar solitario por las calles, a buscar comida entre la basura e incluso por la noche aullaba como si fuera un lobo, recordando con tristeza a sus amigos: era su forma de expresar el dolor.

Pero una mañana soleada se cruzó en la calle con una perrita preciosa y los dos se miraron. Solo se puso rojo hasta las orejas cuando ella le preguntó:

—¿Cómo te llamas? Nunca te había visto antes por aquí.

—Me llamo Solo. Antes tenía otro nombre, pero ya casi no me acuerdo. ¿Y tú cómo te llamas?

—Me llamo Sola —le dijo ella—. Antes también tenía otro nombre, pero un día mis amigos se cambiaron de casa y me abandonaron en una perrera. Como aquél lugar no me gustaba, me escapé y desde entonces nadie me llama por mi nombre y todos me preguntan si estoy sola. Por eso ahora me llamo Sola.

Los dos perros caminaron juntos durante un rato charlando animadamente y de repente Sola se paró y le preguntó:

—A ver, recuerda, ¿cómo te llamabas antes?

Solo se puso a pensar y le dijo:

—¡Ah, ya me acuerdo! Me llamaba Pelikos.

—Pues si te parece yo te llamaré Pelikos.

—Me parece muy bien. ¿Y cómo te llamaban a ti?

Sola sonrió y le dijo:

—Me llamaban Chispa porque era muy rápida y saltaba como una chispa.

Pues a partir de este momento yo te llamaré Chispa.

—¡Estupendo! Así no olvidaremos nuestros nombres y además, si estamos juntos, nunca más estaremos solos.

Siguieron caminando felices y contentos de haberse encontrado hasta que llegaron al parque donde Pelikos solía pasear con Carlos y Paula.

Y allí, sentado en un banco, encontraron a un hombre desaliñado rodeado de bolsas, que les pregunto:

—¿Estáis solos?

Ellos le contestaron:

—No, ya no estamos solos, ¿y usted?

—Sí, yo estoy solo, muy solo. No tengo familia ni amigos. Por la noche duermo en un albergue y por la mañana vengo a este parque. Por cierto, ¿cómo os llamáis?

—Yo me llamo Chispa —dijo ella muy contenta de recuperar su nombre.

—Yo me llamo Pelikos —dijo él—. ¿Y usted cómo se llama?

El hombre se llevó las manos a la cabeza y les dijo:

—Ya casi no me acuerdo de mi nombre..., llevo tanto tiempo solo...

—Procure acordarse, señor, tener un nombre es muy importante —le dijo Pelikos.

—Si lo recuerda nosotros le llamaremos por su nombre —le dijo Chispa.

El hombre se puso a pensar y a pensar hasta que de repente dijo:

—¡Ah, ya recuerdo!, mis amigos me llamaban Manolo.

—Pues a partir de hoy nosotros le llamaremos Manolo, ¿le parece bien? —dijeron ellos.

Manolo sonrió y acarició a Chispa y a Pelikos, sacó algo de comida de una bolsa y se la dio.

Y desde ese día los tres formaron una familia y nunca más volvieron a sentirse solos.

Reflexiones:

- ¿Qué crees que pensaría Pelikos cuando vio que toda la familia se iba sin él? ¿Alguna vez te han dejado a ti solo? ¿Cómo te sentiste?
- ¿Has visto algún perro abandonado por sus dueños? ¿Qué harías tú para que esto no sucediera, sobre todo en verano?
- ¿Por qué se olvidó de su nombre? ¿Piensas que tener nombre es importante? ¿Por qué? ¿Te gusta tu nombre? Si pudieras cambiarlo ¿Cuál elegirías?
- ¿Qué sintió Solo cuando encontró a Sola? ¿Alguna vez tú también te has puesto rojo al conocer a un niño o a una niña?
- ¿Qué parte del cuento te ha gustado más y cuál menos? ¿Por qué?
- Se encuentran en el parque con un vagabundo. ¿Has visto tú alguno? ¿Por qué crees que esas personas están solas? ¿Qué harías para ayudarles?
- Puedes escribir o decir que alguien escriba por ti lo que hicieron a partir de ese día los tres juntos, Manolo, Pelikos y Chispa.
- También puedes dibujar alguna escena del cuento o a los dos perros.

Con la casa a cuestas

El caracol Casablanca tenía una ventaja sobre los otros animales del huerto: donde él fuera, su casa se iba con él.

Sin embargo, no todos podían llevarse su casa a cuestas y esto era un problema cuando había que salir corriendo ante la llegada del tractor o cuando un enemigo se acercaba. Entonces muchos animalitos se quedaban sin hogar.

Casablanca estuvo pensando y pensando durante mucho tiempo cómo conseguir que cada animal pudiera tener una casa portátil. Él era un gran inventor, de modo que dio vueltas y vueltas a su cabeza hasta que tuvo una idea:

—¡Ya sé lo que voy a hacer! Pediré a cada uno de los animales del huerto que me digan lo que necesitan para vivir cómodamente y yo diseñaré su casa ideal portátil. Ocupará poco espacio y tendrá poco peso de modo que, ante cualquier emergencia, puedan marcharse con ella.

Llegaba el verano y era un buen momento para empezar a construir las casas, pues el tiempo mejoraba y el caracol Casablanca podía trabajar más tiempo porque había más horas de luz.

Pero antes de empezar, una fresca mañana decidió convocar una reunión con los animales del huerto. No muy pronto para que a los más dormilones les diera tiempo a llegar, y tampoco demasiado tarde para que otros pudieran echarse una siesta después de comer.

Cuando estuvieron todos reunidos junto a la fuente, el caracol Casablanca les dijo:

—Amigos y vecinos del huerto, os he convocado para deciros que voy a diseñar unas casas portátiles para todos vosotros. Serán muy fáciles de transportar y de rápido montaje, así tendréis las mismas ventajas que yo: podréis ir con la casa a cuestas cuando sea necesario. Y ahora solo quiero que me digáis lo que necesitáis para vivir cómodamente.

La mariquita fue la primera en hablar y dijo:

—Yo necesito un lugar donde pueda desplegar mis alas, un gran salón donde reunirme con mis compañeras y sobre todo una gran terraza, para poner macetas y una sombrilla que me proteja del sol en verano.

La siguiente en hablar fue la lagartija:

—Amigo caracol, has tenido una idea estupenda pero las lagartijas podemos vivir en cualquier rendija, bajo cualquier piedra, de modo que yo no necesito ninguna casa portátil.

El caracol Casablanca tomaba nota de todo y le preguntó:

—¿Y qué pasará si tienes que irte a un lugar donde no hay piedras ni rendijas?

La lagartija se rascó la cabeza y le contestó:

—No había pensado en eso, pero bueno, entonces necesito una casa que se parezca a una piedra, con espacio suficiente para que pueda meterme debajo, con dos paredes en esquina para dormir en el rincón y que tenga placa solar en el tejado, me gusta estar calentita en invierno. Y que no se te olvide: debes poner también un ventilador en el techo porque me gusta estar fresca en el verano.

Tomó la palabra el ciempiés y dijo:

—Yo no necesito mucho espacio pero eso sí, en mi casa tiene que haber un armario inmenso para guardar mis cien pares de zapatos. Además quiero que tenga una gran bañera con jacuzzi.

Casablanca se empezó a poner nervioso: aquellos animales le estaban complicando la vida con sus caprichos, pero como era un caracol muy educado, esperó a que hablara el último para tomar la palabra.

Entonces el topo le dijo:

—Oye Casablanca, no pensarás que yo necesito una casa portátil, ¿verdad? Ya sabes que en cualquier pedazo de tierra yo puedo excavar una galería y vivir allí.

—Tienes razón —le dijo el caracol—, tú no necesitas una casa portátil. Si hay algún peligro sueles ser el primero en enterarte, así que pasamos al siguiente.

—A mí me gustaría un pequeño palacio de cristal —dijo la libélula—, lleno de espejos para mirarme y espacios amplios para volar sin que se dañen mis alas. Si tiene una fuente en medio del palacio, mejor que mejor. ¡Ah, se me olvidaba!, y una cama de plumas de pavo real.

Casablanca seguía tomando nota de todo, cada vez más nervioso.

Después de la libélula, habló el saltamontes:

—A mí hazme una casa muy larga, muy larga, para que pueda saltar de un extremo a otro sin darme contra la pared. Que tenga muchas ventanas para ver la hierba, ya sabes que me dan claustrofobia los lugares cerrados. Y también me gustaría que tuviera un gimnasio donde poderme entrenar los días de invierno porque necesito tener mis patas

fuertes y flexibles.

Después habló la hormiga y dijo:

—Yo necesito una casa donde podamos estar juntas todas las hermanas, ya sabes que no podemos separarnos, nos queremos tanto...Debe de tener una despensa enorme en la que quepan todas las provisiones que recogemos durante el verano. Los demás detalles no me importan con tal de que sea un lugar cómodo y ventilado con muchos pasillos para ir de una habitación a otra.

Y así, uno por uno, todos los animales del huerto le dieron sus ideas para que el caracol les construyera una casa cómoda y portátil.

Casablanca sudaba y sudaba de pensar en el lío en el que se había metido por querer ayudar a sus vecinos.

—Pues, ¿sabéis lo que os digo? —les dijo de mal humor después de escucharles—, que vais a seguir como estáis porque necesitáis demasiadas cosas para sentiros bien. Yo me había ofrecido pensando que era más sencillo complaceros, pero ya veo que es imposible: no puedo construir las casas que me pedís.

Y con las mismas, se dio media vuelta, abandonó la reunión y dejó con la boca abierta a todos sus vecinos.

—¡Que borde! —dijo la libélula—, encima que le hemos pedido solo cuatro cositas de nada. Bueno, seguro que Casablanca nos ha querido asustar, porque yo creo que viviré siempre en este maravilloso huerto. Además, si pasa algo, saldré volando sin problemas.

—Sí, no hay de qué preocuparse, aquí tenemos nuestra casa y aquí seguiremos viviendo. ¿Para qué necesitamos una casa portátil? —dijo el ciempiés.

Los animales del huerto abandonaron la reunión y su vida siguió como todos los días, hasta que una mañana el topo se despertó asustado al escuchar unos ruidos muy extraños.

Como él no podía ver, avisó al ratón de campo y le dijo:

—¡Ratón de campo, averigua que está pasando! ¡No me gustan nada esos ruidos!

El ratón regresó muy asustado y le dijo temblando:

—He visto a un monstruo enorme; su boca tiene dientes de hierro que destrozan todo a su paso y provocan un ruido ensordecedor. ¡Creo que debemos huir de aquí a toda velocidad!

El topo comenzó a excavar con rapidez en dirección contraria al ruido.

El ratón corrió y corrió lo más rápido que pudo para dejar atrás aquél lugar y al terrible

y peligroso monstruo.

Todos los animales que vivían en el huerto intentaron huir pero, cuando la libélula iba a alzar el vuelo, cayó sobre sus alas tal cantidad de polvo que tuvo que hacer un aterrizaje forzoso.

El ciempiés y la lagartija se escondieron debajo de una piedra pero de nada les sirvió, porque aquel monstruo de metal la levantó por los aires junto a un montón de tierra, dejándoles caer en el interior de un camión.

Las hormigas iban de un lado para otro como locas: su hogar había sido destruido en un santiamén y no sabían qué hacer.

El saltamontes intentó dar un gran salto pero una avalancha de tierra le sepultó, y la mariquita, que estaba tan tranquila sobre una hoja de patata, sintió de repente que todo daba vueltas y vueltas a su alrededor, y acabó también dentro del camión, rodeada de piedras y tierra.

El caracol Casablanca contemplaba estupefacto desde lo alto de una tapia, el desastre que aquél monstruo de hierro estaba provocando.

—¡Pobres vecinos! —se lamentaba—, y ellos que creían que iban a seguir viviendo toda su vida en este huerto...

Después de ver cómo su querido hogar era destruido y sin poder hacer nada por evitarlo, Casablanca se alejó lentamente con su casa a cuestas, a buscar otro lugar donde poder vivir tranquilamente.

Reflexiones:

- ¿Te parece bien la idea que tuvo Casablanca?
- Él quiso ayudar a sus vecinos pero, ¿por qué al final no quiso hacerlo?
- ¿Crees que todo lo que pedían era algo necesario para vivir?
- ¿Cuál de los animales del huerto te parece más caprichoso? ¿Por qué?
- ¿Qué harías tú si te quedaras sin casa de la noche a la mañana por un terremoto o por un huracán?
- ¿Cómo sería tu casa portátil ideal?
- ¿Crees que los animales podían imaginar lo que iba a suceder? ¿Qué sintieron cuando llegó el monstruo de metal?
- ¿Qué crees que era el monstruo con dientes de hierro? Te doy una pista: en aquel lugar iban a construir casas.
- ¿Por qué se puso nervioso Casablanca? ¿Tú te pones nervioso alguna vez? ¿Cuándo? ¿Y qué haces para volver a estar tranquilo?
- Puedes dibujar a Casablanca o a todos los animales del huerto.
- También puedes cambiar alguna parte del cuento o el final.

Las aventuras de Pilla y Mayú

Una tarde fría y nublada de otoño el viento empezó a soplar con fuerza, cada vez con más fuerza. Las hojas volaban de aquí para allá y los árboles se inclinaban peligrosamente como si fueran a tocar el suelo.

A pesar del tremendo ruido del viento, se oyó una voz que gritaba:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

Era la de un pequeño gato, que había salido de su casa a pasear y estaba a punto de ser arrastrado por el viento.

—¡Aguanta una poco más! —le dijo una ardilla que se agarraba también con fuerza al tronco de un árbol.

—¡Por favor, ayúdame, no puedo aguantar más...! —gritó el gato.

El cielo comenzó a oscurecerse mientras unas nubes negras cubrieron el parque donde estaban los dos animales intentando sujetarse.

De pronto, el viento se convirtió en un poderoso huracán que empezó a levantar todo a su paso, y los dos animales salieron volando por los aires mientras gritaban aterrorizados sin que nadie pudiera oírles.

El gato y la ardilla pensaron que aquel era el final de sus vidas, sin embargo, al cabo de un tiempo, el viento comenzó a perder fuerza y los dos cayeron al suelo en un lugar desconocido.

Los pobres animales se quedaron unos minutos atontados por el golpe y cuando abrieron los ojos miraron a un lado y a otro lado sin reconocer nada de lo que veían. ¡Estaban completamente perdidos!

—¿Dónde estamos? —preguntó asustado el gato a la ardilla.

—Ni idea, no reconozco nada de lo que veo —le contestó ella, tan asustada con él.

—Bueno..., por lo menos estamos vivos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la ardilla.

—Yo me llamo Mayú, ¿y tú? —preguntó el gato.

—Me llamo Pilla —dijo la ardilla.

Pilla y Mayú decidieron explorar aquél extraño lugar donde no había árboles, ni flores, ni estanques, ni bancos, solo arena, mucha arena.

De pronto, se encontraron con un extraño animal que les preguntó:

—¿Quiénes sois vosotros? ¿De dónde habéis salido?

—Yo soy la ardilla Pilla.

—Y yo soy el gato Mayú. Y tú, ¿quién eres?

—Soy una serpiente y me llamo Sisú. Creo que os he dado un gran susto. ¿Es que no habéis visto nunca a una serpiente?

—No —contestaron ellos mientras la miraban asombrados.

—Pues tengo que deciros que aquí corréis un gran peligro. Hay animales que estarían encantados de encontrarse una comida tan especial...Yo me incluyo, pero no tengáis miedo, acabo de darme un succulento banquete.

Entonces Pilla y Mayú le contaron cómo el huracán les había llevado por los aires hasta allí y le preguntaron dónde estaban:

—Esto es el desierto y, por lo que me decís, estáis a muchos kilómetros de vuestro hogar. Lo siento mucho, creo que nunca conseguiréis regresar.

—¿Cómo voy a vivir yo en este lugar? Necesito un árbol para hacer mi casa, piñas y bellotas para comer y agua para beber, y aquí no veo nada de eso —le dijo la ardilla Pilla.

—Y yo necesito una casa donde vivir, una cesta donde dormir y pienso para comer, aunque si no hay pienso puedo comer otras cosas...como ratones por ejemplo —dijo el gato Mayú.

—Pues venid conmigo, seguidme —les dijo la serpiente Sisú—, os llevaré a un lugar donde podréis estar a salvo.

Los dos animales siguieron a la serpiente Sisú hasta un lugar donde había unas extrañas construcciones:

—Yo no sigo —les dijo—, porque mi vida puede correr peligro, pero a vosotros no os harán daño. Eso espero...

Pilla y Mayú se acercaron lentamente y vieron a unos niños que se dirigían hacia ellos gritando:

—¡Qué animales tan raros! —dijeron mientras les miraban a una cierta distancia.

—¡Que niños tan raros! —dijeron Pilla y Mayú, al ver que su piel era del color del chocolate.

Entonces, de una de las chozas, salió un hombre mayor que se acercó a los niños y les dijo:

—No conocemos a estos animales y no sabemos si son peligrosos, así que tened

mucho cuidado.

—¿Podemos darles de comer? Parecen hambrientos y asustados — preguntaron los niños.

El hombre fue a la choza y volvió con un cuenco de comida y otro con agua, y Pilla y Mayú se lanzaron hacia ellos.

—¡Vaya, parece que teníais hambre! Mi nombre es Mukanda y sois bienvenidos a mi aldea si prometéis no hacernos daño —les dijo.

—No os preocupéis, somos animales pacíficos —dijeron ellos.

Y entonces les contaron a todos cómo habían llegado hasta allí.

Pasaron los días y la ardilla Pilla seguía echando de menos los pinos, pero había descubierto que saltar por los tejados de las chozas era muy divertido. Además encontró por los alrededores de la aldea un viejo árbol donde pudo construir su casa. Muchas veces recordaba sus comidas preferidas, piñas y bellotas, pero en aquél extraño lugar descubrió otros frutos que le empezaron a gustar.

Mayú también echaba de menos su casa, sobre todo a su amigo Jaime que le cuidaba con tanto cariño, pero ahora tenía una familia en cada choza, y todos le cuidaban y le querían porque era muy cariñoso con los niños. También se sentía valorado por todos, ya que se comía los ratones que intentaban robar el grano guardado en la aldea.

Por las noches, todos sus habitantes se sentaban alrededor de una hoguera y escuchaban con la boca abierta las historias que les contaban Pilla y Mayú.

Gracias a aquellos extraños animales que habían llegado volando por los aires, pudieron conocer un mundo donde había muchos árboles, algunos cargados de piñas y otros de bellotas, donde las personas iban vestidas con extraños ropajes, donde el agua salía de un tubo de metal, donde la comida venía en una lata y donde había otros animales que ellos nunca podrían conocer.

Pero también Pilla y Mayú aprendieron muchas cosas nuevas de aquellas personas y de aquél lugar. Se acostumbraron a nuevas comidas y a otras formas de vivir, hicieron nuevos amigos y fueron muy felices el resto de sus vidas.

Reflexiones:

- ¿Qué parte del cuento te ha gustado más? ¿Por qué?
- ¿Te imaginas lo que sintieron Pilla y Mayú cuando el viento les llevó por los aires?
- ¿Has visto alguna vez un huracán? ¿Qué sentirías si a ti te pasara lo mismo que a Pilla y Mayú?
- Cuando se encontraron en un lugar desconocido sintieron miedo. ¿Alguna vez has sentido tu miedo cuando has ido a un lugar que no conocías?
- Pilla y Mayú estaban acostumbradas a unas comidas, un paisaje, un tipo de personas, por eso al principio echan de menos todo esto. ¿Por qué al cabo de un tiempo se sintieron a gusto?
- De todas las cosas que les contaron a los habitantes de aquella aldea, ¿cuáles crees tú que les extrañarían más?
- De todo lo que Pilla y Mayú aprendieron y conocieron, ¿qué cosas les extrañarían más a ellas?
- Puedes dibujar alguna escena del cuento o a la ardilla Pilla y al gato Mayú.

A Melenas le jubilan

El león Melenas se sentía muy cansado de tanto cazar y cazar para que su familia pudiera comer. Además, los cachorros tenían un hambre insaciable y su madre, la leona Pelona, se pasaba todo el tiempo vigilándolos, pues eran muy traviosos y estaban expuestos a muchos peligros.

Un día, Melenas recibió una carta de la Asamblea de Manadas donde le informaban que había llegado el momento de retirarse de su trabajo: le habían jubilado.

Aquella carta le provocó un montón de sentimientos diferentes.

Por un lado estaba contento, pues ya no tendría que trabajar más, pero por otro lado le daba mucha rabia que otros jóvenes leones ocuparan su lugar: él era el Gran Melenas, uno de los mejores cazadores de toda la selva.

La leona Pelona, su compañera, le dijo:

—No te preocupes Melenas, nos arreglaremos sin ti. Pediré a otros leones que cacen para nosotros y protejan a los cachorros.

Aquello le dolió, le dolió mucho. ¿Cómo iba a consentir que otros leones alimentaran y protegieran a Pelona y sus cachorros?

Durante un día entero no dijo nada y anduvo de un lado para otro pensativo y cabizbajo.

Sabía que la jubilación de león cazador suponía irse de la manada y juntarse con otros leones mayores, jubilados como él.

«¡Que aburrimiento! -se decía a sí mismo-. Si por lo menos nos dejaran estar con los demás, nos divertiríamos viendo los intentos de caza de los más jóvenes, o ayudaríamos en el cuidado de los cachorros o, quién sabe, a lo mejor incluso les podríamos enseñar cosas importantes que hemos aprendido con los años.»

Una triste mañana, Melenas se despidió de su familia y se alejó del grupo sin darse cuenta de que sus cachorros le estaban siguiendo. No tuvo más remedio que gruñirles para que se fueran, hasta que ellos comprendieron el mensaje de su padre y le dejaron marchar.

Melenas caminó y caminó cabizbajo por la pradera mientras contemplaba las manadas de cebras que, en otro tiempo, le hubiera apetecido cazar. Sin embargo, ahora no pensaba en la caza y solo imaginaba cómo sería su nueva vida.

Aún no había llegado la noche cuando se encontró con el grupo de viejos leones que, al verle, dijeron sorprendidos:

—¡Vaya! ¡Mirad quién viene! ¡Si es el Gran Melenas!

El viejo león se sintió humillado; aquellos habían sido sus antiguos rivales y ahora no le quedaba más remedio que compartir los últimos días de su vida con ellos.

—Me ha llegado la hora —les dijo Melenas —como a vosotros os llegó antes que a mí, ¡ja, ja, ja!

Todos se rieron y le dieron la bienvenida poniéndole al corriente de las costumbres del grupo, su nueva familia a partir de ese momento.

Allí todos tenían una misión y a Melenas le encargaron vigilar el horizonte por si se acercaba algún enemigo. Afortunadamente él conservaba todavía su magnífica vista, a diferencia de sus compañeros.

Se sintió muy orgulloso de poder ser útil en algo y empezó a vivir en aquel grupo, reconociendo que aquella nueva situación también tenía sus ventajas, por que se reían mucho, hablaban de sus tiempos de juventud y recordaban los días en que conseguían, sin grandes esfuerzos, dar caza a varias cebras y antílopes.

También hablaban a menudo de sus cachorros y discutían sobre cuál de ellos era el más fuerte, pero a veces se callaban y miraban al horizonte esperando que apareciera alguno de ellos a visitarles.

Pasó el tiempo y Melenas se encontró a gusto, sobre todo cuando llegaban otros compañeros a los que tomaba el pelo y les decía:

—¡Vaya! ¡Mirad quién viene! Y tú que creías que a ti nunca te iban a jubilar...

A la manada de viejos leones también le tocaba despedir al que moría; entonces todos le acompañaban en sus últimos momentos y le recordaban sus grandes triunfos, sus grandes cacerías, los cachorros que había tenido y un montón de cosas más que le ayudaban a dejar este mundo en paz.

Un día Melenas dio la voz de alarma porque un grupo de jóvenes leones se estaba acercando. ¿Qué querían? Por si acaso los viejos leones se pusieron en guardia, dispuestos a defenderse, aunque no hizo falta, porque al acercarse, empezaron a reconocer a sus antiguos cachorros, y salieron a su encuentro llenos de alegría.

Uno de los jóvenes leones habló en nombre de todos y les dijo:

—Reconocemos que no somos tan buenos cazadores como vosotros, ¿podrías enseñarnos vuestros trucos de caza?

Se miraron los unos a los otros y Melenas tomó la palabra:

—Estamos muy bien sin trabajar pero ya que nos pedís ayuda, os la vamos a dar, aunque no será gratis; a cambio de nuestras lecciones deberéis contarnos todas las cosas que han sucedido en nuestras familias desde el momento en que nos fuimos, ¿de acuerdo?

Los jóvenes leones aceptaron. Se organizaron por grupos y cada viejo león se ocupó de dos o tres jóvenes, enseñándoles sus estrategias para cazar diferentes animales y en diferentes situaciones.

Durante un tiempo la manada de viejos leones se sintió como en los mejores momentos de su juventud, contentos de que alguien valorara su experiencia y sabiduría.

Y cuando llegó el tiempo de la partida, los jóvenes les dijeron:

—Gracias, sabios leones. Hemos pensado que no deberíais vivir tan alejados de nosotros. Vamos a proponer a la Asamblea de Manadas que os permitan volver. ¿Qué os parece?

Al principio, los viejos leones se quedaron muy sorprendidos, pero después de pensarlo dieron diferentes opiniones: a algunos les daba miedo regresar, otros lo estaban deseando, a otros no les parecía bien que les mantuvieran los jóvenes porque en el fondo eran muy orgullosos.

Melenas no sabía qué hacer; ya se había acostumbrado a esta nueva forma de vida y se encontraba muy a gusto.

Durante un tiempo la vida en la manada de viejos leones continuó como de costumbre, hasta que un día todos recibieron una carta de la Asamblea de Manadas y la abrieron con rapidez:

—¡Vaya! Parece que nos invitan a regresar si queremos. ¿Acaso creen que vamos a volver a trabajar? Pues de eso nada...dijo Melenas.

—Bueno, pues a mí me gustaría ver a mis nietos, creo que son muy espabilados —dijo otro viejo león.

—Yo volvería con la condición de que me den de comer y cuiden de mí; a cambio yo daría clases de caza. Esa es mi oferta —dijo otro.

—Pues a mí me parece mejor estar con leones de mi edad, la juventud mete mucho ruido y a mí me gusta estar tranquilo —dijo otro.

Y así cada uno de ellos dio su opinión a los demás.

Algunos se quedaron, otros se fueron, pero el Gran Melenas decidió que era hora de

ver de nuevo a Pelona y pasar juntos los últimos días de su vida.

Reflexiones:

- ¿Sabes que significa “jubilarse”? ¿Conoces alguna persona que esté jubilada? Puedes preguntarle cómo se siente.
- Después de haber trabajado tanto tiempo cazando, ¿qué te parece que jubilen a Melenas y no le permitan ya cazar?
- ¿Cómo crees que se siente cuando lee la carta que le manda la Asamblea de Manadas diciéndole que le jubilan?
- ¿Qué siente Pelona y sus cachorros cuando Melenas les abandona?
- ¿Piensas que está bien que los viejos leones abandonen la manada y se vayan a vivir a otro lugar?
- ¿Por qué crees que los jóvenes leones pidieron ayuda a los más ancianos?
- ¿Qué cosas pueden enseñar los viejos leones a los jóvenes?
- ¿Conoces alguna persona mayor que enseñe lo que sabe a otras personas más jóvenes? ¿Qué enseña?
- Puedes continuar el cuento y contar cómo es la vida de Melenas después de regresar con su familia.
- Puedes también ilustrar el cuento dibujando a Melenas o alguna escena que te haya gustado.

Detrás de las montañas

Si alguien hubiera visto esa mañana a Nevenka, hubiera pensado que era una niña bastante gordita, pero solo ella y su madre sabían que se había puesto encima casi toda la ropa que tenía.

Un día, cuando todavía no había amanecido, su madre le dijo:

—Hija, tienes que ponerte toda la ropa que puedas porque nos vamos a ir de aquí por mucho tiempo. El viaje será largo y las noches muy frías.

Nevenka protestó mientras intentaba moverse:

—Pero mamá, estoy muy incómoda.

—Ya lo sé, hija, pero solo podemos llevar una pequeña maleta. Cuando salga el sol podrás quitarte la ropa y meterla en esta bolsa, ¿de acuerdo?

Muy pronto comprendió que aquella huida en plena noche era diferente a las otras, cuando se escondían en el bosque si escuchaban cerca el sonido de los fusiles o les avisaban de que los soldados se estaban acercando al pueblo.

Salieron de la casa sin hacer ruido y solamente la luna vio llorar a los padres de Nevenka, que de vez en cuando miraban hacia atrás.

—¿Dónde vamos, papa? —preguntó la niña.

—Nos dirigimos a la frontera, porque al otro lado de las montañas hay un país que vive en paz.

A medida que el sol salía por el horizonte y comenzaba a calentar, Nevenka se fue quitando ropa y llenando la bolsa que llevaba en una mano, y en la otra a su muñeca Karina. ¿Cómo la iba a dejar sola?

Después de andar y andar durante muchas horas, por fin vieron a lo lejos la frontera y una fila interminable de gente que habían tomado la misma decisión que ellos. Todos caminaban con caras tristes y resignadas, y los tres se pusieron en la fila.

Pero Nevenka vio a otros niños y niñas y preguntó a su madre:

—¿Puedo ir a jugar con ellos?

—Espera un poco hija, cuando pasemos la frontera podrás jugar; mientras tanto sigue a nuestro lado y camina en silencio.

Fueron muchas horas de espera y mucho cansancio acumulado, pero antes de que llegara la noche, se encontraban caminando hacia las montañas, por lugares

desconocidos que les llevarían hacia una tierra de paz, donde no volverían a escuchar cada día los sonidos de las armas, donde no tendrían que esconderse más en el bosque.

Llegó la noche y Nevenka volvió a ponerse toda la ropa que pudo porque hacía mucho frío, se acurrucó junto a sus padres y agotada de tanto caminar, se durmió profundamente.

—¡Karina, ahora podré jugar contigo! —dijo Nevenka a su muñeca nada más despertarse— ¿Me dejas, mamá? —le preguntó.

Los ojos de su madre por fin le sonrieron y corrió en busca de otros niños que, como ella, llevaban una bolsa de plástico en la mano.

Mientras, los mayores caminaban en silencio. Se podían escuchar las voces de los niños que cantaban al jugar.

Detrás de las montañas, Nevenka y sus padres encontraron un lugar donde poder vivir lejos de los disparos y de los soldados, aunque cada día soñaban con volver a su pueblo, a su casa, a su verdadero hogar.

Reflexiones:

- Cuando hay una guerra, mucha gente tiene que salir huyendo de su tierra y su hogar. ¿Cómo crees que se sienten Nevenka y sus padres?
- ¿Sabes lo que significa la palabra “refugiado”? Si no lo sabes puedes preguntárselo a alguien.
- ¿Crees que es fácil adaptarse a vivir en otro país diferente al tuyo?
- ¿Cómo crees que será la vida de Nevenka en su nuevo país?
- ¿Conoces alguna persona que haya tenido que abandonar su país por alguna causa? ¿Por qué se tuvo que ir?
- A pesar de todo lo que está pasando Nevenka tiene ganas de jugar. ¿Alguna vez has perdido tú las ganas de jugar? ¿Cuándo?
- ¿Crees que algún día Nevenka y sus padres podrán regresar a su casa? ¿Cómo se la encontrarán después de una guerra?
- Si quieres puedes inventarte otro final del cuento.
- También puedes ilustrar este cuento, dibujando alguna escena o a Nevenka con su muñeca Karina.

El calor de un beso

A qué frío caserón había sido el hogar de Stela durante muchos años, tantos, que no recordaba haber vivido en otro lugar, ni haber visto a otros adultos que no fueran sus cuidadoras o maestros.

A Stela le tocaba compartir habitación con otras diecinueve niñas sin padres ni familiares que se pudieran ocupar de ellas, pero no le importaba, tenía muchas amigas y procuraba pasarlo lo mejor posible en el orfanato.

No le gustaban demasiado los días de invierno porque eran largos y tristes, sin embargo la primavera se acercaba y esperaba con ilusión sentir el calor del sol en su cara y oler las flores del jardín. Eso era lo que más le gustaba: siempre que podía, cerraba los ojos y se ponía frente al sol en el patio para sentir su calor en todo el cuerpo, y entonces se olvidaba por unos momentos de que era huérfana y estaba sola en el mundo.

—Hola Stela —le dijo aquella mañana la directora—. Por la tarde vas a ir con Alina a un lugar donde te harán unas preguntas y luego unas fotos.

Stela estaba muy contenta porque nunca le habían hecho fotos. Le daba igual el motivo, lo importante era hacer algo especial y algo nuevo.

—¿Dónde vas, Stela? —le preguntó su amiga Yana.

—¡Me van a hacer unas fotos! —contestó ella entusiasmada.

—Pues menuda suerte tienes —le dijo Yana—. Eso quiere decir que hay una familia que quiere adoptarte.

—¿A mí? ¿Estás segura? Y tú, ¿cómo lo sabes? —le preguntó Stela extrañada.

—¿No te acuerdas que lo mismo le dijeron a Tatiana el año pasado? Le hicieron unas fotos, unas preguntas y a los tres meses se fue de aquí.

Aquel día le pareció que el sol calentaba, aunque en realidad las nubes lo tapaban, y sintió calor incluso en su corazón.

Fue a un lugar en el que nunca antes había estado, contestó a unas cuantas preguntas y le hicieron unas fotos donde procuró aparecer sonriente, porque quería que quienes vieran las fotos la encontraran agradable.

Llegó la noche pero Stela no podía dormir. Tenía tantas preguntas...«¿Por qué hay personas que me quieren si yo no soy su hija? ¿Y por qué mis padres no me quisieron aunque yo era su hija?». Entre pregunta y pregunta le venció el sueño y soñó con una

mujer.

La mujer la miraba y, cuando se acercó a ella, se dio cuenta de que olía a flores. Entonces la mujer la besó y Stela sintió una emoción tan fuerte que se despertó.

El recuerdo de aquella sensación le acompañó durante todo el día, pero fue pasando el tiempo y Stela se olvidó de las fotos, de las preguntas, incluso de su sueño, hasta que una tarde, de forma inesperada, la directora del orfanato le mandó llamar:

—Stela, quiero presentarte a unas personas que han venido de muy lejos a conocerte.

La niña se quedó parada mirando con atención a un hombre y a una mujer desconocidos sin saber muy bien que debía hacer.

La mujer se le acercó y le dijo:

—Hola Stela, me llamo Paula —y sin decirle nada más, le dio un beso.

Stela se puso roja, y en ese momento sintió un calor como de mil soles que le llegaba hasta el corazón y se dio cuenta de que aquella mujer olía a flores.

—Yo me llamo Stela —le dijo sonriendo.

—Y yo Andrés —le dijo el hombre acercando su mano.

Stela la estrechó y volvió a sentir calor.

—Ellos de momento han venido a conocerte porque quieren adoptarte, pero antes de que puedas irte con ellos, tienen que rellenar muchos papeles y hacer algunas gestiones —le dijo la directora—, así que debes tener mucha paciencia, Stela.

—No me importa —contestó ella— les estaré esperando todo el tiempo que haga falta.

La directora del orfanato se fue y los tres se quedaron solos unos minutos para que hablaran y se conocieran, aunque Stela no se atrevía a hablar, solo sonreía mientras la persona que hacía de interprete iba traduciéndole lo que hablaban Paula y Andrés.

Estaba muy feliz porque, había descubierto lo que era un beso y había sentido calor hasta en su corazón, y esto era la cosa más importante que le había sucedido en toda su vida. Ya no le importaban los días que le quedaban por vivir en aquel orfanato.

¿Cómo podía olvidarse de la cara de aquella mujer? Recordaba su olor, tan especial, y sus ojos..., nunca podría olvidar sus ojos, porque nadie la había mirado con tanta ternura.

Ahora Stela ya sabía que el sol no calentaba tanto como un beso y que para sentir el olor de las flores no había que esperar a la primavera.

Y a partir de entonces, para ella todos los días fueron primavera.

Reflexiones:

- ¿Cómo se sentiría Stela en aquél orfanato?
- ¿Por qué crees que sus padres la abandonaron?
- ¿Conoces algún niño/a que haya sido adoptado/a?
- ¿Crees que los niños adoptados pueden ser tan felices como los que viven en un orfanato? ¿Por qué?
- ¿Te imaginas como sería la vida de Stela en aquél orfanato compartiendo habitación con otras diecinueve niñas?
- ¿Cómo contestarías tú a las dos preguntas que se hace Stela?
- ¿Te gusta que sean cariñosos contigo? ¿Tu sueles ser cariñoso/a con las personas que quieres?
- Puedes continuar el cuento, por ejemplo puedes contar cómo le fue a Stela con sus padres adoptivos.
- También puedes dibujar alguna escena del cuento.

Monstruos de agua

Unos brazos le cogieron en alto y le envolvieron en una manta: eso era lo último que Mirembé recordaba.

Ahora, el niño dormía, pero su sueño estaba poblado de pesadillas en las que unos enormes monstruos de agua intentaban cogerle y tirarle de una barca. Escuchaba gritos de socorro y veía los ojos de su madre que le abrazaban con fuerza intentando protegerle.

Mirembé durmió durante un día entero y al despertarse se abrazó a su madre llorando.

—¡Hijo, estamos a salvo! —le dijo ella.

Pero estaba tan asustado que siguió abrazado a su madre, y solo se separó de ella cuando vio que una enfermera entraba en la habitación con dos bandejas de comida.

—¡Qué hambre tengo! —dijo Mirembé—, y devoró todo con ansiedad, sin saber lo que estaba comiendo.

Aquél era un país extraño, con personas extrañas y con una comida también extraña, pero no le importó, porque el hambre era mayor que su curiosidad.

—¿Qué pasó, mamá? —le preguntó al terminar.

—Casi nos ahogamos, hijo —le dijo—, pero apareció una lancha con una cruz roja y nos salvaron a todos. Si no llega a ser por ellos, aquellas enormes olas nos hubieran tragado.

Mirembé se repuso rápidamente, pero en su alma quedó la huella del miedo.

Pasaron varios meses antes de que pudiera meterse en una bañera, incluso gritaba en la ducha cuando le caía el agua por la cara, y de vez en cuando, volvía a soñar con monstruos de agua que le querían coger.

—Mamá, otra vez he soñado con los monstruos. ¿Por qué no se van para siempre? —preguntó un día a su madre.

—Con el tiempo se irán, no te preocupes hijo. Pero si vuelven a aparecer imagínate que te haces grande, muy grande, mucho más grande que esos monstruos, así ellos nunca podrán alcanzarte.

Al cabo de un tiempo Mirembé comenzó a ir a colegio y allí sus compañeros le recibieron con recelo: era negro, mucho mayor que ellos y no sabía hablar bien su idioma.

Pero gracias a su habilidad con el balón y a su estatura, consiguió que pronto le aceptaran en el equipo de baloncesto.

Mirembé se hizo un experto jugador y aprendió rápidamente nuestro idioma, hizo amigos y empezó a olvidarse de las pesadillas. Hasta que un día David, su profesor, les anunció que iban a ir de excursión a la playa el sábado siguiente y preguntó:

—¿Vendréis todos? Lo pasaremos muy bien.

Mirembé no contestó. Todavía el mar le daba miedo, pero todos sus amigos le animaron y decidió ir a la excursión.

Llegó el sábado y al llegar a la playa, se quedó paralizado. Solo con ver las olas se puso a temblar: eran los monstruos de agua que tanto le atemorizaban.

Entonces su profesor se acercó y le dijo:

—Mirembé, el mar no es tu enemigo, no le tengas miedo, ya verás cómo no te pasa nada malo.

Pero él no dijo nada y se sentó en la arena a mirar cómo sus compañeros se bañaban.

—¡Mirembé! —gritaban—, ¡ven a nadar con nosotros!

No fue capaz de moverse, su miedo era más fuerte que sus ganas de jugar y divertirse, así que no les hizo caso.

De pronto a su profesor se le ocurrió una idea: llamó a sus alumnos y les pidió que se sentaran a escuchar una historia: la historia de su compañero Mirembé.

Mirembé les contó su viaje en patera durante cuatro días y cómo unas gigantescas olas azotaron la pequeña barca durante una noche entera. Todos sus compañeros le escuchaban con atención imaginando el miedo que habría pasado.

Cuando Mirembé terminó de hablar, el profesor les dijo:

—Y ahora quiero pedirles un favor a todos. Voy a inflar la balsa de goma que hemos traído y tú, Mirembé, vas a subirte el primero, pero no tengas miedo, todos vamos a estar a tu lado para protegerte.

Sus compañeros le animaron y David y Juan, sus mejores amigos, se subieron con él.

Poco a poco las olas de la orilla les empujaron suavemente hacia el mar, mientras los otros chicos nadaban a su alrededor animando a Mirembé.

Esa tarde fue inolvidable para todos, sobre todo para él, y David, su profesor, le hizo una foto donde se le veía subido en aquella balsa con cara de felicidad y rodeado por todos sus compañeros.

Con el paso del tiempo la huella del miedo se fue borrando y las olas del mar dejaron

de ser los monstruos de agua que un día intentaron tirarle de una barca.

Reflexiones:

- ¿Sabes lo que es una patera? Si no lo sabes puedes preguntar.
- ¿Te imaginas el miedo que debió pasar Mirembé durante su viaje en patera?
- ¿Qué hubieras hecho tú para ayudar a Mirembé a superar el miedo?
- ¿Por qué crees que Mirembé y su madre se lanzan al mar y abandonan su país?
- Muchos inmigrantes llegan de este modo a nuestro país ¿conoces alguno o has escuchado alguna noticia relacionada con ellos?
- ¿Cómo crees que se sintió Mirembé cuando llegó al colegio sin saber nuestro idioma?
- ¿Has tenido tu alguna experiencia en la que hayas sentido mucho miedo y te haya dejado un mal recuerdo?
- ¿Crees que Mirembé algún día olvidará lo que pasó? ¿Qué le puede ayudar a olvidar?
- A lo mejor te gusta dibujar. Si es así puedes ilustrar este cuento. También puedes continuarlo.

Pizarras de arena

Como todos los días, Leyla salía a la calle temprano para intentar conseguir un poco de comida. Pero ese día no pudo porque el sonido de las metralletas se escuchaba demasiado cerca.

—Otro día sin poder salir —dijo Leyla en voz alta pensando que su hija todavía dormía.

Yamina, sin embargo, escuchó desde la cama la voz desesperada de su madre y supo que ese día tampoco tendrían nada para comer.

—¡Yamina, levántate! —le dijo su madre—, tenemos que irnos de aquí.

Yamina se levantó con rapidez, se vistió y siguió a su madre a través de unas callejuelas estrechas hasta llegar a las afueras del pueblo.

No preguntaba nada porque sabía que su madre cuidaba de ella y se sentía segura a su lado, fueran donde fueran.

Mientras caminaba recordó el día que unos hombres armados entraron en su casa y se llevaron a su padre y a su hermano para luchar con ellos. Desde ese día no habían sabido nada de ellos y su madre se ponía a llorar cada vez que les recordaba.

—Mamá, ¿Dónde vamos? Estoy muy cansada —le dijo Yamina.

—Nos espera un largo camino, hija, espero que el campamento esté cerca porque tenemos muy poca comida y poca bebida. ¿Crees que podrás aguantar la caminata?

—Sí mamá, no te preocupes, cuando me canse te lo diré.

Fue un viaje agotador de varios días, pero las dos consiguieron llegar al campo de refugiados donde les dieron comida y bebida, y sobre todo un lugar bajo una tienda donde protegerse del sol y poder, por fin, descansar.

Yamina miraba el horizonte y soñaba que algún día conseguiría vivir en un lugar donde no se oyeran los disparos y pudiera vivir con sus padres y su hermano en paz.

La vida en el campamento no fue fácil porque había poco espacio para tanta gente, pero al menos no les faltaban algo de comer y podían dormir sin sobresaltos.

Una tarde, mientras su madre descansaba, Yamina cogió un palo y se puso a dibujar en el suelo.

—¿Qué haces? —le preguntó un niño. Me gustan esos dibujos.

—No son dibujos, son letras —le contestó Yamina muy seria. Las aprendí en la

escuela y no quiero que se me olviden, por eso voy a escribirlas todos los días.

—¿Quieres enseñarme las letras? Yo no he podido ir a la escuela y no las conozco.

Yamina le dio un palo y allí, sobre la arena, improvisó una pizarra donde fue escribiendo las letras, una por una, y el niño las fue copiando debajo.

Y sin darse cuenta se convirtió en una pequeña maestra a la que se acercaban, cada tarde, más niños que querían aprender a escribir las letras.

Poco a poco se corrió la voz en el campamento y algunas personas mayores decidieron también aprender a escribir.

Entre todos limpiaron un espacio más grande de suelo y alisaron la arena para poder escribir mejor, mientras Yamina se sentía ilusionada con su nuevo trabajo. ¿Cómo se iba a imaginar que acabaría siendo maestra en un campamento de refugiados?

Pasó el tiempo y una niña mayor que sabía leer comenzó a enseñarles la magia de las palabras. Pero cuando el viento soplaba, se llevaba las letras escritas en la pizarra de arena, así que buscaron entre todos la manera de poder escribir sin que las letras se borrraran.

Encontraron trozos de cartón de los envases de comida que llegaban al campamento, sacos de tela que antes habían contenido harina y arroz, incluso pequeños trozos de madera que no servían para otra cosa.

Para Yamina y los demás niños fue emocionante poder escribir y que las letras se quedaran allí sin que se las llevara el viento, y que cualquiera las pudiera leer.

—Si juntamos varios cartones podremos hacer libros —dijo un día una de las mujeres del campamento— y escribir en ellos todo lo que sabemos para que no se pierda y pase a nuestros hijos.

La idea fue muy bien recibida y por las noches, los hombres y mujeres más ancianos del campamento, empezaron a contar los cuentos que sus padres les habían contado, sus tradiciones, sus canciones, y los niños las escribían con ilusión sobre los trozos de cartón. Cuando tenían unos cuantos ya escritos, los envolvían en la tela de saco para conservarlos mejor.

Y así, día a día, se fue creando una curiosa y pequeña biblioteca, a la que se iban añadiendo los sucesos del campamento y las noticias que iban llegando sobre sus pueblos de origen.

Yamina seguía mirando al horizonte con ilusión, mientras su madre miraba justamente hacía el lado opuesto, el lugar que un día habían tenido que abandonar, donde su marido

y su hijo, si aún vivían, estarían luchando.

—Hija, me gustaría volver algún día a nuestro pueblo y buscar a tu padre y a tu hermano, pero mientras dure la guerra es muy peligroso —le dijo su madre.

—Espero que estén bien y que algún día volvamos a estar todos juntos, en el pueblo o en cualquier lugar donde podamos vivir tranquilos —le contestó Yamina con tristeza.

La vida en el campamento siguió su curso.

Yamina siguió enseñando las letras a los más pequeños. Aprendió a leer y enseñó a leer a los mayores, y la biblioteca del campo de refugiados siguió creciendo, mientras ella se sentía feliz con su trabajo.

Pero cada atardecer, al mirar el horizonte, esperaba con ilusión el momento de salir de allí con su madre, sin importarle ya cuál fuera su destino.

Reflexiones:

- ¿Has oído hablar de los campamentos de refugiados? ¿Qué personas y por qué razón tienen que ir allí?
- ¿Qué opinas sobre las guerras? ¿Crees que son necesarias para resolver los conflictos? ¿Conoces tú otra forma de resolverlos sin violencia?
- Cuando hay guerra en un lugar, muchas personas mueren y muchas tienen que abandonar sus hogares. ¿Cómo te sentirías tú si te pasara lo mismo que a Yamina?
- ¿Qué hubieras hecho tú para poder escribir y que las letras no se las llevara el viento?
- ¿Sabes escribir y leer? ¿Qué libros te gustan más? ¿Sobre qué temas?
- ¿Conoces alguna biblioteca? ¿Has ido alguna vez a una?
- Si las personas mayores del campamento no hubieran transmitido sus conocimientos, esto se hubieran perdido. ¿Hay algo que tus abuelos te hayan transmitido a ti?
- ¿Por qué crees que Yamina no quería volver a su pueblo y su madre sí?
- Si quieres puedes cambiar el final del cuento o añadir algo más.
- También puedes dibujar alguna escena del cuento.

Josefina no tiene visitas

Todas las tardes Josefina les hacía la misma pregunta a las cuidadoras:

—¿Ha venido alguien a verme?

Y ellas le respondían siempre lo mismo:

—No, Josefina, hoy no tiene usted visita.

Y así un día y otro día.

Estaban muy sorprendidas por que todos los días les preguntaba lo mismo pero con cara sonriente, como si no le afectara ver que sus compañeros de residencia recibían a menudo la visita de sus familiares y amigos.

Josefina siempre tenía una explicación:

—Seguramente las mellizas están enfermas y por eso sus padres hoy no han podido venir.

Otras veces les decía:

—Mi hijo casi siempre está de viaje, trabaja mucho el pobre y claro, no tiene tiempo para venir a verme.

Y otras veces comentaba:

—Un día de estos me darán una sorpresa y seguro que vienen todos a la vez.

Pero el tiempo pasaba lentamente y Josefina seguía en aquella residencia donde tenía de todo, menos el cariño de su familia.

Ella, que había trabajado tanto durante toda su vida para sacar a sus hijos adelante - pensaba con tristeza-, y sin embargo ahora nadie se acordaba de ella...

Una tarde, cuando las visitas ya se iban, se le acercó una mujer y le dijo:

—Hola Josefina, ¿no te acuerdas de mí?

Josefina la miró con atención pero no la reconoció en ese momento.

—Soy Carmen, tu compañera en la oficina de correos, ¿recuerdas?

Un montón de imágenes llegaron de pronto a su mente y en ellas apareció la cara de aquella mujer, pero más joven claro, mucho más joven.

—¿Y qué haces tú por aquí?—le preguntó con curiosidad.

—Mi marido, Julio, está en esta residencia y yo vengo a verle todos los días. El pobre ha perdido la cabeza y ya no me reconoce.

—Entonces, ¿por qué vienes todos los días a verle? —le preguntó Josefina extrañada.

—Porque él no sabe quién soy yo, pero yo sí sé quién es él.

Aquella respuesta le emocionó mucho a Josefina y le dijo:

—Se ve que le quieres mucho.

—Sí, le quiero mucho aunque una parte de su cerebro esté dormida. Cuando le miro, recuerdo los años que hemos pasado juntos, los buenos y los malos momentos y pienso que si yo estuviera enferma, él haría lo mismo por mí.

Las dos mujeres se despidieron y quedaron en volverse a ver.

Al día siguiente, para sorpresa de sus cuidadoras, Josefina no preguntó si tenía visita, porque decidió ser ella la que hiciera visitas, y se fue a ver a Julio antes de que llegara su mujer. Pero Carmen no llegó y Josefina pasó una buena tarde leyéndole poemas, extrañada por la ausencia de su amiga.

—A mí me gusta mucho la poesía —le dijo al despedirse—, y me parece que a usted también porque ha sonreído mientras le leía.

A partir de ese día, Josefina siguió visitando al marido de su amiga, pero también se informó sobre otros compañeros y personas de la residencia que no recibían visitas o que se sentían solas, y tomó la decisión de ir a verles un rato cada tarde. Les leía el periódico, poesías, les contaba historias o recordaban juntos sus tiempos de juventud. Daba igual, lo importante era estar con alguien, hablar con alguien y romper la rutina, porque así el tiempo pasaba más deprisa.

Josefina se hizo famosa en toda la residencia por su buen humor y por estar pendiente de lo que necesitaban sus compañeros.

Pero un día, sin que ella lo esperara, le dijeron que tenía visita.

—¡Por fin viene alguno de mis hijos! —les dijo entusiasmada.

Llegó a la sala y se encontró a un joven desconocido que le tendió la mano mientras le decía:

—Soy Paco, el hijo de su amiga Carmen y vengo a darle una mala noticia. Mi madre ha muerto. Mientras estuvo enferma se enteró de que usted visitaba todas las tardes a mi padre y he venido a darle las gracias. Ahora me siento avergonzado por no haber hecho yo lo mismo.

Josefina se quedó un momento en silencio y después le dijo al joven:

—Siento mucho lo de su madre, era una buena persona y estaba muy enamorada de su marido. Por cierto..., ¿quiere usted ver a su padre?

Paco dudó un momento y contestó:

—Si usted me acompaña se lo agradecería, yo no sé cómo tratarle, además seguro que no me reconoce.

Entonces Josefina recordó lo que le había dicho Carmen aquel día y le dijo:

—Él no sabe quién es usted, pero usted sí sabe quién es él. ¿Qué importa que una parte de su cerebro esté dormida y no recuerde su nombre?

Aquellas palabras emocionaron al joven y los tres pasaron juntos la tarde. Paco le contó a su padre cosas de su vida, luego hablaron de Carmen y le explicaron por qué no vendría más a verle y en ese momento, y para su sorpresa, vieron cómo una lágrima caía por su mejilla.

Pasaron los días y Josefina dejó de preguntar si tenía visita porque ahora su tiempo ya estaba muy ocupado. Hasta que una tarde, justo antes de la cena, sintió que alguien la estaba esperando.

—¡Por fin tengo una visita! —dijo entusiasmada, mientras caminaba deprisa hasta su habitación.

Y allí, delante de la ventana, vio la imagen de su marido, tan jovial y sonriente como el día de su boda:

—Josefina, mi amor, he venido a buscarte —le dijo.

Y ella contestó emocionada:

—¡Esta es la visita que estaba esperando...!

Le cogió de la mano y se fue dulcemente de este mundo.

Reflexiones:

- ¿Qué sentiría Josefina al ver que otras personas tenían visita y ella no?
- ¿Conoces alguna persona que viva en una residencia de ancianos? ¿Alguna vez has ido allí de visita?
- Josefina decide hacer visitas a otras personas que están solas. ¿Qué te parece su decisión? ¿Habrías hecho tú lo mismo?
- ¿Por qué Carmen iba a visitar a su marido si él no le reconocía?
- Si pudieras escribir una carta a los familiares de Josefina, ¿qué les dirías?
- ¿Qué opinas de Paco, el hijo de Carmen? ¿Por qué no ha ido a ver a su padre?
- ¿Qué parte del cuento te ha gustado más y cual menos? ¿Por qué?
- ¿Te gustaría cambiar el final del cuento? Puedes hacerlo, escribiéndolo en el espacio que hay debajo.
- También puedes convertirte en ilustrador/a, dibujando una escena del cuento o a la protagonista.



Cuentos para vivir...

EL DUELO



Creencias sobre el más allá

Begoña Ibarrola

SOBRE EL MÁS ALLÁ: *El concepto de vida después de la muerte es muy diferente de unas personas a otra, pues existen muchas creencias sobre lo que sucede después de morir.*

Cada persona suele formarse su propio criterio, basado generalmente en unas creencias religiosas, transmitidas a través de la familia, compartidas por una cultura o como resultado de una forma individual de pensar.

Los argumentos de los cuentos que hay en este libro están basados en algunas de las diferentes creencias que interpretan lo que sucede después de la muerte, incluyendo una visión meramente biológica de la muerte como final de la vida.

Las religiones primitivas, también llamadas tradicionales, creen que el espíritu, una vez separado del cuerpo, se reúne con sus antepasados, verdaderos protectores del clan familiar. De ahí la importancia que dan al culto a los muertos y las fiestas relacionadas con la muerte.

El hinduismo cree en la reencarnación o vuelta a la vida terrena después de la muerte. Cuando la persona alcance la perfección en esta vida se terminarán las reencarnaciones, el alma se fundirá con el Gran Todo y obtendrá la paz y el descanso. El budismo sigue la teoría hinduista, pero considera que el fin de las reencarnaciones se consigue por el nirvana. Este no es la desaparición de la vida, sino la liberación de todas las pasiones negativas.

El taoísmo tiene como objetivo fundamental alcanzar la inmortalidad, si bien, a veces no se entiende esta literalmente, sino como longevidad en plenitud. Lao Tse –su fundador– fue deificado, encabezando un enorme panteón de héroes populares, guerreros y sabios. La característica más distintiva de la práctica actual es la adoración de los antepasados, junto con la de las deidades taoístas.

El espiritismo o espiritualismo es el resultado de la aceptación de la evidencia empírica de que la conciencia humana sobrevive a la muerte biológica y que los que sobreviven pueden comunicarse con los que están físicamente en el tierra en formas diferentes.

El cristianismo entiende la muerte como el paso a una vida eterna e inmortal; bien en el cielo, junto a Dios, bien en el infierno, lejos de Dios. Esta vida eterna, que ya disfrutan los que han muerto, afectará también a sus cuerpos, que resucitarán cuando tenga lugar la segunda venida del Señor, al final de los tiempos. La resurrección de Jesús es garantía de esa vida feliz que Dios ha preparado para todos sus hijos.

El islam cree en la inmortalidad del alma, en el juicio de Alá y en la resurrección de los muertos. De acuerdo con los principios del Islam, la muerte es el fin de la vida física y el comienzo de un periodo de descanso hasta el día de la resurrección, cuando Alá juzgue a los vivos y a los muertos. Los musulmanes creen que el alma permanece en una especie de sueño hasta que llegue el Día del Juicio, cuando serán juzgados de acuerdo a lo que hayan hecho en su vida. Los que se salvan van al paraíso, donde gozarán de la felicidad más completa; los que se condenan van al infierno, lugar de tormentos.

El beso del ángel

Por un lado Alicia estaba contenta, porque le gustaban las personas que iban a ser sus padres, pero cuando miraba a su amigo Mael se ponía triste, pensando que no le vería en mucho tiempo.

Estaba hecha un lío.

Mael se acercó a ella y le dijo al oído:

—Alicia, no te preocupes, los años en la Tierra pasan muy deprisa, ya verás cómo aprendes cosas interesantes y divertidas. Encontrarás buenos amigos, y seguro que llegarás a sentirte como si fuera tu casa de toda la vida.

—Pero no te voy a ver y te echaré de menos —le dijo mientras se le escapaba una lágrima.

—No me echarás de menos, pues al despedirme te daré un beso en la frente y olvidarás todo lo que has vivido aquí, incluso te olvidarás de mí —le dijo él.

Alicia se abrazó a Mael y le dijo llorando:

—No Mael, no voy a olvidarme de ti. ¿Es que ya no me quieres?

—El amor de un ángel es muy grande, pero el amor que encontrarás en la Tierra te parecerá mucho mayor, ya verás.

—¿Y cuándo volveré a verte? —le preguntó Alicia.

—Cuando hayas aprendido lo suficiente en la Tierra te sentirás cansada, muy cansada, entonces yo iré a buscarte y te daré un beso en la frente. En ese momento volverás a recordar quién soy y volverás aquí conmigo, celebraremos una fiesta de bienvenida y tú nos contarás muchas cosas de tu vida en la tierra. ¿Qué te parece?

—¿Habrá música y globos?

—Sí, habrá música y globos, te lo prometo.

Alicia volvió a sonreír y acercó su frente para que Mael le diera el beso de despedida.

En ese mismo momento, un pequeño bebé era cogido en brazos por una mujer que lloraba de emoción.

—Todo ha ido perfectamente —dijo el médico—. Tiene usted una hija preciosa.

Alicia aprendió a caminar, luego a hablar y a cantar, más tarde las letras, los números, los colores, a leer y a dibujar, mientras su cuerpo crecía y crecía...

Aprendió a emocionarse, a reír y a llorar, tuvo miedos y fue valiente. Tuvo ilusiones y

fracasos, se enfadó muchas veces y aprendió a perdonar.

Aprendió mucho en los libros y también en cada una de las experiencias que le tocó vivir.

Se enamoró y se casó, pero no salieron las cosas como a ella le hubiera gustado, y al cabo de unos años se quedó sola.

Tuvo hijos a los que quiso mucho y que le dieron alegrías y penas.

Conoció lugares muy hermosos que fotografiaba con ilusión.

Plantó muchas plantas, incluso árboles, en un bosque que se había quemado.

Dio comida, calor y cariño a muchos gatos callejeros a pesar de las protestas de los vecinos.

Tuvo nietos a los que también quiso mucho, y que le dieron alegrías y penas.

Y después de celebrar muchos cumpleaños, un día se miró al espejo y se dio cuenta de que había vivido muchos años, por eso ya no podía hacer las mismas cosas que hacía antes, ni a la misma velocidad.

Una tarde, mientras el sol empezaba a despedirse, se sintió cansada, muy cansada, y se fue hacia su butaca preferida para echarse una siesta.

De pronto, nada más cerrar los ojos, Alicia sintió un beso en la frente, y al abrirlos se encontró con el rostro sonriente de su amigo Mael.

—Prometí que vendría a buscarte —le dijo él.

—¿Tan pronto, Mael? ¿Es que no puedo seguir más tiempo aquí? Ya me había acostumbrado, es un lugar tan maravilloso... y además hay mucha gente que todavía me necesita.

—De momento has aprendido lo que tenías que aprender y allí te están esperando muchos amigos que han organizado una fiesta de bienvenida en tu honor, con música y con globos, como a ti te gusta.

Alicia sonrió como si fuera una niña mientras cogía la mano que le había tendido Mael.

Y los dos se fueron caminando hacia el horizonte iluminado aún por los últimos rayos del sol.

Reflexiones:

- ¿Qué sintió Alicia al despedirse de Mael? ¿Qué sientes tú al despedirte de tu mejor amigo/a?
- Alicia aprendió muchas cosas en la tierra. ¿Qué cosas de las que aprendió crees que fueron más importantes?
- De todas las cosas que hizo: tener hijos, tener nietos, dar comida a los gatos, plantar árboles, hacer fotografías, ¿cuáles crees que le hicieron más ilusión? ¿Qué cosas te hacen ilusión a ti?
- Cuando se siente mayor se da cuenta de que ya no puede hacer las mismas cosas ni a la misma velocidad. ¿Tienes cerca alguna persona mayor que le pase lo mismo que a Alicia?
- Cuando Mael viene a buscarla no le apetece irse con él. ¿Por qué crees que le pasó eso?
- Mael le dice que le están organizando una fiesta de bienvenida. ¿Crees que cuando una persona muere hay personas que salen a su encuentro y les dan la bienvenida al otro mundo?
- ¿Alguna vez has escuchado hablar sobre lo que pasa después de la muerte? ¿Tú qué opinas?
- Si te parece puedes cambiar el final del cuento o añadir cómo será la fiesta que le organizan. También puedes pintar alguna escena del cuento.

Adios, pequeño roble

Terminaba ya el verano y no había llovido ni una gota en los últimos meses, por eso el bosque estaba triste y preocupado.

Los árboles abuelos no dejaban de quejarse:

—Los seres humanos no se dan cuenta de que el tiempo está cambiando, cada día llueve menos y ellos siguen sin hacer nada —dijo el gran castaño.

—Ensucian el aire y cortan los árboles, ¿acaso no saben que nosotros atraemos la lluvia? —se quejaba el más anciano y sabio de todos los robles.

—Yo creo que lo peor son los incendios. Cada verano el fuego mata a muchos de nuestros hermanos y cualquier día nos tocará a nosotros morir —dijo un viejo fresno.

Los pequeños árboles que crecían a sus pies escuchaban con atención sin atreverse a decir nada. Eran todavía muy jóvenes y les quedaba mucho por aprender. No sabían lo que era un incendio ni lo que era morir, pero al oír sus conversaciones, empezaban a comprender los peligros que les acechaban.

De repente, el bosque quedó en silencio: se acercaban unos niños.

—¡Qué bosque más bonito! Cómo me gustaría vivir aquí... —dijo Nadia.

—Pues a mí no. ¡Menudo miedo pasaría por la noche...! —dijo Juan.

—Podríamos construir una cabaña en ese árbol tan alto —dijo Nadia señalando al castaño.

—Pues yo prefiero montar una tienda de campaña en el suelo —dijo Juan.

Estaba claro que cada uno tenía gustos diferentes, pero eso no importaba porque eran muy buenos amigos.

—¿Y por qué no hacemos un bosque cerca de nuestra casa? Así no tendríamos que venir hasta aquí. Podemos llevarnos alguno de esos arbolitos pequeños y...

Nadia le interrumpió:

—Pero Juan, los árboles tardan muchos años en crecer, no se puede hacer un bosque.

Los árboles escuchaban divertidos la conversación, aguantando la risa para no asustarles.

Juan no hizo caso a Nadia, cogió una pala y comenzó a remover la tierra a los pies del viejo roble.

—Mira, voy a llevarme este arbolito, solo tiene dos hojas pero seguro que crecerá si lo

cuido. Luego me llevaré otro y después otro hasta que construya mi bosque.

Los árboles se pusieron muy serios. Algo muy grave estaba a punto de ocurrir y ellos no podían impedirlo.

El pequeño roble de dos hojas se puso a temblar de miedo cuando vio cómo unas manos lo agarraban y tiraban de él con fuerza. Se asustó tanto que perdió el conocimiento y cuando volvió en sí se encontró en un lugar muy diferente al bosque, su casa.

Miró hacia abajo y descubrió que no había musgo, miró hacia arriba y vio una cara que le miraba con satisfacción.

—Ya verás, aquí vas a estar de maravilla, yo voy a cuidar de ti y te daré toda el agua que necesites.

“Si al menos pudiera oírme...” pensó el pequeño roble. “Si pudiera darse cuenta de lo triste que me siento, me devolvería al bosque, mi casa...”, y se puso a llorar.

Pero Juan no sabía escuchar a los árboles, por eso se fue tan contento a la cocina, cogió un vaso lleno de agua y, mientras regaba, le dijo:

—Ahora quiero que crezcas muy deprisa, muy deprisa, porque voy a demostrarle a Nadia que yo puedo construir un bosque.

El pequeño roble sintió la humedad de la tierra y se tranquilizó; a lo mejor con el tiempo se acostumbraba a ese lugar donde no le faltaría el agua y estaría a salvo de los incendios...

Pero el tiempo pasaba y el pequeño roble se acordaba de su familia, del bosque, su casa, y empezó a ponerse triste, cada día más triste.

Juan no sabía que le ocurría:

—¿Qué te pasa? Todos los días te doy agua pero no creces y encima has perdido una hoja.

Nadia lo sabía y le daba mucha pena, pero no podía convencer a Juan.

—Juan, el arbolito se está muriendo —le dijo un día. ¿No ves que la hoja que le queda se está secando?

—Lo que pasa es que me tienes envidia porque yo voy a tener un bosque y tú no —le contestó muy enfadado.

Ella no dijo nada, se agachó y, mirando con tristeza al pequeño roble, le dijo:

—Sé que estás muy enfermo y que puedes morir, pero prometo que si te mueres, te enterraré en tu bosque, cerca de los grandes árboles.

El arbolito no dijo nada, ya no tenía fuerzas ni para mirar a los ojos de la niña y darle las gracias.

Después de siete días pasó lo que Nadia temía: el pequeño roble murió.

Entonces Nadia cumplió su promesa, lo llevó al bosque y lo enterró debajo del roble más grande.

Los árboles abuelos le miraron con cariño y le dijeron:

—Sabíamos lo que podía suceder pero te agradecemos que hayas traído a nuestro nieto de vuelta a casa, pequeña.

Nadia estaba tan triste que no se dio cuenta de que comprendía su lenguaje y se puso a llorar mientras les decía:

—Siento mucho lo que ha pasado, pero Juan no me hizo caso y el arbolito ha muerto...

—No te preocupes Nadia, en el bosque no existe la muerte —le dijo el gran castaño—, pues lo que ya no tiene vida sirve de abono para que nazcan nuevos árboles y flores. ¡Mira! ¿Ves esas flores rojas? —le preguntó el roble—. El año pasado mi hermano murió por estas fechas. Había sido un gran árbol. Sus ramas se secaron y un día su tronco cayó. Después se llenó de musgo y al cabo de unos meses sobre él aparecieron unos pequeños tallos. Ahora esas plantas han crecido y alegran el bosque con el color de sus flores.

Nadia se quedó pensativa mientras contemplaba todo a su alrededor.

Vio que en el bosque había árboles de todos los tamaños, flores de diferentes colores y vida, mucha vida. Incluso debajo de unas hojas muertas descubrió un montón de hormigas, un escarabajo y una lombriz.

Sí, el gran castaño tenía razón: todo era vida en el bosque.

Miró hacia arriba y la niña le dijo:

—El año que viene volveré y espero encontrar plantas y flores en este lugar, así sabré que el pequeño roble no ha muerto.

—Te estaré esperando y podrás construir una cabaña entre mis ramas —le dijo el gran castaño guiñándole un ojo.

Nadia se fue contenta a su casa deseando contarle a Juan todo lo que el castaño le había enseñado.

Reflexiones:

- Los árboles están preocupados por distintas cosas. Si tú fueras un árbol, ¿cuáles serían tus preocupaciones?
- ¿Te gustan los bosques? ¿Sabes que donde hay árboles llueve más? ¿Has colaborado alguna vez plantando pequeños árboles o colaborando en una campaña de reforestación?
- ¿Tú que preferirías: hacer una cabaña en un árbol o montar una tienda de campaña en el suelo? ¿Por qué?
- ¿Has pensado alguna vez que los árboles y las plantas son seres vivos y necesitan nuestros cuidados?
- Juan quería construir un bosque. ¿Cuánto crees que tarda en hacer un gran bosque?
- Nadia siente pena por el pequeño roble. ¿Alguna vez se te ha muerto una planta que cuidabas o una mascota? ¿Qué sentiste?
- ¿Qué te parece lo que le dijo el gran castaño a Nadia sobre la muerte?
- Puedes cambiar alguna parte del cuento o el final, por ejemplo, imagina que pasaría si Juan no hubiera arrancado el pequeño roble.
- Si quieres puedes ilustrar este cuento dibujando alguna escena o a sus protagonistas, Nadia y Juan o al pequeño roble.

Mamá tambor

Aún no conocía la cara de mi madre pero llevaba varios meses viviendo en su tripa y estaba segura de una cosa: mi mamá sonaba. Ella no se daba cuenta, pero yo escuchaba con ella su música preferida y cuando terminaba y se quitaba los cascos, no había silencio sino un “toc, toc, toc, toc, toc, toc” que nunca dejaba de sonar.

Me pareció que mamá tenía dentro un tambor y por eso decidí llamarla “Mamá tambor”, aunque unos meses después supe su verdadero nombre.

“Mamá tambor” sonaba diferente por la mañana cuando se iba al trabajo: entonces el sonido del tambor era muy rápido y hacía “toctoc, toctoc, toctoc, toctoc, toctoc, toctoc...”

Pero por la noche, mientras ella dormía, sonaba mucho más despacio, toc.....toc.....toc.....toc.....toc..... toc...

Cuando llegó el día de mi nacimiento pude escuchar mejor su voz: ¡era maravillosa...!, cantaba muy fuerte y decía:

—¡Aaaaaaayyyyyyyyyy..., Aaaaaaayyyyyyyyyy...! ¡Ay, ay, ay...!

Y yo también grité mucho y canté porque quería que oyera mi voz

Cuando las dos dejamos de cantar, me puso sobre su pecho y entonces volví a escuchar su tambor y su preciosa voz que decía:

—¡Qué bonita eres y que bien cantas!

Cada día que pasaba descubría nuevos sonidos, pero el que más me gustaba era el de su voz y el de su tambor, y aprendí al cabo de un tiempo, que su “tambor” se llamaba corazón y que mamá se llamaba Marisa.

Mamá me ponía sobre sus rodillas y, mientras yo miraba los dibujos de los azulejos del suelo, me daba golpecitos en el culete mientras cantaba y sonaba: “tukutuku...tukutuku...tukutuku, tum, tum...”

Otras veces tocábamos las palmas y las dos juntas hacíamos sonidos muy divertidos.

Pronto aprendí a tocar el tambor yo sola y hacía muchos sonidos diferentes golpeando con un palito todo lo que me encontraba. ¡Era muy divertido!

Mamá me miraba y sonreía mientras escuchaba su música preferida y hacía sonidos golpeando el suelo con sus zapatos.

Yo crecía, tocaba y cantaba cada vez más fuerte y cada vez mejor, sin embargo a

mamá le pasaba lo contrario: cada día cantaba más bajito y bailaba menos. Yo no sabía qué le pasaba hasta que alguien me dijo que estaba enferma.

A veces yo me quedaba en silencio y me acercaba a su cama mientras ella dormía, y entonces apoyaba mi cabeza en su pecho para escuchar su corazón que sonaba lento y suave.

Pero un día, al levantarme, no oí nada: ni su voz, ni música en la radio, ni sus pies golpeando el suelo, ni siquiera sonaba su “tambor” y me pregunté por qué había tanto silencio.

Vinieron a casa muchas personas y todas lloraban y me miraban con pena.

Mi tío Pedro me abrazó y me dijo:

—Mamá ya no estará más con nosotros.

Yo le pregunté:

—¿Y a donde se ha ido, tío Pedro?

Él no me contestó, pero yo supe que ya no iba a escuchar más a “Mamá tambor”.

Entonces me puse triste, muy triste y lloré.

Durante muchos meses no quise escuchar música, ni cantar, ni bailar, incluso el sonido del reloj del comedor me molestaba y lo paré. Todo me recordaba a “Mamá tambor” y estaba muy enfadada porque se había ido.

Pero una noche “Mamá tambor” vino a verme en mis sueños y me dijo:

—Cariño, tápate los oídos y escucha con atención: ¿qué oyes?

Entonces oí a mi corazón que hacía “toc...toc..., toc...toc..., toc...toc...”

¡Sonaba igual que el de ella!

Sonrió y me dijo:

—Mi niña, yo sigo a tu lado y aunque no me veas estoy contigo en cada latido de tu corazón. Vuelve a cantar para que yo cante contigo, vuelve a bailar y lo haremos las dos juntas, solo tendrás que imaginarlo.

Reflexiones:

- ¿Sabes que mientras estamos en el vientre de nuestra madre escuchamos lo que ella escucha? Pregunta a tu madre cuál es la música que ella escuchaba cuando estaba embarazada de ti.
- ¿Comprendes por qué la llamaba “Mamá tambor”? ¿Te acuerdas de cómo cantabas y gritabas cuando eras pequeño?
- ¿Alguna persona de tu familia te canta o baila contigo? ¿Te gusta a ti cantar o bailar?
- Con muy pocos años la niña comenzó a golpear todo lo que se encontraba porque le gustaba hacer sonidos. ¿Conoces algún niño pequeño al que le guste hacer eso?
- ¿Has escuchado alguna vez el latido del corazón de otra persona? ¿Y el tuyo? ¿A qué se parece?
- Cuando la niña no escucha nada se da cuenta de que algo pasa. El corazón deja de latir y ya no suena. ¿Qué te parece lo que siente entonces la niña?
- Si tú estuvieras en su lugar, ¿cómo te sentirías? ¿Qué harías?
- ¿Qué cosas le pueden ayudar a la niña a superar la muerte de su madre?
- Si te parece puedes pintar a la niña o a “Mamá tambor”, o alguna escena del cuento.

El pirata fantasma

El pirata Pelos de Rata se conocía muy bien los mares de medio mundo, pues llevaba más de cuarenta años asaltando barcos y robándoles todo lo que le apetecía.

Por eso estaba pensando ya en jubilarse; el único problema era que no encontraba quien le sustituyera y le parecía mal dejar el oficio así como así, sin transmitir sus conocimientos a otros más jóvenes.

Le llamaban Pelos de Rata porque siempre llevaba los pelos tiesos; le encantaba darse gomina para tener un aspecto de fiera, aunque en el fondo no era tan malo como parecía. Nunca había matado a nadie, él no era un pirata asesino, solo era un pirata ladrón al que le gustaba conseguir fabulosos botines.

Sin embargo, todos los capitanes de barcos temían enfrentarse con él. Su olfato era tan fino que podía encontrar un tesoro aunque estuviera escondido bajo las tablas del camarote o entre los barriles de cerveza que llevaban en la bodega.

Pero un día, cuando estaba abordando un barco de mercancías que trasportaba baúles llenos de monedas de oro, no sospechó que le estaban tendiendo una trampa. De repente se encontró rodeado por feroces marineros, uno de ellos le atravesó con su espada y acabó con su vida.

Ante la pérdida de su capitán, sus compañeros huyeron espantados, temiendo correr la misma suerte y abandonaron el barco que habían asaltado.

Cuando el pirata Pelos de Rata se dio cuenta de que estaba muerto decidió subir al cielo a ver si podía entrar allí, después de todo, no había sido tan malo, pero al llegar a sus puertas, el guardián le dijo:

—Tu nombre no figura en la lista, así que vete al infierno. Seguro que allí te aceptan.

El pirata Pelos de Rata, contrariado, bajó al infierno, pero allí tampoco le dejaron entrar:

—Tu nombre no figura en mi lista —le dijo el guardián—, así que vete al purgatorio. Se ve que no has sido demasiado malo, si no aquí estaría escrito tu nombre.

De modo que el pirata Pelos de Rata se fue a buscar el purgatorio, un poco cansado de tanto ir y venir de acá para allá.

Cuando por fin lo encontró, el guardián del purgatorio le dijo:

—Puedes entrar aquí, tú estás en la lista, pero tienes que cumplir antes una tarea: debes decir a algún ser humano donde están enterrados los tesoros que robaste y conseguir que sean empleados para un buen fin. Hasta que no lo consigas, vagarás como un fantasma entre el reino de los vivos y de los muertos, sin descanso.

El pirata Pelos de Rata se quedó mudo de espanto:

—¿Yo, un fantasma? —preguntó atónito. ¿No es bastante cruel tenerme de un lado para otro? Después de lo que he pasado...

—Pues date prisa en encontrar a un ser humano al que puedas convencer para que encuentre tus tesoros y los destine a una noble causa.

El pirata Pelos de Rata se convirtió en un fantasma y bajó al mundo de los vivos para cumplir con la tarea que le habían encargado pero, en cuanto un ser humano lo veía, salía corriendo despavorido.

“¡Que voy a hacer!”, se lamentaba, “nadie quiere escucharme. En cuanto me ven, salen corriendo; ¿cómo voy a conseguir cumplir con mi tarea?”

Pero un día, cuando ya estaba cansado de asustar a tanta gente, entró por la ventana de la habitación donde dormían dos niñas, Marta y Saray, y les tocó en el hombro mientras les decía:

—¡Despertad niñas, pero por favor, no os asustéis!

Las dos niñas abrieron los ojos y vieron flotar al pirata delante de ellas, y en lugar de asustarse le preguntaron:

—¿Por qué nos has despertado? ¿Qué quieres?

El pirata Pelos de Rata sonrió: por fin encontraba a dos personas que no le temían y les dijo:

—Os lo suplico, escuchadme hasta el final, tengo que contaros algo muy importante.

Entonces el pirata Pelos de Rata les contó todo lo que le había pasado y lo que tenía que hacer para poder entrar en el purgatorio.

Marta y Saray le escucharon con atención y le dijeron:

—Pirata fantasma, queremos ayudarte, dinos donde está el tesoro, nosotras iremos a buscarlo.

El pirata fantasma les pidió un mapa del mundo y señaló una pequeña isla en medio del océano, tan pequeña que casi no se veía.

—Pero, ¿cómo vamos a saber el lugar donde tenemos que excavar? —le preguntaron.

—No os preocupéis, solo hay un lugar en toda la isla donde viven las iguanas, y en

medio de ese lugar hay una cueva oculta detrás de unas palmeras. Justamente ahí escondía yo los botines que robaba.

Marta y Saray no tenían miedo ni a los fantasmas, ni a las iguanas ni a los peligros, así que decidieron viajar hasta la isla y encontrar el tesoro.

Pasaron muchas aventuras durante el viaje, hasta que un buen día llegaron a la isla de las iguanas y encontraron la cueva, donde el pirata les había señalado.

—¡Ya es nuestro el tesoro! —gritaron llenas de alegría.

Pelos de Rata, les miraba feliz y contento, pensando que el momento de su descanso se estaba acercando.

Marta y Saray quitaron una losa que ocultaba la entrada de la cueva y se quedaron con la boca abierta al contemplar tanta belleza: allí había un montón de baúles llenos de joyas maravillosas, preciosas dagas con incrustaciones de diamantes, collares de perlas blancas y negras, esmeraldas y monedas, muchas monedas de oro y plata.

—¿Y ahora qué vamos a hacer con el tesoro? —se preguntaron las niñas. Tenemos que hacer algo muy bueno, solo así el pirata fantasma podrá descansar en paz.

Y después de pensarlo mucho, decidieron donarlo para construir un hospital infantil en su ciudad, y aún sobró algo para crear un museo sobre la piratería, al que pusieron por nombre “Museo del pirata Pelos de Rata”.

No había pasado un día desde su regreso, cuando las dos niñas sintieron que alguien les tocaba en el hombro mientras dormían.

—¡Despertad niñas, soy el pirata Pelos de Rata!

—¡Hola pirata fantasma! —le dijeron ellas, contentas de volver a verle.

—Vengo a daros las gracias y a despedirme porque ya puedo por fin descansar y entrar en el purgatorio. También he venido a traeros un pequeño regalo para que nunca me olvidéis.

El pirata Pelos de Rata dejó caer sobre las camas de Marta y Saray dos relucientes monedas de oro, mientras les guiñaba un ojo y, sin decir nada más, se esfumó.

En cuanto le vio llegar, el guardián del purgatorio le dio la bienvenida y le abrió las puertas, porque el pirata Pelos de Rata había cumplido la condición impuesta para poder entrar allí y se había convertido en un personaje famoso por haber conseguido salir del mundo de los fantasmas, gracias a su recién estrenada generosidad.

Reflexiones:

- ¿Te gusta el nombre del pirata? ¿Qué otro nombre se te ocurre a ti que le pueda sentar bien a un pirata?
- ¿Crees que lo que hacía Pelos de Rata estaba bien? ¿Por qué?
- ¿Te hubiera gustado estar en el lugar de Marta o de Saray? ¿Por qué?
- ¿Cómo se sintió el pirata cuando llegó al cielo y no le dejaron entrar? ¿Y cuando llegó al infierno? ¿Y cuando llegó al purgatorio?
- ¿Has visto tu alguna vez un fantasma? ¿Conoces alguien que lo haya visto? Algunas personas piensan que no existen y otras que sí. ¿Tú qué opinas?
- ¿Te parece bien la tarea que le mandan para poder entrar en el purgatorio?
- Si tú supieras que en un lugar se encuentra un tesoro, ¿estarías dispuesta/o a buscarlo? ¿A quién pedirías ayuda para encontrarlo?
- Marta y Saray no tenían miedo a casi nada. ¿Tú tienes miedo a algo? ¿A qué?
- Puedes continuar el cuento o escribir las aventuras que pasaron Marta y Saray hasta encontrar la isla.
- También puedes dibujar alguna de las escenas del cuento o al pirata Pelos de Rata.

Así en la tierra como en el cielo

Había un momento en la vida de los ángeles en el que debían bajar a la tierra para hacerse cargo de un ser humano y ayudarlo en todo aquello que pudieran. Dios les había creado para cumplir misiones especiales y el ángel Laiel estaba muy satisfecho de poder prestar un servicio tan hermoso.

Por supuesto Laiel completó con éxito el curso de preparación y estaba impaciente por conocer quién sería su protegido, así que preguntó al Consejo de Ángeles:

—¿Sabes ya de quién me voy a encargar?

—Sí Laiel, mira en la pantalla, en ella aparecerá el rostro de un ser humano que necesita tu ayuda. Es un alma muy valiente.

La gran pantalla del salón circular se iluminó y en ella aparecieron los rostros de unos padres que esperaban con ilusión la llegada de su cuarto hijo.

Laiel pudo ver el rostro del niño que estaba a punto de nacer y algo llamó poderosamente su atención: sus ojos eran diferentes a los de otros niños.

“¿Por qué no es como los demás?”, se preguntó.

Como era la costumbre, sus compañeros y maestros le despidieron afectuosamente, recordándole que podría contar con ellos si necesitaba ayuda o consejo en algún momento.

—Gracias amigos, estoy seguro que podré cumplir satisfactoriamente esta sagrada misión, pero si necesito vuestra ayuda os la pediré.

Su cuerpo de luz dejó de verse y un haz de hermosos colores quedó flotando en la sala, mientras en silencio sus compañeros le despedían.

Cuando el pequeño nació después de pasar por muchas dificultades, Laiel le dio un beso de bienvenida, pero se dio cuenta que la madre iba a necesitar también su ayuda, de modo que la abrazó mientras el médico le acercaba a su bebé y le decía:

—Mirta, no quiero que te disgustes, pero debes saber que tu hijo ha nacido con el síndrome de Down. ¿Sabes lo que esto supone, verdad?

Mirta tomó al niño en brazos y llorando le dijo:

—Serás mi hijo especial, voy a quererte con todo mi corazón y siempre estaré a tu lado.

Laiel sonrió satisfecho.

Le pusieron el nombre de Manuel y fue creciendo lentamente, mostrando cada vez con más claridad que sufría un importante retraso.

Laiel le acompañó a las sesiones de estimulación, a natación, al logopeda y a todos los lugares que sus padres le llevaban con la esperanza de ayudarle lo más posible.

Después de cumplir los tres años, Manuel comenzó a decir sus primeras palabras y también a andar, y fue a partir de ese momento cuando Laiel tuvo más trabajo, porque el niño no se estaba quieto y corría serios peligros.

Un día ocurrió algo muy especial: Laiel se dio cuenta que el niño miraba hacía donde él estaba y le sonreía.

“Es imposible que me vea” –pensó-. “Habrá sido una casualidad”.

Pero una y otra vez volvía a pasar lo mismo. Laiel cambiaba de sitio y el niño le seguía con la mirada y señalaba con el dedo a la vez que decía:

—¡Mamá, amigo!

Su madre no le dio importancia, ya que pensaba que su hijo tenía un amigo imaginario como otros niños, y en parte tenía razón, pero Laiel no comprendía por qué el niño podía verle si los ángeles eran invisibles.

Ante la duda decidió consultar, y una noche, mientras Manuel dormía, Laiel subió al cielo y pidió que le dieran alguna explicación.

Entonces Dios le dijo:

—Manuel es un niño especial y su alma es muy grande. Tú cuida de él y no te preocupes porque pueda verte, eso le ayuda en su proceso.

Laiel bajó de nuevo a la tierra y contempló al niño mientras dormía con una inmensa ternura.

Y justo en ese momento Manuel se despertó y le preguntó:

—¿Dónde estabas? Te he echado de menos...

Laiel le dijo al oído que nunca más se alejaría de él, le dio un beso y el niño se durmió.

Manuel vivió cuatro años más y sus padres lloraron su muerte durante bastante tiempo, diciendo a todos los que intentaban consolarles:

—Hicimos todo lo que estaba en nuestra mano por ayudarle, pero ya sabíamos que nuestro niño se iría muy pronto al cielo porque su corazón estaba muy delicado, nos lo dijo el doctor el mismo día que nació.

Laiel acompañó a Manuel al cielo para disfrutar de una vida eterna de dicha junto a Dios. Estaba muy contento de haber cumplido su misión, y al despedirse, le dijo:

—Enhorabuena Manuel, has hecho un buen trabajo en la tierra, porque gracias a ti se abrieron muchos corazones.

Y Manuel le contestó mientras le abrazaba:

—Gracias a ti, Laiel. Fue una suerte que estuvieras a mi lado y poder verte, porque tu presencia me animaba a enfrentarme a las dificultades de cada día.

Laiel se fue donde le estaban esperando sus compañeros y maestros para que les contara su valiosa experiencia como ángel de la guarda de un ser tan especial.

Estaba resplandeciente y sorprendido: ¿quién hubiera pensado en la tierra que aquél niño era un aprendiz de ángel?

Reflexiones:

- ¿Qué te parece el trabajo que le encargan a Laiel? ¿Por qué?
- ¿Tú crees que cada persona tiene un ángel de la guarda?
- Parece que son invisibles pero a veces alguien los puede ver, como le pasa a Manuel.
¿Tú lo has visto o lo has oído alguna vez?
- ¿Conoces algún niño o niña con síndrome de Down? ¿Qué se te ocurre hacer para ayudarlo?
- ¿Por qué crees que su madre y su padre se ocuparon tanto de él?
- A veces hay personas que se comportan como si fueran ángeles. ¿Conoces tú alguna persona que sea tan buena? ¿Qué hace por los demás?
- Imagínate que eres Manuel, ¿cómo te gustaría que te trataran los demás? ¿Qué cosas te harían más feliz? ¿Te gustaría tener amigos como los demás niños?
- Puedes dibujar alguna escena del cuento que te guste o alguno de sus protagonistas, Manuel o Laiel.
- También puedes cambiar alguna parte del cuento.

El Tiempo del sueño

Todos estaban contentos porque la lluvia, por fin, regaba aquellas áridas tierras donde vivían.

Pero la niña sin nombre se mostraba inquieta sabiendo que muy pronto debería demostrar a su clan que estaba preparada para llevarlo.

—Deberás viajar al Tiempo del Sueño, y allí encontrarás tu verdadero nombre —le dijo un día la anciana responsable de su iniciación.

—¿Y cómo podré viajar a ese lugar?

—A su debido tiempo lo sabrás. El día de tu nacimiento todos estuvimos allí dándote la bienvenida y te dijimos: “Te amamos y te apoyamos en el viaje”; pues ahora haremos lo mismo por ti, pero este viaje lo tendrás que realizar tu sola.

La niña sin nombre tenía siete años y en ese corto tiempo había aprendido que todos los elementos de la naturaleza eran sus amigos, por eso dejó que la lluvia la mojara mientras su mente trataba de imaginar cómo sería el viaje que estaba a punto de emprender.

—No podrás oír tu verdadero nombre si siempre estás hablando —le dijo otro día la anciana—, debes aprender a escuchar el silencio.

A partir de ese momento la niña permaneció más tiempo callada tratando de descubrir todos los sonidos que le rodeaban, y era un ejercicio bien difícil para ella, porque era bastante charlatana.

Llegó el día que estaba esperando y todo su clan se congregó en un lugar muy especial donde iban a realizar la ceremonia ritual.

La niña sin nombre fue adornada con flores y collares que las mujeres habían confeccionado para la ocasión, y su amigo Arco iris le regaló un bonito adorno hecho con ramas que había ido recogiendo en los últimos días de travesía por el desierto.

Cuando todos habían dado sus regalos a la niña, la anciana habló y les dijo:

—Estamos hoy aquí para celebrar una fiesta; la que se va al Tiempo del Sueño es una niña sin nombre, y la que vuelva será una niña con nombre

Y dirigiéndose a ella le dijo:

—No debes tener miedo porque en tu camino nunca estarás sola. Nuestros antepasados te acompañaran y seguramente podrás hablar con ellos. ¿Estás preparada para el viaje?

—Sí, estoy preparada —dijo la niña, no sin algo de miedo y sobre todo de incertidumbre.

Cesó la lluvia, como si quisiera respetar el momento, y el viento también dejó de soplar, todo estaba en calma y en silencio, para ayudar a la niña en su viaje.

La llevaron al centro de una cueva y allí la dejaron sola, junto a una hoguera, y la anciana le dijo:

—Dentro de una luna volveremos a verte y entonces podrás decirnos cuál es tu verdadero nombre.

Y dicho esto, fueron saliendo uno a uno de la cueva y la dejaron sola, completamente sola.

Entonces se dio cuenta de que el miedo no era un buen compañero de viaje pues, en cuanto lo sentía, comenzaban a aparecer figuras extrañas en las paredes que se movían junto a las sombras que proyectaban las llamas de la hoguera.

Poco a poco el cansancio y la emoción mantenida la obligaron a dormir, mientras escuchaba a lo lejos los cánticos de su clan.

De pronto, cuando acababa de entrar en un profundo sueño, sintió que su cuerpo se adentraba en la tierra y le entró una sensación de vértigo, como si descendiera a toda velocidad por un túnel inclinado.

Sin darse cuenta todavía de dónde estaba, aparecieron frente a ella unas personas desconocidas que le dieron la bienvenida:

—Estábamos esperándote —le dijeron.

—¿Dónde estoy? ¿Quiénes sois vosotros? —preguntó la niña.

—Somos tus antepasados, los Guardianes del Tiempo del Sueño. Sabemos a qué has venido pero, antes de darte tu verdadero nombre, debes aprender tres cosas. Primera: que todo lo que tiene vida puede morir. Segunda: que la muerte no es algo triste. Tercera: que la vida es lo más grande que tenemos y debemos honrarla, en nosotros y en todos los seres.

La niña escuchaba con atención, pues se había preparado para ello, y había dejado de hablar durante un tiempo que a ella le pareció una eternidad.

—¿Has comprendido cada una de las tres cosas? —le preguntaron.

La niña sin nombre sabía que no podía mentir, de modo que les contestó:

—He comprendido casi todo, pero no entiendo por qué decís que la muerte no es algo triste. El año pasado murió mi abuela y yo estuve triste durante muchos días, la echaba

de menos.

—Agradecemos tu sinceridad, pues de nada te hubiera servido mentir ya que nosotros escuchamos tus pensamientos lo mismo que tú escuchas nuestras palabras —le dijo el que parecía más joven.

—Si tú supieras que una persona a la que quieres, aunque esté lejos de ti, disfruta de la vida y es feliz, ¿te sentirías triste? —le preguntó una de las personas.

—Por supuesto que no —contestó la niña—, aunque me gustaría verla.

—Pues bien, ahora es el momento de “soñar” y de cumplir tu deseo. Este es un momento sagrado, donde el pasado, el presente y el futuro existen a la vez y el ser humano está en íntima comunicación con sus orígenes. En el sueño podrás ver a tu abuela, será ella la que te dé tu verdadero nombre.

La niña cerró los ojos y todo comenzó a dar vueltas a su alrededor, hasta que de repente cesó el movimiento y sintió que se caía sobre un mullido manto de hierba. Miró a su alrededor un poco asustada y vio a lo lejos una figura que salía a su encuentro, a la que no tardó en reconocer:

—¡Abuela! ¡Qué alegría verte!

Las dos se abrazaron y entonces la abuela contó a su nieta todo lo que había vivido desde que murió para su tribu y comenzó su nueva vida. Le explicó cómo entrar en el Tiempo del Sueño a voluntad, cómo utilizar esas experiencias para comprender mejor las cosas que le sucedieran en su vida y, cuando llevaban un tiempo hablando, la niña le preguntó:

—Abuela, ¿puedes decirme ya mi verdadero nombre?

La abuela le abrazó y le susurró al oído:

—Niña de Lluvia.

—¡Qué nombre tan bonito, abuela! ¿Me llamaré siempre así? —preguntó la niña.

—No, Niña de Lluvia, cuando dejes de ser niña y te conviertas en mujer, volverás de nuevo aquí para encontrar un nombre nuevo. Ahora debes volver y contar a tu clan que me has visto y que yo te he dado este nombre por unos años.

Niña de Lluvia se despidió de su abuela y nada más cerrar los ojos sintió mucho vértigo, como si alguien la subiera hacia la superficie a toda velocidad. Y cuando abrió los ojos, se encontró de nuevo en la cueva donde le habían dejado los miembros de su clan.

“¿Cuánto tiempo habrá pasado?”, se preguntó. Pero no tardó en darse cuenta, porque

enseguida escuchó voces de personas que se acercaban.

Todos rodearon a la niña en silencio y la anciana le hizo la pregunta que todos esperaban:

—¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Me llamo Niña de Lluvia, es el nombre que mi abuela me ha dado hasta que me convierta en mujer.

Entonces cada uno de los miembros de su clan se acercó a ella y le dijo al oído mientras la abrazaban: “¡Te amamos, Niña de Lluvia!”.

—Ya sabes ahora que este nombre solo debemos conocerlo los miembros de tu clan. Es tu nombre secreto y solo debe ser pronunciado en momentos especiales. Tu nombre común será Flor y así te llamaremos en presencia de otras personas.

Niña de Lluvia nunca más volvió a sentir tristeza cuando alguien se despedía de la vida porque, aquél día en que su abuela le dio su nombre secreto, había descubierto que podía comunicarse con alguien que había dejado el clan cuando quisiera: solo tenía que encontrarse con él en el Tiempo del Sueño.

Reflexiones:

- ¿Te gusta tu nombre? ¿Te gustaría tener un nombre secreto, que solo lo supieran tus amigos y amigas? Puedes buscarte uno solo que te guste.
- ¿Por qué crees que la anciana le dijo a la niña que tenía que saber escuchar? ¿Te gusta a ti escuchar?
- La niña está un poco nerviosa porque sabe que al viaje no le puede acompañar nadie. ¿Cómo crees que consiguió calmarse?
- En la cueva le entra miedo. ¿En qué situaciones tú sientes miedo? ¿Qué haces para superar el miedo?
- ¿Cuál de las tres cosas que debe saber la niña antes de recibir su nombre te parece más difícil de comprender?
- Cuando la niña ve a su abuela siente una gran alegría. ¿A quién te gustaría ver a ti? ¿Has soñado alguna vez con alguna persona que haya muerto?
- ¿Te gusta el nombre que le da la abuela a la niña?
- ¿Qué te parece el recibimiento que le hace su clan cuando vuelve del Tiempo del Sueño?
- Puedes dibujar alguna escena del cuento. También puedes cambiar alguna parte del cuento o ampliarla, si tú quieres.

La leyenda de los inmortales

Cuenta la leyenda que hace miles de años existía en la Tierra una raza de seres inmortales que tenían como misión ayudar a los mortales a llegar al paraíso cuando dejaban este mundo.

Eran invisibles, pero se dejaban ver en los últimos momentos de la vida: entonces se acercaban a la persona que estaba muriendo y le abrazaban con ternura, ayudándola así a superar el miedo que casi todos los seres humanos sentían cuando llegaba ese momento.

Uno de esos seres inmortales se llamaba Menkil, y le gustaba especialmente ayudar a los niños. Estos sonreían al verle, porque iba vestido de una forma muy original y divertida.

Un día Menkil fue convocado por el Gran Consejo de los Inmortales.

—Pensamos que te tomas tu misión con muy poca seriedad —le dijeron—. Tu forma de vestir es bastante cómica y puede parecer una falta de respeto que te presentes así ante los mortales, ¿no crees?

Y él contestó:

—He visto las caras de miedo de muchos seres humanos cuando llegan los momentos finales de su vida porque temen lo que les pueda esperar después de la muerte. Por eso, yo intento hacer que los niños sonrían al verme, para que esos momentos no sean tan difíciles.

—Sabes que es un honor para nosotros acompañarles hasta las puertas del paraíso, pero debemos hacerlo con respeto —le dijeron ellos.

—Yo respeto ese momento, Gran Consejo, sin embargo pretendo que los niños entren en la nueva realidad sonrientes y tranquilos, y sé que ir vestido de esta manera les ayuda a superar sus miedos.

Los miembros del Gran Consejo, después de escucharle, comprendieron sus motivos y le permitieron seguir vistiendo de esa forma tan extravagante. Menkil les dio las gracias y se fue rápidamente, pues solicitaban su presencia en la sala de Pediatría de un hospital.

Se acercó a la cama del niño y le dijo:

—Hola, me llamo Menkil y estoy aquí para ayudarte. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Acad —dijo el niño un poco asustado por la repentina aparición.

—No temas, Acad. Ahora empieza un viaje muy especial para ti y yo te acompañaré.

Entonces el niño miró a sus padres y les dijo:

—Vienen a buscarme...

Sonrió plácidamente y dejó de respirar, mientras Menkil le abrazaba con ternura.

—Ya no pueden vernos y se quedan muy tristes porque no saben que la muerte no es el final sino el principio de una nueva vida —dijo al niño—. Ahora tenemos que irnos, ha llegado el momento de iniciar un viaje.

Acad agarró la mano de Menkil y miró hacia atrás, pero ya no vio la habitación del hospital ni a sus padres.

—Sé lo que sientes —dijo Menkil—, es natural que al principio los eches de menos y te sientas triste, pero ahora nos espera una gran aventura. ¿Estás preparado Acad?

Y el niño contestó:

—Sí, estoy preparado.

En ese momento se abrió un camino que al principio era un poco oscuro pero cuyo final era muy luminoso, y lo recorrieron juntos con paso firme.

Cuando ya estaban llegando a la parte más luminosa del camino, se encontraron con dos seres hermosos y resplandecientes que preguntaron a Menkil:

—¿A quién acompañas hoy?

—Se llama Acad, viene del planeta Tierra y tiene siete años. Ha muerto allí de una grave enfermedad hace unos minutos —les contestó él.

Y dirigiéndose a Acad le preguntaron:

—¿Sabes dónde estás y sabes que tu vida en la Tierra ha terminado?

Y él contestó:

—Sé que he muerto en la cama de un hospital, pero ahora no sé donde estoy.

—Pues estás a las puertas del paraíso, un lugar hermoso donde vivirás con una nueva vida, sin sufrimientos, sin problemas; un lugar donde podrás reír y jugar con otros niños y donde aprenderás muchas cosas interesantes.

—¿Y podré ver a mi abuelo? Murió hace un año y me acuerdo mucho de él.

—Ya le hemos avisado de tu llegada Acad, y estamos seguros de que pronto vendrá.

Menkil abrazó al niño por última vez y le dijo:

—Yo no puedo ir más allá, mi misión ha terminado aquí, pero espero que el tiempo que hemos pasado juntos haya sido agradable.

—Gracias, Menkil —le dijo Acad—, gracias por venir a buscarme y acompañarme en el camino. Al estar contigo no he sentido tanto miedo.

Los dos seres le cogieron de las manos y él volvió la cabeza para mirar a Menkil por última vez:

“¡Qué forma de vestir tan estrafalaria y divertida!” pensó Acad mientras sonreía.

Los tres atravesaron las puertas del paraíso y justo al otro lado se encontró con su abuelo:

—¡Abuelo, qué alegría verte de nuevo! —le dijo emocionado.

—¡Yo también me alegro mucho de verte, Acad! En cuanto me enteré que llegabas, vine corriendo.

Pero muy pronto la expresión de la cara de su abuelo cambió y dijo:

—Lo siento mucho por tus padres Acad, ellos te quieren mucho y te echarán de menos.

—Sí abuelo, lo sé y me gustaría que supieran que estoy bien y que ahora estoy contigo.

—Creo que lo saben aunque sufran por tu ausencia..., pero ahora vamos, tengo que enseñarte muchas cosas, porque aquí todo es diferente.

Los dos hermosos seres se despidieron de Acad mientras apuntaban algo en un curioso libro. Él se dio cuenta y preguntó a su abuelo:

—¿Qué escriben en ese libro, abuelo?

—Escriben que yo me voy a encargar de enseñarte cómo funciona todo. A partir de ahora soy tu guía. ¿Preparado para más aventuras?

—¡Preparado, abuelo!

Pasó el tiempo y Acad fue aprendiendo poco a poco las reglas de su nueva vida. Hizo nuevos amigos, rió y jugó cuanto quiso pero también fue a la escuela, aunque era muy diferente a su colegio de la Tierra, y aprendió cosas muy interesantes.

Un día, mientras estaba en clase, le llamaron para decirle:

—Acad, queremos encargarte una misión: debes ir a las puertas del paraíso porque está a punto de llegar una persona muy querida para ti.

Y Acad se fue corriendo a recibirla y vio que los dos seres que venían con ella escribían algo en un curioso libro: ahora ya sabía lo que estaban escribiendo y le dijo entusiasmado después de abrazarla:

—A partir de ahora yo seré tu guía y voy a enseñarte cómo funciona todo aquí. ¿Preparada para más aventuras?

—¡Preparada, Acad!

Reflexiones:

- ¿Conoces algún niño o alguna niña que esté muy enfermo? ¿Crees que tiene miedo a morir?
- ¿Por qué crees que Menkil daba risa con su forma de vestir? ¿Cómo crees que iba vestido? ¿Te lo imaginas?
- El Gran Consejo comprende por qué lo hace y le deja que siga vistiendo así. ¿Conoces alguna persona que cada vez que le ves te hace reír?
- Acad se asusta un poco cuando aparece Menkil, pero pronto descubre que es un amigo que llega para ayudarlo a pasar de la vida a la muerte. ¿Tienes tú miedo a la muerte? ¿Por qué?
- ¿Te gustaría ver a alguna persona querida que ya ha muerto? ¿A quién?
- ¿Quiénes crees que son esos dos seres que aparecen en el camino y que acompañan a Acad al paraíso?
- ¿Qué sentirán los padres de Acad cuando ya no esté con ellos? ¿Cómo podrías ayudarles para que no estén tan tristes?
- Acad se encuentra con su abuelo y este se convierte en su guía. ¿De quién será guía Acad?
- A lo mejor quieres continuar el cuento e imaginar quién llega al paraíso y cómo Acad se convierte en su guía, o puedes dibujar alguna escena del cuento.

El secreto de Zaida

Todavía estaba el sol sobre el horizonte cuando Zaida descubrió que su primo Nadim la estaba espiando.

—Nadim, ¿por qué me sigues? —le preguntó un poco molesta—. Me has dado un susto de muerte.

Su primo asomó la cabeza por detrás de una columna y le sonrió.

—Quiero que me digas por qué vienes a este lugar todos los viernes por la tarde. ¿Acaso guardas algún secreto?

—¿Y a ti que te importa? —le contestó Zaida muy enfadada—. ¡Vete y déjame en paz!

Nadim se dio la vuelta para dar la impresión de que se marchaba, pero se escondió detrás de un hermoso laurel que había en el jardín.

Mientras el sol se escondía y la luna brillaba redonda en el cielo, apareció de pronto una mágica niebla que cubrió el Jardín de los Antepasados.

Parecía que a Zaida no le sorprendía aquél fenómeno, pero Nadim se puso a temblar, aunque su curiosidad era tan grande que aguantó el miedo y permaneció inmóvil sin salir de su escondite.

La niebla fue disipándose poco a poco dejando paso a un resplandor que obligó a Zaida a taparse los ojos. Y en medio del resplandor apareció un hombre.

Nadim no podía creer lo que estaba viendo. El rostro de aquél hombre le resultaba familiar...Entonces recordó un retrato que había en el salón de la casa de su abuelo. ¿Qué hacía allí si llevaba muerto tantos años? Debía poner atención para poder escuchar sus palabras, seguro que ellas desvelarían el secreto que su prima guardaba con tanto esmero.

—Sé bienvenido —dijo ella al ser que acababa de aparecer mientras le saludaba con una reverencia.

—Hola Zaida, soy Umara y vengo desde el Jardín de los Elegidos para darte un mensaje. Allí me encuentro por ser un fiel seguidor de las enseñanzas del Profeta. A mi muerte Alá me llevó con él al paraíso y ahora disfruto de gloria y paz.

—Sí, lo sé Umara, mi abuelo me contó un día antes de morir que podría ver a los Elegidos y escuchar sus palabras, pero solo los viernes por la tarde y en este lugar. Por eso estaba esperando su llegada.

—Tu abuelo te quería mucho y sabía que eras una niña muy especial, por eso solo tú puedes verme y hablar conmigo. Tus ojos son puros al igual que tu corazón, y además no tienes miedo.

Nadim se quedó atónito. Si él podía ver al Elegido, ¿sería quizás tan especial como su prima?

—¿Qué mensaje me traes? —le preguntó Zaida.

—He leído el Libro Celeste, el auténtico libro revelado por el ángel Gabriel al Profeta Mahoma, y he comprendido por qué Alá quiere que la tierra sea reformada, aunque no todos comprenden su verdadero significado.

—¿Qué significa reformar la tierra? —preguntó la niña un poco confusa.

—Significa que el corazón del ser humano debe cambiar, debe irradiar amor, para que la tierra se sane. Ahora está enferma y en peligro, por eso me han enviado. Es una misión urgente, y tú puedes hacer que las cosas cambien.

Zaida seguía confundida. Sólo era una niña, aunque las enseñanzas de su abuelo, el Imán, le habían calado muy hondo. Aún así no comprendía qué podía hacer ella para que la tierra sanara.

Nadim salió en ese momento de su escondite y dijo:

—Yo también puedo verle, Umara, así que debo ser muy especial.

Zaida le dirigió una mirada fulminante y le dijo en voz baja:

—¿No te he dicho que te vayas?

Umara, entonces, se dirigió hacia el muchacho y este comenzó a temblar mientras decía:

—¡Por favor, no me hagas nada, solo quería saber el secreto de Zaida!

—No temas, no voy a hacerte daño. Tú también eres un ser muy especial, Nadim, por eso confío en ti y en Zaida para encomendaros esta sagrada misión.

—Escuché lo que le decías a Zaida, pero tampoco sé qué podemos hacer.

La noche cubría ya los Jardines de los Antepasados, donde varios textos escritos sobre azulejos verdes, recordaban a los hombres justos y sabios que habían compartido sus conocimientos desde hacía mucho tiempo.

Era la hora que Umara había estado esperando para mostrar una visión que ayudara a Zaida y a Nadim a comprender mejor cuál era su misión.

Umara les tomó de las manos y, de pronto, volvió la niebla -envolviendo esta vez a los tres-, mientras un resplandor iluminaba todo el jardín.

Transportados a otra dimensión, los dos niños perdieron la noción del tiempo y del espacio, hasta que de nuevo se encontraron en un lugar conocido, el Jardín de los Antepasados.

Estaban tan impresionados por la visión que Umara les había mostrado, que estuvieron un buen rato en silencio.

Después de unos minutos, Zaida dijo:

—Lo que hemos visto me ha dejado muy preocupada, Nadim. Creo que tenemos que hacer algo y pronto.

—Sí, estoy de acuerdo, pero solo somos dos niños, nadie nos escuchará.

—Al Profeta le escucharon aunque al principio nadie le creía, ¿no es verdad? Nosotros haremos lo mismo —contestó Zaida con mucha seguridad.

Desde aquella tarde en que Nadim y Zaida se encontraron con Umara en el Jardín de los Antepasados, la vida de los dos cambió. Ahora tenían una misión que cumplir: debían contar lo que habían visto aquella tarde y buscar personas que supieran cómo ayudar a la tierra.

El Libro Celeste lo decía, lo avisaba, pero no todos sabían interpretar las palabras escritas en él, como les había dicho Umara.

Había llegado el momento de actuar, de decir al mundo que el paraíso podía bajar a la tierra si todos los seres humanos de corazón puro se unían y lograban el cambio que el ángel Gabriel había anunciado.

Reflexiones:

- ¿Por qué Zaida no contaba a nadie a dónde iba los viernes por la tarde?
- ¿Por qué crees que Zaida es especial? ¿Conoces alguna persona que tenga visiones o experiencias extrañas?
- ¿Te hubiera dado mucho miedo estar en ese jardín cuando Umara apareció?
- ¿Has oído hablar del profeta Mahoma? ¿Y de Alá? Muchas personas en el mundo profesan la religión musulmana; si conoces alguna de esas personas, puedes preguntarles.
- Para ti, ¿qué significa reformar la tierra? ¿Crees que la tierra está enferma? ¿Por qué?
- ¿Cómo podrías ayudar tú a la tierra?
- ¿Cuál crees que fue la visión que Umara les mostró para que se quedaran tan preocupados?
- Si quieres puedes escribir la visión que tuvieron Zaida y Nadim o continuar el relato.
- También puedes ilustrar el cuento.

El mantel de la abuela Panchita

Por Dios, Manuela, deja de jugar con eso! —gritó mi madre.

Yo no comprendía por qué se ponía tan nerviosa al verme con aquel trozo de tela blanca en la cabeza.

—Es un pañuelo para la cabeza, mamá. ¿A que me parezco a la Virgen de Guadalupe?

Ella no me contestó. Me lo quitó bruscamente y lo guardó en un cajón mientras decía algo en voz baja que no pude oír.

—No vuelvas a jugar con esto. ¿Me lo prometes? —me dijo muy enfadada.

—De acuerdo mamá, te lo prometo —le contesté de mala gana.

Pero aquel trozo de tela me gustaba mucho. Era precioso y tenía unos hermosos bordados que yo miraba una y otra vez, sin saber quién había dedicado tanto tiempo a este trabajo ni por qué.

Se me olvidó muy pronto lo que había prometido a mi madre, así que otro día se convirtió en un mantel sobre el que mi primo Hugo y yo colocábamos las comidas y luego las vendíamos, como si estuviéramos en el mercado.

—¿Quién me compra estos bollos recién hechos? —gritábamos a todo el que pasaba por delante de la puerta.

Entonces apareció el abuelo. Nos miró con cara de susto y se llevó las manos a la cabeza y a continuación cogió aquél trozo de tela blanco y lo volvió a guardar en el armario mientras nos decía muy enfadado:

—¡Con eso no se juega! ¡Qué falta de respeto!

—Pero abuelo..., ¿qué hemos hecho ahora? —le pregunté extrañada.

—Con las cosas de los muertos no se juega, Manuela. Son sagradas y punto.

No entendí nada hasta que llegó un día al que todos llamaban el Día de los Muertos.

La noche anterior la ciudad entera era una fiesta; había puestos de piñatas de esqueletos, títeres de esqueletos y por la calle iban muchas personas disfrazadas de esqueletos con velas en la mano.

A la mañana siguiente me desperté con el ruido de cacharros en la cocina. Toda mi familia estaba cocinando y después se irían juntos al cementerio. Otras veces yo me había quedado en casa, pero ahora ya era mayor y mi madre me dio permiso para acompañarles.

Ese día descubrí el misterio que encerraba aquél trozo de tela blanco con el que tanto me gustaba jugar.

Llegamos ante la tumba de mi abuela y de mi padre, y me quedé con la boca abierta cuando mi madre puso aquél paño blanco encima de la sepultura. Colocó sobre el mantel varios platos y cubiertos y yo le pregunté:

—¿Para qué pones tantos platos, mamá?

—Hoy comemos con los muertos, Manuela —me dijo.

—¿Pero los muertos comen? —le pregunté muy extrañada.

—Hoy los muertos están aquí y aunque no los veas ellos van a comer con nosotros, es la tradición.

Me quedé mirando aquél precioso mantel y pregunté:

—¿Quién hizo esos bordados, mamá?

—Es el mantel de la abuela Panchita, ella lo bordó antes de morir y nos pidió que cada día de los muertos lo pusiéramos encima de su tumba; y eso hacemos hija.

Esa noche casi no pude dormir pensando en la abuela Panchita y en mi padre.

No entendía cómo la gente se burlaba de la muerte y le ponían motes, cómo bailaban y cantaban, mientras yo me sentía triste al no tenerlos junto a mí.

Pero esa noche tuve un sueño en el que vi cómo mi abuela, mi padre y otros familiares que yo no conocía, bailaban con nosotros y nos decían que la muerte no era algo triste ni debía tenerle miedo.

Desde entonces nunca más he jugado con el mantel de la abuela, pero a veces, abro el cajón donde mamá lo guarda y me acuerdo de aquél día en que comí con los muertos.

Reflexiones:

- ¿Cómo crees que se sintió Manuela cuando descubrió para qué se utilizaba aquél trozo de tela bordada?
- ¿Conoces tú algún lugar donde se celebre el día de los muertos de una forma especial?
- ¿Qué suele hacer tu familia el 1 de noviembre? ¿Vais al cementerio a llevar flores? ¿Hacéis algo más?
- Cada cultura tiene una forma diferente de celebrar este día. ¿Conoces algún pueblo o ciudad donde hagan algo que a ti te llame la atención?
- ¿Por qué piensas que la abuela de Manuela pasó tanto tiempo bordando aquél mantel?
- Cuando piensas en la muerte, ¿qué sientes? ¿Te da miedo?
- ¿Qué piensas del sueño que tuvo Manuela? ¿Alguna vez tú has soñado con alguien que ha muerto?
- Puedes dibujar cómo te imaginas el mantel de la abuela Panchita.
- También puedes escribir otro final para este cuento.

Todos los cielos del mundo

Krayton no sabía muy bien qué le había impulsado a buscar aquella sala en la biblioteca, pero de lo que estaba seguro es que había sentido de repente un impulso, una gran curiosidad que le obligó a levantarse de su butaca flotante, donde leía plácidamente.

“¿Qué hago yo aquí? ¿Por qué cada vez que vengo a este lugar siento un escalofrío?”, se preguntaba desconcertado.

—¿Qué desea, joven? —le dijo la voz del ordenador central.

Krayton tragó saliva y contestó:

—Quiero que me digas qué hay en esta sala, qué temas y ficheros de datos se encuentran recogidos y por qué se le llama a este lugar “Caleidoscopio”.

—Procesando información... Espere un momento por favor...

Aquella voz mecánica le ponía nervioso. Le hubiera gustado más hacerle esas preguntas a una persona, así al menos le hubiera podido dar una información no catalogada y una respuesta al por qué de su curiosidad sin razón aparente.

—Primera respuesta: esta sala contiene registros de los diferentes planos y realidades que existen después de la muerte, tal y como fueron interpretadas por las antiguas civilizaciones que habitaron el planeta Tierra. También aquí se encuentran diferentes teorías sobre la creación y la vida.

—Segunda respuesta: los ficheros gráficos y sonoros que en ella se encuentran recogen experiencias de muchos billones de seres humanos.

—Tercera respuesta: el nombre de la sala, Caleidoscopio, tiene dos significados. Primero, “conjunto diverso y cambiante”, y segundo, “objeto compuesto por un tubo ennegrecido interiormente, que encierra dos o tres espejos inclinados y en un extremo dos láminas de vidrio, entre las cuales hay varios objetos de forma irregular, cuyas imágenes se ven multiplicadas simétricamente al ir girando el tubo, mientras se mira por el extremo opuesto”.

Krayton se acordó en ese momento de haber visto un caleidoscopio en el museo histórico que, según la explicación del guía virtual, se utilizaba como un juguete o un instrumento curioso. Se divirtió mucho viendo las distintas formas geométricas que componían los pequeños cristales de colores.

—¿Y por qué le han puesto este nombre a la sala? —preguntó de nuevo.

Y la voz del ordenador central le contestó:

—Las pequeñas piezas que están dentro del tubo son iguales, sin embargo, dependiendo de cómo se miren y cómo se junten, componen dibujos diferentes. Al parecer lo mismo pasa con la información que hay en esta sala.

Krayton comenzó a manipular los paneles y aparecieron distintas palabras dentro de un círculo luminoso: creación, destrucción, vida, muerte, Dios, cielo, infierno, paraíso, más allá, mundo subterráneo, mundo superior, estancias, moradas...

—¿Y ahora por dónde empiezo? —dijo en voz alta, sin darse cuenta de que el ordenador central interpretaba esto como una pregunta.

—Sugiero que comience por la palabra “creación”.

Krayton puso la mano encima de esta palabra y de pronto las paredes de la sala desaparecieron, convirtiéndose en enormes pantallas sobre las cuales comenzaron a proyectarse imágenes.

¡Menuda sorpresa! Él estaba acostumbrado a venir a esta biblioteca, pero nunca en otras salas se había encontrado con este formidable espectáculo, así que se sentó en la butaca flotante y giratoria y comenzó a contemplar las diferentes formas de interpretar la creación del universo.

Aquello era fabuloso: existían distintas teorías sobre la creación del mundo en cada cultura y civilización. Sin embargo, comenzó a darse cuenta de por qué habían puesto aquél nombre a la sala: todas las teorías tenían algo en común, aunque las interpretaciones eran diferentes.

Cuando pensó que ya sabía suficiente sobre este tema, decidió continuar y puso su mano sobre la palabra “vida”.

Entonces, en las enormes pantallas de la sala circular comenzaron a proyectarse diferentes teorías sobre la aparición de la vida en el planeta Tierra: se veían cometas sembrando la vida a su paso por el cielo, se veía la imagen de Dios creando y dando vida al primer ser humano, se veían océanos llenos de organismos microscópicos...

Krayton estaba fascinado contemplando aquellas imágenes y, cuando decidió que ya sabía suficiente sobre ese tema, volvió al panel principal y puso su mano sobre la palabra “muerte”.

Lo que vio, le asombró todavía más. Sus maestros le habían dicho, hacía ya varios años, que la muerte no existía, que sólo era un cambio de plano, un viaje a otra realidad,

a otro mundo diferente al de la vida ordinaria, pero mucho más apasionante. El cuerpo era, según le explicaron, un vehículo del alma, y como tal digno de cuidado y respeto, pero al que no deberíamos apegarnos.

Según iban apareciendo las diferentes ideas sobre la muerte, Krayton se iba haciendo preguntas:

“¿Cómo es que casi todas las culturas que habían poblado la Tierra tenían miedo a la muerte?”, “¿por qué algunos incluso intentaban escapar de ella y prolongar la vida?”, “¿por qué otros grupos humanos, sin embargo, pensaban que la vida era un sueño y la muerte un despertar?”

Le resultó muy curioso que, de vez en cuando, la pantalla le sugería investigar en la palabra “más allá” o en la palabra “cielo”, así que, cuando terminó la proyección de los contenidos archivados sobre la palabra “muerte”, decidió poner la mano sobre la palabra “cielo”.

Fue entonces cuando sus ojos contemplaron todos y cada uno de los cielos imaginados por el ser humano. Krayton no se pudo controlar y comenzó a llorar, pero no de tristeza, sino de emoción ante tanta belleza.

Los seres que poblaron su querido planeta mucho antes que él, habían imaginado cielos tan bellos, que se quedó hechizado.

Si aquellos eran todos los cielos del mundo, su padre viviría en alguno muy feliz. Ahora sabía por qué aquella sala de la biblioteca le atraía tanto: en ella había encontrado respuestas a sus preguntas.

A pesar de que aún era joven, Krayton pudo comprender lo que su Maestro le había dicho el día que murió su padre:

—Krayton, la vida aquí en la Tierra es una parte del viaje, pero hay otra parte del viaje aún más emocionante, y esa comienza el día que este cuerpo que hoy tenemos deja de servirnos. Es entonces cuando empezamos verdaderamente a vivir.

Reflexiones:

- ¿Te gustaría visitar alguna biblioteca parecida a esta en la que se encuentra Krayton?
¿Por qué?
- ¿Por qué crees que a Krayton no le gusta la voz del ordenador? ¿Hay alguna voz que a ti no te guste?
- ¿Alguna vez has visto un caleidoscopio? ¿Te das cuenta de por qué le han puesto a la sala este nombre?
- ¿Sobre qué palabras hubieras buscado tú información?
- Cada persona tiene una idea de cómo es el cielo y en esa sala están todas recogidas.
¿Tú cómo te lo imaginas?
- ¿Por qué crees que muchas personas tienen miedo a la muerte? ¿Y tú, tienes miedo?
- ¿Qué te parece lo que le dice su maestro a Krayton el día en que murió su padre?
- Si te parece puedes añadir lo que tú quieras a este cuento o cambiar el final.



Emociones

La alegría

La tristeza

El enfado

El miedo

El orgullo

La envidia y los celos

La confianza en uno mismo

La vergüenza

La culpa

Sentimientos

El amor

La ansiedad

La crueldad

La empatía

La gratitud

La ilusión - la esperanza

El rechazo

La solidaridad

La sorpresa

La valentía

El duelo

La muerte

El abandono

Creencias sobre el más allá

Índice

Índice temático y por edades	3
LA MUERTE	7
De un abuelo: Cuando el sol se va *	9
De un hijo: Una urraca muy curiosa *	12
De una madre y posterior adopción: Mimó ya no está sola *	16
De una mascota: Bruno en el paraíso de los hámsters *	20
De un abuelo por enfermedad de Alzheimer: Al abuelo se le esconden las palabras **	24
De una abuela: Serás como una estrella **	28
De un hombre y de su perro: Malaquías y su perro **	32
Por terrorismo: Manos de paz ***	35
De un hermano: El duende del lago ***	39
De uno de los miembros de la pareja: El hombre que perdió su sonrisa ***	43
EL ABANDONO	48
Del lugar en donde viven: Ranas buscan charca *	50
De un muñeco por el ordenador: ¿Por qué me dejas, Kiko? *	54
De mascotas: Solo encontró a Sola *	58
De la casa por catástrofe: Con la casa auestas **	62
Del país de origen y de todo lo conocido: Las aventuras de Pilla y Mayú **	67
Del lugar en donde viven por guerra: Detrás de las montañas **	76
En un orfanato y adopción: El calor de un beso **	79
Del país en patera: Monstruos de agua ***	82
Del país para ir a un campo de refugiados: Pizarras de arena ***	86
En una residencia de ancianos: Josefina no tiene visitas ***	90
CREENCIAS SOBRE EL MÁS ALLÁ	94
El Hinduismo y Budismo: El beso del ángel *	97
El Taoísmo: Adiós, pequeño roble *	100

La muerte como fenómeno físico: Mamá Tambor *	104
El espiritismo: El pirata fantasma **	107
El cristianismo: Así en la tierra como en el cielo **	111
Creencias de los aborígenes australianos: El Tiempo del Sueño **	115
Creencias orientales: La leyenda de los inmortales ***	120
El Islam: El secreto de Zaida ***	124
Creencias de México y Centroamérica: El mantel de la abuela Panchita ***	128
Creencias de México y Centroamérica: Todos los cielos del mundo ***	131